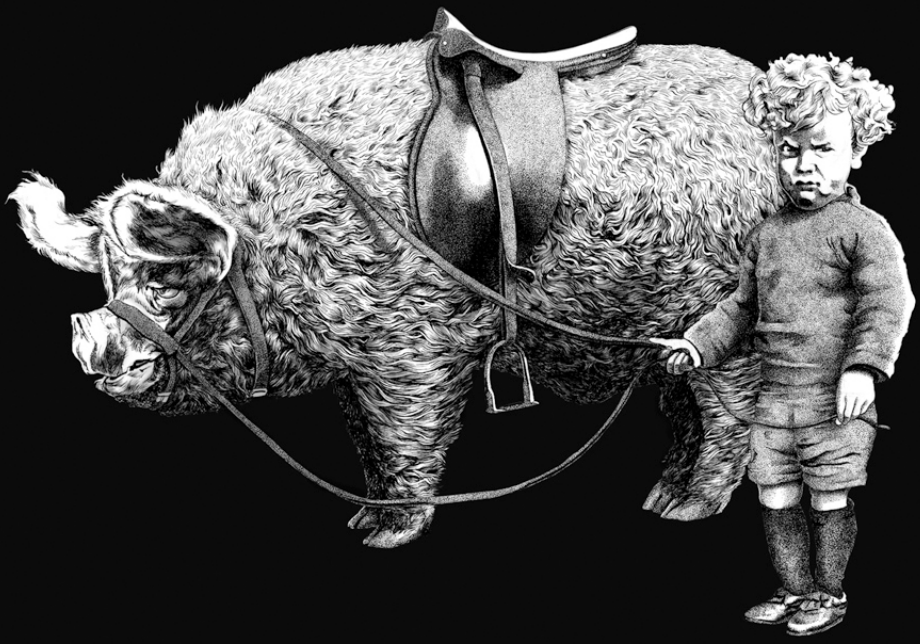
DIRTY WORKS

VERRACO



Pinckney Benedict

Traducción Javier Lucini

PINCKNEY BENEDICT (1964) creció y jugó solo hasta los doce años en la granja lechera de su familia, en Virginia Occidental. No había vecinos, así que tuvo que crearse su propio mundo. Lecturas constantes y mucha rabia. Historias de fantasmas, mitos clásicos y números antiguos de la revista *Mad*. Como decía siempre su padre: «El griego te da algo en lo que pensar mientras ordeñas a las vacas». El mundo clásico, al igual que el Antiguo Testamento, está repleto de gloriosas matanzas y obscenidades en Technicolor, relatadas con un lenguaje maravilloso y preciso, un lenguaje manejado como un arma. Setecientos acres de granja dan de sobra para salir a pasear y fantasear con que toda la población del planeta ha desaparecido y solo habéis sobrevivido tú, los bichos y alguna que otra vaca con la cola llena de mierda que se te queda mirando como si fueras un alienígena. Sin embargo, aquello nunca fue lo suyo: carecía de paciencia para el ganado y tendía a destrozar la maquinaria. Sus padres lo tuvieron claro. No hay nada peor que un chico inteligente, enojado y aburrido en una granja. Así que lo ingresaron en The Hill, un colegio interno de Pennsylvania bastante «dickensiano», en palabras de Oliver Stone, uno de sus más célebres alumnos. Profesores borrachos, comida horrible, edificios en ruinas, deportistas gamberros, cero chicas y consumo desenfrenado de drogas. Dicen que hay homicidas incapaces de aguantar cinco años en esa «colina». De allí pasó a la Universidad de Princeton, en cuyo programa de escritura tuvo a Joyce Carol Oates de tutora. Gracias a ella publicó su primer relato («La fresquera Sutton», ganador del premio Nelson Algren) y su primera colección, *Verraco*, con veintidós años. Actualmente es profesor titular del Departamento de Inglés de la Universidad del Sur de Illinois. Está casado con una mujer más guapa y lista que él, y tiene unos hijos encantadores a los que ya no se plantea asfixiar porque son demasiado grandes, fuertes y rápidos como para hacerlo sin salpicar. Sigue escribiendo sus pesadillas y confiesa sentir una terrible nostalgia por la desaparición del Plymouth Road Runner del 68. Su entorno ya no es tan gótico como en su infancia, pero el patrón de su vida sigue siendo el mismo: inventar historias para no perder la cordura.

VERRACO

Pinckney Benedict

Traducción Javier Lucini

Título original:
Town Smokes

New York: Ontario Review Press / Princeton, 1987
Primera edición Dirty Works: Febrero 2022

© Pinckney Benedict, 1986

© 2022 de la traducción: Javier Lucini
© de esta edición: Dirty Works S.L.
Asturias, 33 - 08012 Barcelona
www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Javier Lucini
Diseño de cubierta: Nacho Reig
Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»
Maquetación: Marga Suárez
Correcciones: Fernando Peña Merino

ISBN: 978-84-121128-7-0
eISBN: 978-84-121128-8-7
Depósito legal: B 20634-2021

Impreso en España:
Imprenta Kadmos. P.I. El Tormes.
Río Ubierna, 12 – 37003 Salamanca

ÍNDICE

La fresquera Sutton
Verraco
Todos los muertos
Hackberry
Perro
Foso
Mardi Gras
Zahorí
Cigarrillos

Para Cleve y Ann Benedict

La fresquera Sutton

Una víbora ratonera yacía estirada en la losa resquebrajada de hormigón que había junto al tanque de gasóleo. Se mantenía inmóvil en la zona donde daba el sol. Tenía cerradas las membranas transparentes de los ojos, había hinchado un poco sus relucientes escamas para absorber el calor del día. Mediría lo menos un metro.

–Ahí hay una, papá –dije, señalándola.

Mi padre estaba mirando el viejo cobertizo, escuchaba a los pájaros del altillo, cómo parloteaban y se abalanzaban de una viga combada a otra. La estructura se vencía visiblemente hacia un lado, la pared occidental estaba abombada por abajo. Lo más probable era que la próxima gran tormenta de verano se lo llevara por delante. El invierno había sido duro, las nevadas intensas, y el peso había partido la viga maestra. Me preguntaba dónde meteríamos el heno del siguiente verano.

–¿Dónde? –preguntó mi padre.

Llevaba la 410 recortada, el cañón apoyado en el hueco del codo y la culata apretada contra las costillas desnudas. Estábamos matando cabezas de cobre, pero pensé que lo mismo podría convencerlo para que le disparara a aquella víbora ratonera dormida. Me encantaba el estruendo del arma, el olor a azufre de la recámara abierta. Señalé de nuevo a la serpiente.

–Guau –dijo–, esa sí que es grande. ¿Qué le echas? ¿Sesenta? ¿Setenta y cinco centímetros?

–Noventa –dije yo–. Noventa mínimo.

Gruñó.

–¿Vas a matarla? –pregunté.

–Los jóvenes queréis matarlo todo, ¿eh? –me dijo, sonriendo. Luego, más serio, añadió–: No es buen negocio cargarse a las ratoneras. Mantienen a raya a los ratones, a las ratas. Donde se ponga una buena ratonera, que se quiten los gatos, ni lo dudes.

Se quedó mirando a la serpiente inmóvil con los labios fruncidos. Se golpeteó el antebrazo con la culata de la escopeta. A nuestras espaldas, más allá de la hilera de sauces que se extendía a un lado de la casa, se oyó el crujido de la grava del camino de acceso. Venía un coche. Los dos nos giramos a la vez para ver cómo se detenía frente al ahumadero. Era un coche grande, un Buick Riviera, y advertí que la pintura metalizada había sufrido de lo lindo en el último tramo.

Mi padre dio un paso al frente, pero se detuvo. Del coche se apeó una mujer, una mujer alta con un vestido azul de verano. Nos miró por encima

del capó e hizo un amago de saludo con la mano. El cabello, color miel, le llegaba hasta los hombros y tenía unos brazos bonitos y bien torneados. Su saludo fue vacilante. Cuando miré a mi padre, me pareció avergonzado por haber sido sorprendido sin camisa. Levantó la escopeta a modo de saludo, al momento decidió que no era lo correcto, la bajó y saludó con la otra mano.

Estábamos demasiado lejos para hablar sin pegar gritos, así que no dijimos nada, la mujer tampoco. Los tres nos quedamos parados unos instantes. Luego yo me puse en marcha hacia ella.

–Muchacho –dijo mi padre.

Me detuve.

–¿No quieres ir a por esa serpiente? –dijo.

–Pero decías que no es bueno matar ratoneras –dije yo.

Hice un gesto hacia la casa.

–¿Quién es? –pregunté.

–Una amiga de tu madre.

Él no le quitaba ojo de encima. Nos había dado la espalda, estaba ante la puerta mosquitera del porche. Hablaba a través de la malla con mi madre, asentía. Llevaba un bolso en la mano, lo meneó para enfatizar algo que estaba diciendo.

–Ya se ocupa tu madre –dijo mi padre.

La mujer abrió la puerta del porche, subió. El vestido azul de verano casi no tenía espalda, me quedé mirando hasta que entró. Una vez en el porche, no fue más que una silueta.

–Es muy guapa –le dije a mi padre.

–Sí –dijo él.

Quitó el seguro de la 410 y se dirigió al tanque de gasóleo. La serpiente advirtió su presencia, fijó en él sus ojos encapuchados. Su lengua sensible comenzó a aletear desde su boca arqueada, tanteando el aire, el hormigón caliente. Por un segundo adiviné el revestimiento rosado del interior de su boca, las hileras de diminutos colmillos curvados hacia atrás.

–Cuando tenía diez años, más o menos los que tienes tú ahora –dijo mi padre, encañonando a la serpiente–, mi padre mató a una vieja ratonera en nuestro patio trasero. Era enorme.

La serpiente, de mala gana, empezó a alejarse de la franja soleada. Mi padre afianzó la escopeta con ambas manos. Era un arma corta, con el cañón y la culata recortados. De medio metro como máximo. Fácil de llevar y de manejo rápido: perfecta para serpientes.

–Mató a esa ratonera, la despellejó y me dio la piel para hacerme un cinturón –dijo mi padre. Cerró un ojo y apretó el gatillo.

El disparo le voló la cabeza a la serpiente. Con el estruendo, un par de golondrinas salieron volando del henil, revolotearon alrededor del granero y volvieron a entrar en el altillo oscuro. Vi cómo vibraba y se retorcía el

cuerpo de la serpiente, cómo se alejaba velozmente del lugar donde había muerto. No se había movido tan rápido en toda la tarde. La sangre era oscura, más oscura que el zumo de remolacha o de frambuesa. Mi padre abrió el cerrojo de la escopeta y el cartucho gastado rebotó en el hormigón. Cuando el cuerpo de la serpiente se retorció hacia mí, di unos pasos atrás.

Mi padre recogió la serpiente del estropicio formado por los despojos de su cabeza. La serpiente muerta, larga y pesada, se le enroscó en la muñeca. Se la desprendió de una sacudida, la zarandeó y dejó que le colgase de la mano. Era más larga que su pierna.

–Llevé ese cinturón durante años –dijo, y me di cuenta de que no le había prestado atención. Tardé un segundo en entender de qué me estaba hablando–. Lo llevé hasta que se cayó a trozos.

Me ofreció la serpiente, pero yo no quise tocarla. Se rio.

–Vamos a enseñársela a tu madre –dijo, pasando por delante de mí para dirigirse a la casa.

Pensé en la mujer del vestido de verano y me pregunté qué pensaría de la víbora ratonera. Seguí a mi padre sin perder de vista a la serpiente. Sus movimientos se estaban ralentizando, ya no eran más que espasmos rítmicos que le atravesaban el cuerpo de arriba abajo. Cuando pasamos junto al ahumadero y el Riviera, le pregunté:

–¿Cómo se llama?

Miró el coche y luego me miró a mí. Se oían las voces de mi madre y de la otra mujer; pero no se entendía lo que decían.

–Hanson –dijo–. Es la señora Hanson. La mujer del juez Hanson.

El juez Hanson era juez del tribunal de circuito de apelaciones en la sede del condado; en una ocasión fue a mi colegio a dar una charla, un hombre fornido que vestía un traje de tres piezas a pesar del calorazo que hacía. Me pareció que su mujer era bastante más joven que él.

La serpiente estaba ya completamente inmóvil, pendía inerte hacia el suelo. Mi padre tenía los dedos ensangrentados y un chorretón de sangre en el pecho.

–¿Por qué la has matado? –le pregunté–. ¿No decías que era buena para las ratas y eso?

Seguía sin poder creérmelo. Me miró y por un momento pensé que no iba a responderme. Agarró el pomo de la puerta con la mano libre y lo giró.

–Pensé que lo habrías adivinado –dijo–. Mi padre me hizo un cinturón. Y yo voy a hacerte uno a ti.

Cuando entramos estaba hablando la mujer del vestido de verano, la señora Hanson.

–El otro día hablé con Karen Spangler –le decía a mi madre.

Mi madre, sentada al otro extremo del porche cubierto, asintió. La señora

Spangler solía pasarse a comprar huevos, era una de nuestras clientas habituales, se dejaba caer más o menos una vez cada dos semanas, pagaba y se iba.

–Dice que aquí tienen los mejores huevos –continuó la señora Hanson–, y el juez y yo nos preguntábamos si sería posible…

Dejó la frase en suspenso y se volvió hacia mi padre.

–Anda, hola, señor Albright –dijo.

Vio la serpiente, pero tuvo aplomo: no reaccionó. Mi padre asintió.

–Señora Hanson –dijo. Alzó la serpiente para que mi madre la viera–. Mira, Sara. La encontramos tomando el sol junto al tanque de gasóleo.

Mi madre se puso de pie.

–Ni se te ocurra meter esa cosa en el porche, Jack –dijo. Mi madre era una mujer pequeña, rápida de movimientos, buenos reflejos. Había ira en sus ojos.

–He pensado en hacerle un cinturón al niño con ella –dijo mi padre, ignorándola. Sacudió la serpiente y de su mano cayó una gota de sangre al suelo–. ¿Te acuerdas de mi viejo cinturón de piel de serpiente?

La señora Hanson se acercó a mí y pude oler su perfume. Tenía la piel bronceada, salpicada de pecas.

–Me parece que tú y yo no nos conocemos –me dijo, como si yo fuera un adulto. Intenté mirarla a los ojos, pero fui incapaz.

–No, señora –dije–. Creo que no.

–Se llama Cates –dijo mi madre–. Tiene diez años.

No me gustó que contestara por mí. La señora Hanson asintió y me tendió la mano.

–Encantada de conocerte, Cates –dijo.

Tomé su mano, se la estreché, caí en la cuenta de que a lo mejor las manos de las señoras no se estrechaban. Retrocedí, noté la roña que perfilaba mis uñas, el polvo incrustado en el dorso de las manos.

–Encantado –dije, y la señora Hanson soltó una carcajada escandalosa y alegre que me pilló totalmente por sorpresa, jamás había oído a una mujer reírse así.

–Tienen un hijo estupendo –le dijo a mi padre.

Yo agaché la cabeza.

–¿Por qué no sacas esa serpiente de aquí, Jack? –le dijo mi madre a mi padre–. Y haz el favor de ponerte una camisa. Tenemos visita.

Él le lanzó una mirada asesina. Luego meneó la serpiente en el aire para que todos admirásemos lo grande y bonita que era. Abrió la puerta mosquitera, sacó el brazo y dejó caer la serpiente formando un bulto enroscado junto a los escalones. Allí tirada parecía casi viva, con los reflejos del sol en sus escamas oscuras.

–Señora Hanson –dijo, y entró en la casa. Dejó que la puerta se cerrase de golpe a sus espaldas y lo oímos subir las escaleras.

Una vez se hubo marchado, la señora Hanson pareció serenarse, adoptó un tono más formal.

–El juez y yo les estaríamos muy agradecidos si accediesen a vendernos unos huevos.

Tomó asiento en una de las sillas de mimbre que sacábamos al porche en verano, dejó el bolso a un lado.

–Pero Sara…, ¿me permite llamarla Sara? –preguntó, y mi madre asintió–. Hay otro asunto que le quería comentar.

Mi madre se inclinó hacia delante, interesada. Yo también me adelanté y la señora Hanson desvió la mirada hacia mí. Me di cuenta de que no estaba muy segura de quererme allí.

–Sara, tenéis ahí una fresquera Sutton –dijo.

Señaló al otro lado del porche y, en un primer momento, pensé que se refería a la nevera. Luego vi que señalaba la vieja panera.

Mi madre la miró.

–Bueno, una fresquera sí que es –dijo–. Que sea una Sutton, eso ya no sé…

–Oh, desde luego que es una Sutton –dijo la señora Hanson–. Me lo contó la señora Spangler y veo que tenía razón.

La señora Spangler, hasta donde yo sabía, nunca nos había comentado nada de ninguna fresquera. La señora Hanson se levantó, se arrodilló frente a aquel trasto, tocó primero una parte y luego la otra.

–Aquí, ¿ves? –dijo, señalando la esquina inferior derecha de una de las puertas.

Llevábamos toda la vida llamándola la panera, la usábamos para guardar todo tipo de cosas: conservas, la munición de papá y sus accesorios de recarga, cosas que debían mantenerse frescas en invierno. Era de madera de cerezo, se notaba incluso a pesar de estar pintada, y tenía un par de puertas en la parte frontal. Las puertas tenían paneles de hojalata con diseños perforados, remolinos y círculos y mogollón de movidas más. Me fijé en lo que estaba señalando. Vi que en la madera, casi cubiertas de pintura, estaban grabadas las letras «SS»; nunca me había fijado.

La señora Hanson palmeó el trasto, despegó un trocito de pintura. Mi madre y yo la observamos.

–Por supuesto –dijo la señora Hanson–, habrá que quitar esta pintura. Me imagino que un trabajo de restauración completo, vamos. ¡Pero qué bonita!

Parecía emocionada. Pasó las manos por las láminas de hojalata, palpando los orificios dejados por el punzón de metal.

–Joder –dijo, y me sorprendió oírla maldecir.

–¿Qué sucede? –preguntó mi madre.

La señora Hanson miró más de cerca la hojalata de la parte frontal de la fresquera.

–Está al revés –dijo–. Los paneles de hojalata de aquí delante, ¿veis que están perforados hacia dentro? Así no se hacía, ¿sabéis? Los dibujos se perforaban desde atrás hacia delante, de tal manera que las puntas quedasen por fuera.

–Oh –dijo mi madre, en un tono que delató su desilusión. A mí me parecía una idiotez. No me cabía en la cabeza cómo podía importarle a alguien de qué lado se ponían los paneles de hojalata.

–A veces la gente del campo hace eso, coloca los paneles al revés –dijo la señora Hanson bajando la voz, como si nosotros no fuésemos gente del campo.

Mi madre no disintió.

–Pero, sea como sea –dijo la señora Hanson–, es una Sutton y tiene que ser mía. ¿Cuánto quiere por ella?

Supongo que tendría que haberme imaginado que su intención desde el principio era comprarla, pero aun así me sorprendió. También a mi madre.

–¿Cuánto quiero por ella? –dijo.

–Sí –dijo la señora Hanson–, la semana que viene es nuestro aniversario y sé que al juez le volvería loco una pieza de Sutton. Sobre todo una de sus fresqueras. Desde luego, no creo que sea posible restaurarla para ese día, pero seguro que apreciará las posibilidades.

–No sé –dijo mi madre, y yo no pude creerme que estuviera considerando la idea–. ¿Tan valiosa es?

Era una forma extraña de acordar un precio, y me entró la risa. Las dos mujeres me miraron como si se hubieran olvidado de mi presencia. Me pregunté qué diría mi padre cuando bajara de ponerse la camisa.

La señora Hanson se volvió hacia mi madre.

–Oh, ya lo creo –dijo–. Samuel Sutton era un artesano de los que ya no se encuentran, muy famoso en todo el valle. La gente se mata por adquirir sus piezas. Y resulta que yo he ido a dar con una para mí solita. Bueno, y para el juez. –En ese momento, como si advirtiese que no estaba siendo prudente, añadió–: Claro que con los desperfectos que tiene, lo de la hojalata al revés y todo eso, su valor se reduce bastante. Por no hablar de la pintura.

Mi padre había pintado hacía años la panera, la fresquera, cuando la teníamos en la cocina, para que hiciera juego con las paredes. Luego la sacamos al porche cuando mi madre compró un armario de pie que le gustaba más como alacena.

–No sé –dijo mi madre–. La verdad es que ya apenas la usamos, la tenemos aquí fuera y ya está. Pero si de verdad la quieres…

–Sonó preocupada. Sabía que a mi padre no le iba a gustar–. Deberíamos esperar, preguntarle a mi marido.

La señora Hanson metió la mano en el bolso en busca de su chequera. Yo ya me figuraba que no iba a ser tan fácil.

–¿No era del abuelo? –le pregunté a mi madre. Ella me miró, no contestó–. ¿Del papá de papá? –insistí, presionando.

–Pertenecía a la familia de mi marido –le dijo mi madre a la señora Hanson–. Puede que no le haga mucha gracia.

–Siendo así, ¿qué le parecerían trescientos dólares? ¿Lo ve posible? –preguntó la señora Hanson. No iba a darse por vencida.

En ese momento, mi padre abrió la puerta y salió al porche. Se había lavado las manos y se había puesto una camisa azul de chambray, la que le había regalado yo por Navidad.

–¿Trescientos dólares? –preguntó mi padre–. ¿Trescientos dólares qué?

Vi que las facciones de mi madre se endurecían; estaba decidida a llevarle la contraria.

–Quiere comprar la fresquera –dijo mi madre. Su voz era suave, pero nada temerosa.

Mi padre se acercó a la panera y golpeó la lámina de hojalata con dos dedos.

–¿Esto? –dijo–. ¿Va a pagar trescientos por esto?

Tanto mi madre como la señora Hanson asintieron.

–Creo que es un precio bastante justo, señor Albright –dijo la señora Hanson. Reparé en que no lo tuteó.

–Podrías emplear ese dinero en contratar a alguien para que te ayude con el granero –dijo mi madre. Mi padre ni siquiera la miró. Me puse a su lado.

–No sabía que la panera estuviera en venta –dijo–. Y de estar en venta tampoco sabía que fuese tan valiosa. Era de mi padre. Se la compró a mi madre como regalo de boda para esta casa. –Se volvió hacia mi madre–. Tú eso ya lo sabes.

–Pero ¿para qué la usamos, Jack? –preguntó ella–. Lo que sí que usamos es el granero. El granero lo necesitamos. Mucho más que una fresquera.

Mi padre me puso la mano en el hombro.

–Pretendes dejarme sin nada, ¿verdad? –le dijo a mi madre. Ella se sonrojó y señaló a la señora Hanson. La señora Hanson se las ingenió para permanecer impasible.

Mi padre miró a la señora Hanson. Su calma parecía enfurecerle.

–No somos comerciantes –dijo–. Y esto no es una tienda de muebles. –Se volvió hacia mí–. ¿Verdad que no, muchacho?

Asentí y luego negué con la cabeza, sin estar muy seguro de cuál era la respuesta correcta.

–Señora Hanson… –comenzó a decir mi madre. Saltaba a la vista que no le gustaba que mi padre le hablara así a la señora Hanson, que era una

invitada en su casa.

–No te disculpes por mí, Sara –dijo mi padre–. Adelante, vende la maldita panera si eso es lo que quieres, pero por mí no te disculpes.

Mi madre abrió la boca, pero la volvió a cerrar al momento.

–Muchacho –me dijo mi padre–, ¿vas a querer un cinturón de piel de serpiente como el que te decía antes? ¿Como el que me hizo mi padre?

Señaló la puerta del porche, hacia donde yacía la serpiente decapitada. Un moscón enorme, como de vidrio azul, se arrastraba sobre el cadáver.

–Sí, señor –dije, feliz de no tener que ver cómo se le subían los colores a la señora Hanson.

–Pues vente conmigo a la parte de atrás que te voy a enseñar a desollarla y a estirar la piel. ¿Algo que objetar?

Ni mi madre ni la señora Hanson respondieron. Mi padre me empujó para que liderara la marcha y enfilé hacia la puerta.

Al salir detrás de mí, se giró y habló a través de la malla.

–Y le diré algo, señora Hanson –dijo–. No debería ir por ahí pretendiendo comprar lo que no está en venta.

Una vez fuera, mi padre hurgó un segundo en su bolsillo, sacó su vieja navaja Barlow y desplegó la hoja.

–Sujétame la serpiente –dijo–. Vamos a quitarle la piel.

Me pasó el cadáver. Dudé, extendí el brazo y la agarré.

Pesaba y por el tacto parecía una soga, fría y flácida. Tenía las escamas secas, como arena.

–Ponla ahí abajo –dijo mi padre–, estírala todo lo que puedas y no la sueltes.

Extendí la serpiente en el suelo.

–Bocarriba –dijo mi padre–. No queremos estropear las escamas de la espalda. Porque lo que hace que un cinturón de piel de serpiente sea tan guapo y brille tanto son precisamente las escamas de la espalda.

Giré la serpiente. Las escamas del vientre en forma de salchicha eran de color claro, parecían suaves al tacto, así que las palpé con el dedo índice. La piel me raspó la uña.

–Allá vamos –dijo mi padre, y hundió la hoja en el vientre de la víbora. Nunca descuidaba el filo de la navaja, en casa guardaba una piedra de afilar expresamente para eso. Miré hacia otro lado. La navaja hizo un ruido al penetrar en la carne; me pareció distinguir cómo iba cortando el músculo, cómo las pequeñas costillas cartilaginosas iban cediendo bajo la hoja.

La señora Hanson abandonó el porche y, por la forma en que hablaba, deduje que había conseguido lo que quería. Caminaba con brío. Miró hacia donde estábamos arrodillados, se apartó el pelo de la cara, sonrió. Mi padre dejó de cortar un momento al oír que se abría la puerta del coche. La señora

Hanson hizo retroceder el Buick para dar media vuelta y se dirigió hacia la carretera por el camino de acceso. Un par de ramas bajas azotaron el parabrisas a su paso.

Mi madre se quedó en el porche viéndola marchar, una silueta detrás de la malla. Cuando el coche se perdió de vista, se dio la vuelta y entró en la casa.

Mi padre soltó una risotada. Lo miré y vi que sostenía una cosa gris entre dos dedos, me la balanceó delante de la cara.

–Hay que joderse –dijo.

Miré la serpiente, las tripas abiertas de par en par, comprendí que estaba sosteniendo un ratón muerto por la cola.

–No me extraña que esa serpiente estuviera tan amodorrada –dijo mi padre–. Acababa de comer.

Me puse de pie y me aparté de él.

–¿Qué te pasa? –preguntó.

No contesté.

–No irás a dejar que eso te afecte –dijo, y había desdén en su voz.

Apoyé los brazos en la barandilla superior de la valla de tablones que delimitaba nuestro terreno y apoyé todo mi peso en ella. Cerré los ojos, sin decir nada.

Mi padre bajó la voz.

–¿No querías ese cinturón? –dijo.

Quise volverme hacia él, decirle que claro que quería el cinturón, aunque solo fuese para darme un respiro. No estaba seguro de poder confiar en que no se me quebrara la voz.

–Supongo que ya no –dijo.

Una vez más me llegó el sonido de la navaja, dos cortes rápidos. Me giré para mirar y vi que había troceado hábilmente el cuerpo de la serpiente en tres pedazos casi idénticos. Ahí tirados, parecían trozos de un neumático de bicicleta, un neumático de bicicleta ensangrentado. Mi padre se incorporó, se limpió las manos en los vaqueros.

–Piénsatelo, muchacho –dijo–. Piénsatelo la próxima vez que se te antoje algo.

Pasó a mi lado, no hacia la casa, sino hacia el granero en ruinas.

Verraco

El cerdo de raza Duroc emergió de la maleza no muy lejos de donde nos encontrábamos, salió del socavón, grande y blanco y con las costillas marcadas, respirando fuerte. Del hocico achatado le colgaban unas cuantas ramas. Se detuvo al borde del sembradío, parpadeando frente al cielo radiante y despejado, agitando los flancos como un fuelle. Reanudó su marcha por entre los tréboles crecidos, gruñendo a cada paso.

Kenny y yo estábamos de pie junto al ahoyador, mirando un agujero a medio hacer. La cuchilla de la barrena se nos había quedado enganchada a una roca o una raíz a unos ochenta centímetros de profundidad, nos quedaban veinte postes por instalar en la cerca y no nos iba a dar tiempo. Se veía que iba a costarnos lo suyo extraer la barrena del suelo. Fue entonces cuando Kenny divisó al cerdo.

–¡Booze! –exclamó.

Al principio no supe a qué se refería. Vi al enorme cerdo hollando la hierba.

–¡Santo Dios! –dijo–. Es Booze.

Miré al cerdo con más atención, constaté que no iba muy descaminado.

–Pues sí que es él –dije.

Se hallaba a unos treinta o cuarenta metros, contra el viento, salido de la maleza, abriéndose paso en diagonal por el sembradío. Tener tan cerca a ese cabronazo me ponía de los nervios. Booze era un renegado, un asesino.

–¿Te lo puedes creer? –dijo Kenny–. Lo daba por muerto.

Se inclinó y empuñó la afiladísima tajamata que utilizaba para podar matorrales y arbustos cuando instalábamos cercas. Parecía una especie de vikingo ahí de pie, robusto y bronceado, casi un salvaje, palpando el filo de su arma.

–¿Siguen en pie los cincuenta dólares que ofrecía tu padre? –preguntó.

Parpadeé.

–Supongo. ¿Por qué? –La verdad es que ya lo sabía.

A modo de respuesta alzó la tajamata con sus poderosos brazos, la balanceó como si fuera un bate de béisbol, sonriente.

–¿Se te ha ido la pinza? –pregunté.

Eché una ojeada al recorrido del cerdo. Booze se movía despacio, vale, pero la distancia que nos separaba era cada vez mayor. No tardaría en adentrarse en el cortavientos que bordeaba la parcela meridional, invadida por la maleza. Una vez allí, sería imposible atraparlo.

–No conseguirás acercarte –dije.

Kenny me fulminó con la mirada y, al momento, comenzó a trotar hacia el gorrino.

–Haz que no se meta en la maleza y nos repartimos los cincuenta –me dijo por encima del hombro.

Kenny sabía que yo no iba a hacer ni el amago, que no podía correr lo bastante deprisa para impedírselo. Además, no iba a ser como arrear ganado, para lo que bastaba con un gesto y un chillido. Aquel cerdo era endemoniadamente grande y endemoniadamente malvado.

Kenny corría encorvado y a toda velocidad hacia el lugar por donde el cerdo iba a adentrarse en el bosque. Aún conservaba la movilidad del tremendo placador que había sido en el instituto de Gilchrist. Era corpulento y veloz, incluso con la tajamata en las manos, pero yo dudaba que le diese tiempo a abatirlo. De haber seguido en el insti, de haber estado en plena temporada de fútbol, habría apostado por él, sin duda. Pero tal y como estaban las cosas, era una pérdida de tiempo.

–¡Ni de coña! –grité.

Ignorándonos olímpicamente, Booze se detuvo un segundo para tantear el terreno alzando e inflando el hocico cubierto de broza. Cambió su descomunal peso de una pata a otra, sus frágiles pezuñas agrietadas tenían que ser un auténtico suplicio. Distinguí las marcas que lucía en el lomo encorvado, una docena de puntos negros y calvas rosadas: años atrás, en una de sus incursiones nocturnas, mi padre lo acribilló a tiros con una escopeta. Esa fue prácticamente la última vez que se dejó ver.

Booze se puso de nuevo en movimiento, sin desviarse de su trayectoria, pesado y lento, casi un metro ochenta de cerdo. Los años empezaban a pasarle factura, se movía como un anciano, favoreciendo la pata delantera izquierda. Estaba a solo unos metros del cortavientos.

Al ver que Booze se detenía, Kenny dio un último acelerón, atajó por delante del cerdo, se trastabilló un segundo al tropezar con un cardo, pero recuperó el equilibrio al momento. Se plantó ante él, jadeante y con el pecho desnudo chorreando sudor. De espaldas a los árboles, aferró con fuerza la pesada tajamata y la blandió por encima del hombro. Tenía las mandíbulas apretadas y un gesto ceñudo en el rostro. Saltaba a la vista que el tamaño del cerdo, de tan cerca, lo había intimidado, estaba asustado.

Se mentalizó y, cuando el enorme Duroc reparó en él, se dispuso a recibir la embestida; levantó la tajamata, los hombros se le tensaron. Booze chilló de furia al hallar bloqueado el paso, se abalanzó con las mandíbulas abiertas, emitiendo una especie de ladrido. Kenny solo disponía de una oportunidad, lo vi claro, tal vez ni eso.

Doblándose por la cintura, proyectando sus buenos noventa kilos en el impulso, Kenny descargó la tajamata.

«Los cerdos se comen casi todo lo que les eches», me dijo Tobe Fogus mientras vaciaba el cubo en uno de los comederos del solar que había detrás de su casa. Aquella bazofia apestaba, apestaba a cosa muerta. El viejo y flaco Tobe alimentaba a sus cerdos con basura (pieles de plátano, cáscaras de huevo, lo que fuera) porque le salía barato. Como él decía, se la zampaban sin miramientos, y mucha gente se alegraba de que Tobe se hiciera cargo de sus residuos. Los cerdos no habían probado nada mejor.

Tampoco es que Tobe Fogus oliera a rosas. Yo procuraba mantenerme lo más apartado posible de él, siempre con su mono sucio y su piel llena de manchas. Me pagaba a cincuenta centavos la hora por ayudarlo a dar de comer a sus cerdos y darles friegas por las tardes. Su casa lindaba al este con la nuestra, así que todos los días iba a pie y me pasaba un par de horas dándole que te pego. Daba gusto sentir el tintineo de las monedas en el bolsillo cuando volvía a casa por la noche, y el dólar extra aumentaba día a día el peso de la caja de Nesquik que me servía de hucha. Tenía doce años.

Vacié el cubo de desperdicios, sacudiéndolo igual que hacía Tobe con el suyo para desprender la porquería pegajosa del fondo. Lo dejé en el suelo y seguí a Tobe hasta el granero, donde guardaba el barril de aceite para frotar a los cerdos. Llenó una vieja lata de café con aquel aceite de motor usado y me la pasó.

–Se comen lo que les eches –volvió a decir–. Pero a los grandes, a los verracos, a esos les gusta la carne.

Lo miré pero no dije nada. Tobe y yo no conversábamos mucho. A veces se ponía a hablar, pero no le hacía mucha gracia que le contestara. Además, la mayor parte del tiempo me daba la impresión de que no se estaba dirigiendo a mí, de que habría seguido dándole a la sin hueso aunque yo no estuviera presente. Levanté la lata de aceite y volví a los comederos donde los pesados y gruñones cerdos se apartaban unos a otros a empujones para acceder a la basura.

Conformaban un grupo pálido y de aspecto enfermizo, en su mayoría de raza Chester White. Mi padre, que criaba ganado lechero y odiaba a los cerdos, despreciaba especialmente a los de Tobe.

–¿Cómo va esa cosecha de enfermedades, Eli? –me preguntaba cuando volvía a casa por la noche, negro de aceite hasta los codos.

Tobe recurría al aceite para eliminar los hongos que les salían en la piel a los cerdos. Mi padre me dijo que esos hongos eran de la basura con la que Tobe los alimentaba y me advirtió que yo también acabaría pillándolos a poco que me descuidara.

Aparté a una cerda gorda y me arrodillé en medio de la piara. La cerda ni siquiera alzó la vista, se limitó a empujar al cerdo que tenía al lado y así, sucesivamente, fueron empujándose unos a otros hasta el último. Sumergí un trapo en el aceite, aborrecía la sensación de suciedad que me producía en las

manos, y comencé a trabajarle el lomo moteado mientras se atiborraba. Los cerdos estaban tan absortos en su inmundicia que ni se daban cuenta de la friega de aceite. Le apliqué aquel mejunje a la cerda, procurando que la piel lo absorbiera, Tobe se arrodilló frente a otro comedero y se puso a hacer lo mismo.

–Que no se te olviden los codos –dijo, sin apartar la mirada del cerdo que tenía a su lado.

Froté con más ímpetu y la cerda gruñó molesta.

–Ya lo creo –dijo Tobe dirigiéndose aún a su cerdo–, vaya si les gusta la carne. –Hizo una pausa–. ¿Tu padre nunca te ha contado lo que le pasó a la señora Fogus, muchacho? ¿Nunca te has preguntado por qué no tengo esposa?

Levanté la vista, pero él no me estaba mirando. La verdad es que nunca me lo había planteado; obviamente, pocas mujeres querrían tener algo que ver con Tobe Fogus. No dije nada.

–Bueno, pues yo te lo voy a contar –dijo–. Se la comieron los cerdos.

Se rio. Acabé con la cerda y recogí la lata, me dirigí a la siguiente. La miré, unos ciento cincuenta kilos, puede incluso que doscientos, ojos pequeños y feos, hocico corto y dentudo. Miré al resto, con sus bocas rebosantes, masticando y engullendo la basura, gruñendo y gorgoteando. Intenté imaginármelos, rollizos y plagados de hongos, comiéndose a la señora Fogus. Me la imaginaba bien entrada en carnes, fondona y repulsiva, como ellos.

–Los cerdos no se comerían a una persona –dije finalmente.

Tobe dejó por un instante de engrasar a su cerda, luego continuó. Había cometido un error al contradecirle de esa manera.

–Tú no sabes nada, muchacho –dijo.

Retomé mi tarea, empapé el trapo y restregué la piel erizada de la siguiente cerda.

–¿Alguna vez has visto a un pedazo de verraco perseguir a un ternero?

No respondí.

–¡Válgame Dios!, si hay una vaca pariendo, el cerdo se pondrá al acecho, se apoderará del ternero, de la placenta, se comerá hasta el culo de la vaca como le dejes.

Sentí náuseas.

–Una persona no le dura ni un suspiro a un cerdo grande –dijo.

Tobe Fogus volvió a reírse.

–Ya lo creo. Una vez vi al viejo Booze zamparse un montón de pollos. ¡Ñam! y si te he visto no me acuerdo, con plumas y todo.

Opté por seguir callado. Se le había olvidado que no habían sido pollos, habían sido gallinas de Guinea, y habían sido las gallinas de Guinea de mi madre.

Las dejaba corretear sueltas por nuestro terreno, que se posaran en los árboles; eran sus mascotas. Una noche, cruzaron la corta distancia que había hasta el terreno de Tobe Fogus, se acomodaron en sus árboles y a la mañana siguiente se pusieron a picotear y a escarbar en su patio. Unas cuantas se colaron en el corral de Booze. Booze se las merendó a todas, no dejó ni una. Mi madre lloró como una Magdalena. A mí me pareció una bobada ponerse así por unas gallinas de Guinea.

Aun así, sentí por un momento que me invadía la furia, furioso con el viejo Tobe por no acordarse de que no fueron pollos. Eso también era una bobada. Seguí a lo mío.

Booze era el único cerdo de Tobe que no estaba infestado de hongos. Tobe lo alimentaba todo el año con el mejor pienso que hubiera en el mercado, rico en nutrientes y aditivos, marca Purina. Y disponía de un corral para él solito, delimitado por una cerca de cuatro listones, con su propio comedero. El corral era bastante grande, puede que dos o tres veces más grande que lo que se precisaba para mantenerlo sano, pero a Tobe le gustaba verlo correr. Había que reconocer que Booze se merecía todas esas molestias y gastos.

Era un macho Duroc adulto, de pelo blanco y tamaño descomunal, con los ojos amarillos más desagradables que te puedas imaginar; tan distinto de aquellas pobres puercas Chester como un cuchillo de caza de una cuchara. Tenía la piel impecable, de color rosa brillante bajo las rígidas cerdas blancas, bien tensada sobre los huesos, los músculos y los tendones. Era el verraco de cría de Tobe, probablemente lo mejor y más fuerte que había tenido Tobe en toda su vida. No podía disimular cómo se hinchaba de orgullo cuando miraba a Booze, cuando lo veía montar a una de aquellas puercas que no eran, ni por asomo, rivales para su tamaño, su peso, su inmensa fuerza y su resistencia. Era una mala bestia y las puercas siempre acababan sin aliento y llenas de mordeduras. Una, pobrecita, incluso llegó a perder una oreja en el curso de una de sus acometidas.

A cada lado de la ancha mandíbula inferior le sobresalía un colmillo más largo que el resto de los dientes, del tamaño de un puro habano. Con sus dos metros y sus más de doscientos kilos, cerca de trescientos, con su lomo chepudo y sus inmensos cuartos traseros, Booze impresionaba y era aterrador. Tobe podría haberlo alquilado como semental y haberse sacado una buena pasta, pero sostenía que ningún granjero de la zona tenía dinero suficiente para pagar por los servicios de una bestia como Booze. Era una decisión muy rigurosa para un hombre con tan pocos recursos como Tobe Fogus. La cría de cerdos no da mucho dinero.

–Ese Booze –dijo Tobe, pasando a otro cerdo–. Algún día me gustaría enfrentarlo a un *pitbull*.

Tobe estaba muy parlanchín. Me estremecí solo de pensar en un perro metido ahí con ese monstruo. Sería una carnicería. Un oso negro de buen

tamaño, tal vez; pero Tobe jamás pondría a Booze en una situación de la que no pudiera salir airoso.

Acabé con otra cerda, le di una palmada en la grupa aceitosa y me aparté. Apenas oía el concierto de gruñidos y berridos que se celebraba a mi alrededor, de tan acostumbrado como estaba. Tobe también acababa de terminar con el suyo. Se giró y me miró.

–Los cerdos son unos animales estupendos –dijo–. Y ese Booze es el mejor. Sabe cuidar de sí mismo. –Alargó el brazo y me quitó la lata de aceite–. Eso es algo que hay que aprender en este mundo, muchacho. Hay que aprender a cuidar de uno mismo. Ya puedes irte a casa.

Se sacó del bolsillo del mono un billete grasiento y arrugado de un dólar y me lo dio, luego se giró hacia el chiquero. Me quedé mirándolo un instante antes de emprender el camino de vuelta a casa.

Cuando pasé por delante de su corral al irme, vi al viejo Booze sentado sobre sus cuartos traseros, mirándome fijamente con sus ojos claros y aviesos, entre el segundo y el tercer listón de la cerca. Estaba mascando su pienso, lenta y meditativamente, mascándolo con mucho ruido y deleite. De la mandíbula inferior le colgaba un hilo de saliva hasta el suelo. Salvé la valla de troncos que dividía nuestros terrenos y volví a casa.

Trabajé para Tobe Fogus el resto de aquel verano y, ocasionalmente, durante el curso escolar. Di de comer y engrasé a sus cerdos, los limpié a manguerazos y recogí el estiércol. Aquel invierno lo ayudé a enterrar a dos: eran muy sensibles al frío y el chiquero no ofrecía suficiente protección. En realidad no era más que un cobertizo.

Los cerdos murieron de neumonía y a mi madre le preocupó que yo también la pillara. Recuerdo cómo resollaban y resoplaban aquellos enormes cerdos indefensos cuando se les inundaron los pulmones, tumbados de lado con pinta de estar medio reventados y ya prácticamente muertos. Tobe no lamentó mucho su pérdida. Se limitó a poner especial empeño en que Booze no se acercara a los moribundos, para que no se contagiara. Instaló una lona para cubrir el corral de aquel enorme verraco, con un montón de paja fresca. Tendió un cable desde la cocina para colgar una bombilla de cien vatios bajo la lona. Booze no pasó frío aquel invierno.

La primavera siguiente, Tobe contrató a Kenny Yates, que vivía al otro lado de nuestra granja, para que me echara una mano con los cerdos. Kenny y yo éramos amigos desde antes de primaria, y me alegró contar con su ayuda. Tobe estaba ya muy viejo y el último invierno le había pasado factura. Ya no se ocupaba tanto de los cerdos. Ahora que contaba con Kenny, dejaba la mayor parte del trabajo en nuestras manos.

De Booze seguía ocupándose él personalmente; no nos permitía ni acercarnos.

–Es demasiado agresivo para vosotros, muchachos –decía Tobe Fogus–. No podríais con él ni queriendo.

Preparaba la mezcla de Booze y la vertía en el comedero, hablando con él todo el rato.

–A comer, cabronazo –decía–. No dejes ni un grano, puto engendro del diablo.

A veces se acercaba a donde estábamos frota que te frota con las puercas y se ponía a mirarlas fijamente, recordándonos lo importante que era engrasarles bien los codos. Un día de aquel verano, me acuerdo, a principios de junio, salió de la casa cuando Kenny y yo terminamos y nos dio a cada uno un billete de un dólar y dos monedas de veinticinco centavos.

–Un aumento –dijo, no muy alto, y volvió a entrar, tambaleándose un poco, como un borracho.

Llevaba un tiempo así, con la mirada afligida. A Kenny y a mí nos alegró recibir aquellos veinticinco centavos extra, pero a ninguno nos preocupó demasiado Tobe Fogus. A nadie le importaba mucho.

Murió a principios del otoño siguiente, justo después del Día del Trabajo. Kenny y yo habíamos salido de clase –era un jueves– y llegamos a la valla de troncos que marcaba la linde entre nuestras tierras. Kenny iba a decirle a Tobe que ya no podía seguir viniendo todos los días. Tenía que dedicar más tiempo a los entrenamientos del equipo de fútbol del instituto. Prometía como placador y, a poco que se lo currase, llegaría casi seguro a formar parte del equipo titular en el último año de secundaria.

Al saltar la valla vimos que faltaban dos travesaños en la parte baja de una sección. Estaban tirados en el suelo a un par de metros, uno partido por la mitad. Los volvimos a colocar lo mejor que pudimos. Kenny se estiró y echó un vistazo al chiquero, entonces me agarró del brazo.

–El corral de Booze –dijo.

Una parte de la cerca estaba destrozada, habían arrancado los tablones de los postes. Ni rastro de Booze.

Kenny miró a su alrededor.

–¿Crees que seguirá por aquí? –preguntó.

Pensé que los travesaños rotos que habíamos visto junto a la valla significaba que no, que seguramente estaría ahora en nuestras tierras, pero a saber. No querría enfrentarme a Booze sin una barrera bien resistente que nos separase. Pensé en aquellos colmillos amarillentos y retorcidos.

–¡Señor Fogus! –exclamó Kenny hacia la casa–. ¡Eh, Tobe!

Bajó la voz en el segundo grito, lanzando miradas a todas partes. Era grandote, en esa época ya se estaba poniendo bastante mazas, pero tampoco como para recibir alegremente la embestida de trescientos kilos de cerdo malvado.

–¿Crees que sabrá que el cerdo se ha largado? –me preguntó.

Echamos a caminar hacia la casa. Supuse que Tobe sabría qué hacer. Él podía encararse con Booze.

–Ni idea –dije–. Lo mejor será decírselo, por si acaso.

–¡Señor Fogus! –volvió a gritar Kenny, aunque sin mucho convencimiento–. ¿Anda por ahí?

Nos quedamos en el porche. Había refrescado, pero solo estaba cerrada la puerta mosquitera. En el porche nos sentimos más seguros. Podíamos entrar corriendo en la casa si hacía falta.

Dentro, la televisión estaba encendida. En el comedero situado a nuestras espaldas gruñó una cerda reclamando su cena. Llamé a la puerta.

–Señor Fogus –dije–. ¿Hay alguien en casa?

Nada.

Kenny se interpuso. Aporreó la puerta con más fuerza y alzó la voz:

–Booze no está, señor Fogus. Se ha escapado.

Aguzamos el oído, pero solo se distinguía el sonido de la tele en el salón, justo al lado del vestíbulo. Si estaba ahí, tenía que oírnos. El volumen no estaba tan alto.

Kenny entreabrió la puerta.

–¿Entramos? –preguntó.

Asentí, así que Kenny entró y yo me deslicé detrás. Ninguno de los dos había entrado en la casa hasta entonces, más allá del vestíbulo. Tobe nunca nos había invitado. La casa se parecía y olía a él: sus monos de trabajo colgaban de un gancho junto a la puerta, tenía dos, junto a un gorro de lana verde oscuro. Había un teléfono sobre una mesita desvencijada, una línea compartida que apenas utilizaba. Al lado había un buró abierto lleno de papeles, pilas y un montón de cachivaches.

Kenny volvió a intentarlo.

–¿Señor Fogus?

Seguía sin contestar. Kenny llamó discretamente a la puerta del salón antes de abrirla. La tele estaba encendida, una vieja RCA en blanco y negro sobre un soporte con ruedas, y Tobe Forgus sentado enfrente, con su cena precocinada. Tenía la cabeza recostada sobre el tapete de encaje deshilachado que cubría el respaldo del sillón, la mandíbula caída, los ojos cerrados.

Más tarde, mi madre, mi padre y yo nos sentamos alrededor de la mesa para hablar de lo sucedido. Creo que a mi madre le afectó más que a nadie, más incluso que a mí, que era el que había encontrado el cadáver.

–Es horrible –dijo–, muerto así, con la comida delante.

Tobe acababa de llevarse a la boca un trozo de filete Salisbury cuando murió, ni siquiera le dio tiempo a tragárselo. Me pareció extraño que mi

madre insistiera tanto en ese detalle. Con comida o sin ella, no había vuelta de hoja, Tobe Fogus estaba muerto y Booze seguía en paradero desconocido. Nadie parecía darle mucha importancia al cerdo. Nadie salvo Kenny y yo.

–Kenny dice que Tobe sabía que se iba a morir –le dije a mi padre–. Dice que Tobe soltó a Booze antes de que se le fundieran los plomos.

–Antes de que se le fundieran los plomos –dijo mi padre–. Eso no es muy respetuoso.

Tampoco es que pareciera importarle mucho la irreverencia.

–Dudo que ocurriera así –dijo–. Ve y pregúntale a Kenny a ver si él sabe a cuento de qué iba a destrozar Tobe esos travesaños, un moribundo, cuando podría haberse limitado a abrir el portalón.

No tenía respuesta para eso.

–Te diré lo que yo creo que pasó –continuó–. Para mí que Tobe murió por la noche, bien temprano, antes de dar de comer al viejo verraco. Por la mañana, Booze estaba tan hambriento que no pudo aguantarse más. Salió en busca de comida. ¿No te parece lo más lógico?

Asentí.

–¿Y qué vas a hacer? –pregunté.

Mi padre me miró.

–Con lo de Booze, digo –añadí.

–Ni me lo había planteado, la verdad –dijo. Luego sonrió–. Pero mira, oye, ya lo tengo. Le daré cincuenta dólares al hombre que me traiga a ese cerdo blanco salvaje.

–¿Vivo o muerto? –pregunté.

–¿Un cerdo? –dijo mi padre–. Muerto.

A las puercas de Tobe las subieron a un camión y las despacharon enseguida, las vendieron a un precio irrisorio. Nadie sabía dónde andaría Booze. Comenzaron los tejemanejes entre abogados para ver qué hacer con los terrenos. Mi padre pujó para ampliar nuestra demarcación hacia el este, pero no tuvo suerte. Acabó adquiriéndolos uno de esos diplomados, un granjero aficionado que se trajo un rebaño de enormes Simmentals grises. A mi padre le disgustaban esas vacas casi tanto como los cerdos.

–Ganado para advenedizos inútiles –dijo–. Pura exención tributaria, sin más.

Tanto para Kenny como para mí, cincuenta dólares era mucho dinero. Las tardes que teníamos libres, salíamos con nuestras 22, yo con mi Savage de cerrojo y Kenny con su Winchester semiautomático, a rastrear los campos y las hondonadas en busca del verraco. De vez en cuando dábamos con su rastro –huellas, ramas rotas, excrementos–, pero nunca llegamos a cruzarnos con él. Desde aquel otoño hasta la mitad del invierno, dedicamos al menos una tarde a la semana al rastreo de Booze.

No sé qué habríamos hecho de habérnoslo encontrado. Nuestros pequeños rifles de percusión anular apenas le habrían atravesado el pellejo, no digamos ya matarlo. Kenny afirmaba que iba a dispararle a los ojos. Si lo abatía de un tiro al ojo, decía Kenny, se quedaría con los cincuenta dólares íntegros. No se lo discutí.

Cuando la nieve empezó a acumularse y tuvimos que servirnos de raquetas para desplazarnos por los prados, ir de un lado a otro cargando con los rifles empezó a parecernos menos una diversión y más un trabajo. Los cincuenta dólares fueron perdiendo su inicial relevancia, todos los demás se olvidaron del asunto. Mi padre sabía que nunca encontraríamos a Booze, sabía que nunca tendría que pagar la recompensa. No se podía hacer nada al respecto. Por mucho que Kenny y yo buscamos, pese a las incontables horas que nos pasamos al acecho al borde de las hondonadas, pese a las incontables tardes que nos pasamos en completo silencio, helándonos en los campos, nunca llegamos a verlo. Pasado un tiempo, dejamos de buscar. Yo empecé a dudar de que Booze estuviese en nuestras tierras, incluso de que hubiese estado en algún momento.

Sin embargo, avanzado el invierno, no mucho después de que Kenny y yo abandonásemos la caza, Booze apareció y se mostró de lo más sanguinario. No hay nada peor ni más peligroso que un verraco solitario, sobre todo si se trata de un Duroc tan gigantesco como Booze.

La cosa empezó con los conejos. Durante años mi familia había tenido una conejera de alambre detrás de la casa. En aquel entonces teníamos tres hembras blancas y una chinchilla grande y negra, macho. Nos referíamos a ellos como conejos parrilleros, incluso se nos ocurrió montar una industria artesanal de cría de conejos para consumo local, pero después de vender el primer lote fuimos incapaces. Así que los dejamos a su aire ahí atrás, gordotes y felices, y regalábamos las crías a gente que sabíamos que no se los iba a zampar.

Un día fui a darles de comer y me encontré con que la malla metálica de un lado de la conejera había sido forzada hacia dentro, estaba doblada y rasgada. Dentro, había pelaje y sangre sobre la nieve pisoteada, nada más. Mi padre encontró huellas, las pezuñas de un cerdo, y dijo que había sido Booze. Despotricó contra el viejo Tobe Fogus por el problema que le había dejado, refiriéndose al daño que podía causar un cerdo del calibre de Booze cuando le diera la gana. Comprendí que hasta aquel momento nunca se había creído que Booze estuviera en nuestras tierras. Seguía viéndolo como un mero inconveniente, un problema potencial para su ganado. Yo estaba aterrado. Aquella noche soñé por primera vez con Tobe, con sus mandíbulas abiertas de par en par y la boca llena de comida intacta.

El martes de la semana siguiente, Calvin, el padre de Kenny, vino a la granja para hablar con mi padre. Era un hombre alto, le sacaba media cabeza a mi padre. Parecía enfadado.

–Hay que hacer algo, Pierce –dijo–. Esa cosa se presentó de nuevo anoche en mi casa. Entró en el gallinero, atravesó la malla. Se zampó a dos de mis mejores ponedoras.

Hizo una mueca, se levantó de la silla y se aferró al respaldo con sus vastas manos.

–Con eso puedo vivir, Pierce. Pero se cargó a Tippy.

Me estremecí. Tippy era el perro de Kenny, un pequeño *border collie* bastante peleón.

–Tippy salió al oír a las gallinas. Para cuando me puse los vaqueros y cogí la escopeta, ese hijo de puta ya se había largado. Había plumas por todas partes… –tragó saliva–, y Tippy. Por el amor de Dios, Pierce, ese cerdo se ha cargado como si nada a un perro adulto. Pronto comenzarán a aparecer por ahí corderos muertos, y ovejas…

–Ya se ventiló a una oveja –dijo mi padre.

Primera noticia. Me imaginé a Booze, enorme y con las cerdas del lomo erizadas, masacrando a una oveja idiota y demasiado asustada para huir.

–Pues mejor me lo pones –dijo Cal Yates–. Yo digo que salgamos ahora mismo a por él. No pienso perder un solo animal más por culpa de ese cerdo, maldita sea.

–Un verraco solitario –dijo mi padre–. Lo peor que hay. –Se levantó y cogió su abrigo–. Eli, ve a por mi rifle.

Me quedé expectante.

–El Remmy –me dijo.

Yo sabía que con el Remington no fallaría. Era un Magnum de siete milímetros buenísimo, un auténtico ejecutor. En su día, papá no quiso escatimar y se compró también una mira Weatherby de 6x60. No la usaba mucho, pero cuando lo hacía, era infalible. Le llevé el rifle y una caja de cartuchos. Metió tres en el cargador y me devolvió el resto.

–Si con este rifle me hacen falta más de tres para matarlo, ese cerdo se merece el indulto –dijo.

Salió por la puerta siguiendo al padre de Kenny. Cruzaron el porche y se dirigieron a la Scout de Cal, donde tenía su 30-30 de palanca ajustado al armero. Mi padre silbó y dio una palmada: Music y Homer, nuestros dos perros oseros, saltaron a la trasera de la camioneta ansiosos ante la perspectiva de la cacería. Mi padre y Cal se subieron a la cabina y la partida de caza salió a los campos.

Mi padre no regresó hasta bien entrada la tarde, después de la puesta del sol. Cuando entró en casa, con aspecto de estar helado y profundamente cansado, supe que no habían podido con el cerdo.

–Me estoy haciendo viejo –le dijo a mi madre.

Se volvió hacia mí y me puso una mano en el hombro.

–Hemos perdido a Homer –dijo.

Tenía un aspecto horrible, inestable; temí que se echara a llorar. Dejó el Remmy sobre la mesa de la cocina con el cerrojo abierto y subió a su dormitorio. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas: por Homer, asesinado en la nieve por un verraco solitario. Intenté contenerlas.

Saqué el cargador del rifle. Estaba vacío. Mi padre había disparado tres veces a ese cabronazo y aun así Booze había conseguido matar al perro. Tres disparos. Esta vez no pude reprimir las lágrimas.

Durante mucho tiempo, después de aquel día, fue como si Booze estuviera siempre presente, nunca lo bastante lejos como para olvidarlo. Después de vaciar el Remmy y perder a su mejor perro, mi padre se dio por vencido. No parecía querer volver a intentarlo. Por las noches solía quedarme dormido pensando en el cuarto de tonelada de cerdo asesino que vivía en una hondonada probablemente no muy lejana.

Cuando llegó la primavera, Booze demostró lo dañino que podía llegar a ser. Un ternero, dos, luego tres…, media docena en total durante aquel primer año. Calvin adoptó la costumbre de pasarse las noches en vela, con el 30-30 acunado en sus brazos, esforzándose por ver al cerdo, por oírlo. Kenny y yo nos sentamos con él en más de una ocasión, bebíamos café y esperábamos a que la blanca silueta de Booze apareciera ante nuestros ojos. Nunca sucedió.

Una noche de agosto de aquel año soñé con Tobe y con Booze. De alguna manera, se fusionaban. Tobe estaba muerto, sentado en su sillón reclinable y, de repente, estaba vivo y sonreía con cara de cerdo, luciendo unos espantosos colmillos amarillentos, gruñendo… Me asusté tanto que me desperté.

Me desperté y me puse al acecho, tenía la boca seca, sin una gota de saliva. Music, nuestro viejo y solitario *bluetick*, estaba ladrando fuerte y con mucha insistencia. Algo grande gruñía bajo mi ventana. Booze estaba entre los cubos de basura. Volcó uno y me llegó el olor de los residuos, podía oír cómo masticaba y tragaba. Me quedé paralizado en la cama, preguntándome si alguien más habría oído el estruendo. El cerdo volcó otro cubo.

Desde el porche, mi padre descargó uno de los cañones de su Browning de calibre 12. Booze chilló. Olí la pólvora, oí cómo se derribaban los demás cubos, cómo rodaban y repiqueteaban mientras el cerdo se sacudía y se debatía. Mi padre descargó el segundo cañón y oí el impacto de los perdigones contra los cubos, como grava sobre un tejado de hojalata. Booze volvió a chillar y se esfumó, no podría decir en qué dirección.

–¡Así aprenderás, hijo de puta! –gritó mi padre desde el porche.

Oí el portazo de la mosquitera cuando volvió a entrar en casa. Al momento estaba en la puerta de mi habitación, en calzoncillos, con la escopeta en la mano derecha.

–Eli, lo he reventado –dijo.

–Claro que sí, papá –dije yo.

–Duerme tranquilo. No volverá.

–Sí, señor.

–Duerme tranquilo.

Fuera, Music comenzó a calmarse. En algún lugar, Booze estaba sentado solo en la maleza y bajo el intenso calor de agosto, tratando de sacarse a dentelladas los perdigones que habían penetrado en su carne. Le deseé todo el dolor del mundo, deseé que se muriera.

Después de aquella noche, la noche en que mi padre disparó a Booze, no volvimos a saber mucho de él. Lo mismo había muerto, sabe Dios. Desde entonces, la gente estuvo más pendiente de sus niños al pasar por la zona. Ese verano Kenny y yo no nos fuimos de acampada, como todos los años. Nunca llegué a sentirme del todo seguro ahí fuera, en los campos, sin mi rifle de caza. De algún modo, la finca parecía haber cambiado, ahora era un lugar donde había vivido un monstruo. Por supuesto, no podía irle con esas vainas a nadie.

Terminé secundaria y bachillerato y solo vi a Booze una vez en todo ese tiempo. Fue cuando estaba rastrillando heno junto a la valla oriental, cerca de lo que había sido la propiedad de Tobe años atrás.

Estaba entre la maleza, un borrón blanco que se movía lentamente, acompasando su paso al del tractor. Al seguir la hilera del heno puesto a secar al sol, lo perdí de vista. Cuando volví a pasar, ya se había ido. Recuerdo el alivio que sentí.

Kenny no llegó a verlo nunca, afirmaba estar seguro de que la había espichado, decía que mi padre lo había matado aquella noche.

–Es como el Bigfoot –dijo–. La gente no sabe muy bien lo que ve, así que van y lo llaman Bigfoot. Tú lo llamas Booze.

Estuvimos a punto de liarnos a hostias por eso. Pero Kenny me inmovilizó con una doble Nelson y me hizo desistir antes de que pudiese desatar mi furia.

Desaparecieron unos cuantos terneros, cierto, pero nada que se saliese de lo habitual en una propiedad tan grande como la nuestra. ¿Que el promedio era un poco más alto de lo normal? La gente prefería hacer la vista gorda. Era más fácil creer que Booze estaba muerto.

Fue un golpe mortal, bien dirigido. La gruesa hoja curva de la tajamata impactó con fuerza entre los ojos del verraco y lo hizo hincarse de rodillas. La hoja se quedó incrustada en el hueso durante un segundo y Kenny se tambaleó hacia delante, por lo que no le quedó más remedio que apoyarse en el hombro del verraco para mantenerse en pie. Volvió a alzar la tajamata

para asestarle otro machetazo.

En ese momento, entre el primer golpe y el siguiente, Booze lanzó una dentellada a ciegas hacia un lado y enganchó a Kenny por un tobillo. Desestabilizado, Kenny volvió a descargar la tajamata, esta vez a la altura del cuello de Booze. La hoja se hundió profundamente en la carne blanda y el mango de madera se le escapó de las manos. Kenny estaba tirado en el suelo, vi que movía los labios, pero no oía lo que decía.

Booze se arrastró hacia él. Kenny liberó el tobillo de un tirón, retrocedió resbalando, valiéndose de la pierna buena y de los codos, desarmado. El cerdo blanco babeaba sangre, se ahogaba.

Le grité a Kenny que se levantara, que se dejara de chorradas y que se levantara. Me lancé a correr hacia él lo más rápido que pude, con las manos vacías. Kenny miraba horrorizado. Pensé que me iba a poner a potar. Booze avanzaba a trompicones, abierto en canal desde el hocico hasta las orejas, gruñendo, intentando incorporarse. Le temblaban las patas traseras. Debería estar muerto.

Mientras el verraco se acercaba a Kenny y proyectaba el morro hacia abajo en busca de algo que morder, algo que aplastar, sus patas traseras se desplomaron muy muy despacio. Sus mandíbulas actuaron, se cerraron sobre una pernera, se cerraron casi delicadamente sobre la zapatilla de Kenny. Kenny retiró la pierna. Booze volvió a impulsarse hacia él. La sangre empapaba la hierba, salpicó a Kenny.

Entonces llegué y me puse a patear al verraco con todas mis fuerzas, sintiendo cómo percutía la punta de mi bota contra sus costillas. Sentí el calor que desprendía, oí sus gruñidos, sus jadeos borboteantes. Olía a cerdo podrido.

Volvió la cabeza, grotesca y horrible. Un solo ojo amarillo y vidrioso posado en mí. Supe que iba a matarme; no había vuelta de hoja.

Con un gemido, una vaharada de aire caliente, Booze rodó hacia un lado, apartándose de mí, dando respingos. Su mandíbula se cerró de golpe, volvió a abrirse y volvió a cerrarse. Sus pezuñas, sorprendentemente pequeñas y delicadas para una criatura tan monstruosa, tamborilearon contra el suelo. Su hocico romo, del tamaño de una bota de trabajo, retumbó en el suelo con los dientes al descubierto. Su caja torácica continuaba hinchándose y deshinchándose, cada vez más despacio.

–¡Ayúdame, joder! –gritó Kenny.

Se le había quedado la pierna atrapada debajo del cerdo, apretaba los labios y tenía el rostro pálido por el dolor y la conmoción. Booze volvió a revolverse, cegado, moribundo, pero aún con ímpetu. No me atrevía a acercarme.

Kenny escarbaba en el suelo, arrancaba puñados de hierba intentando liberarse. Hice de tripas corazón y me las arreglé para llegar hasta él y

agarrarlo por los hombros. Estaba resbaladizo por la sangre. Me constaba que un cerdo de ese calibre debía tener litros de sangre. Era imposible saber cuánta era de Kenny. Su pierna era un desastre. Kenny le echó un vistazo al estropicio y apartó enseguida la mirada. Yo no sabía qué hacer. Booze estaba derrumbado, muerto.

–Hijo de puta –dijo Kenny, apretando los dientes–. He acabado con ese hijo de puta.

Booze se estremeció y el silbido de su respiración empezó a apagarse. El mango de la tajamata se alzaba desde su cuello, tembloroso.

Rodeé a Kenny con un brazo para ayudarlo a levantarse y acercarlo al tractor.

–El muy hijo de puta me trincó. ¿Pero al final quién ha trincado a quién, eh? –dijo.

Parecía exigir una respuesta. Pensé que estaba delirando. Las rodillas me flaqueaban.

Miré a Booze, grande como un toro joven, aún no la había espichado del todo. Me llegaba el olor agrio a sangre y orina animal, el hedor intenso de sus excrementos. Sus músculos habían empezado a relajarse. Me apoyé en el tractor.

Ningún verraco tenía derecho a ostentar las dimensiones de aquella criatura blanca y descomunal sobre el verde pasto. Supe que iba a hacer falta una cadena bien gorda o un cable de acero para sacar a Booze de aquella parcela. Ya me lo estaba imaginando, el enorme cerdo encadenado por las patas traseras, arrastrado por los pastos hasta la fosa en la que enterrábamos el ganado muerto. Sería un verdadero infierno llevarlo a rastras hasta allí, pero supuse que nos apañaríamos.

Todos los muertos

Adonijah Adonijah tienes que levantarte dice mi madre. Me subo un poco las sábanas pero ella no deja de tironearme y cuesta ignorarla.

Jesús mamá digo. Sé que aún no es la hora de levantarse. Fuera está oscuro.

Tu padre se ha ido dice ella y su mano me aprieta el hombro con fuerza. Siento los huesos de sus dedos y el metal de los anillos. Veo que solo lleva puesto el camisón y eso es raro delante de los niños.

Mi padre se fue hace tiempo digo.

Ella retrocede y tiene la boca abierta. Es una mujer bonita en medio de la oscuridad de la mañana con el pelo largo y dorado suelto por la espalda. Normalmente se lo amarra fuerte sobre la cabeza para que no le estorbe. Cuando se lo deja suelto no es tan fácil adivinar la edad que se posa en ella como un cuervo en el poste de una cerca.

Te refieres a Makepeace digo yo. Makepeace se largó en mitad de la noche.

Los otros niños –Byron y Ben– están despiertos en su cama y sé que están con la antena puesta. Son los hijos de Makepeace y le llaman papá. Mamá sale de la habitación y sé que le falta poco para ponerse a berrear. No hay nada peor que hacer llorar a tu madre. Saco el brazo de la cama y tanteo con la mano en busca de los vaqueros que dejé caer por ahí la noche anterior.

Yo le oí salir dice Ben y puedo distinguir sus ojos junto a la pared. Se ha sentado en la cama. Llevaba un cabreo de la leche dice Ben.

Tú calla y vuélvete a dormir digo yo. Oigo a mi madre moverse por el salón y supongo que se estará vistiendo para salir en busca de Makepeace. Me pongo los vaqueros y me enfundo las botas.

No quiere que vayas a buscarlo dice Byron y los dos están ahí sentados en la oscuridad mirándome fijamente. Son pequeños y por supuesto nunca llegaron a conocer a mi padre. Tampoco es que yo lo conociera tan bien cuando murió. Eso fue hace diez años. Antes de que apareciera Makepeace.

No me puede importar menos lo que Makepeace quiera o deje de querer pero me ahorro el comentario. Me abrocho el cinturón y salgo al salón. Cierro la puerta al salir. Tengo los ojos pegajosos y calientes por las impurezas del sueño.

Curtis es un buen hombre dice mi madre. Mejor de lo que te crees dice.

No le contesto.

Es mi marido y el padre de esos niños dice. ¿Eso no significa nada para ti?

Digo me he levantado ¿no?

Tengo las manos agarrotadas y llenas de costras de tanto batirme con las medias reses en los ganchos del matadero, así que me las froto y trato de calentármelas. Sé que a Jeffries el dueño del establecimiento le llegan esta mañana un par de docenas de cerdos para el mercado. Los cerdos son lo peor porque gritan y saltan cuando los rajas y lo dejan todo perdido de sangre caliente.

Makepeace también trabaja allí. Fue él quien me consiguió el puesto aunque no me hace ni puta gracia reconocerlo. Es el capataz de mi turno y se pasa todo el día gritándome. Yo cumplo con lo mío pero parece que nunca se queda contento.

Ha ido a donde Doolittle dice mi madre. Se largó con la camioneta hará unos veinte minutos. Doolittle le debe dinero.

Ha estado bebiendo digo.

Ella asiente. Se llevó la pistola dice.

Que Dios nos asista digo yo.

Echols Doolittle se dedica al contrabando de alcohol y vive en los cerros unos kilómetros más arriba que nosotros en Tree Mountain. Anda siempre entrando y saliendo de la prisión de Huttonsville. He oído a algunos llamarlo Ojos de Hierro porque cuando te mira no le asoma la luz del alma sino un vacío gélido como el hielo del río.

Me imagino que Makepeace debió venderle algunas patatas de la parcela que tenemos atrás para el licor turbio que Doolittle se pasa todo el santo día destilando. Sé que Doolittle es un hombre al que no conviene ir a tocarle las pelotas a las tres y cuarto de la mañana.

Aquí tienes tu abrigo dice ella y me alcanza el abrigo grande de piel de oveja. Huele a carne de matadero y se me revuelve el estómago cuando me lo pongo. Ahí fuera hace un frío que pela dice.

Y que lo digas digo.

El viejo Mercury que usa mi madre está en el patio como un perro gigante dormido sobre sus cuatro neumáticos desinflados. Hace un par de veranos lo condujo sin agua y frio la junta de culata. Makepeace juró que se quedaría ahí hasta que se pudriera y eso es justo lo que ha sucedido. En verano las ardillas viven junto al bloque del motor y utilizan el aislante del capó para hacer sus madrigueras. Mi madre ha plantado flores alrededor en una especie de parterre. Nunca he sabido si lo hizo en plan broma o si de verdad pensó que así la chatarra oxidada quedaría más vistosa. Por supuesto estamos en octubre y las flores no son más que tallos amarillos muertos.

Mi madre se queda de pie en el porche mientras me encamino hacia la propiedad de Doolittle. Debemos andar por debajo de cero grados y veo cómo se eleva su aliento en el círculo de luz del farol del porche. Supongo que dejará esa luz encendida hasta que vuelva a casa con Makepeace. Me

subo el cuello del abrigo para cubrirme las orejas y me aclimato al hedor de la sangre. Es curioso que cuando me lo pongo por el día nunca lo note.

Un policía estatal llamado J.W. Daws le disparó a mi padre en la cara con su Colt 38 Special y lo dejó seco. Un chaval negro sacó una pistola en un Seven-Eleven de Yarbro justo en el momento en que mi padre entró una mañana a tomarse un café. El policía estaba aparcado al otro lado de la Ruta 60 en un coche patrulla marrón sin distintivos y vio la secuencia desde el principio.

Cuando entró en la tienda empuñando la pistola el chaval negro abrió fuego el policía le respondió y se conoce que mi padre no se quitó de en medio. Por lo que he oído era un hombre bien parecido antes de que le disparasen pero lo de pensar rápido puede que no fuera lo suyo. Trabajaba en la fábrica de Firestone y según tengo entendido después de su muerte lo echaron mucho de menos.

He conocido a J.W. Daws y sé que lamenta muchísimo lo del tiroteo. Tiene treinta y tantos años y ya no está con los de la estatal. Ahora trabaja en una constructora de un condado vecino Pocahontas o Monroe no recuerdo cuál. Es un hombre de pelo oscuro corpulento y muy bien hablado.

Asistió al funeral y para eso hay que tener más agallas de lo normal. Se puso al lado de mi madre y le ofreció su pañuelo cuando la pobre se echó a llorar. Se le veía de lo más elegante y severo con el uniforme de gala de la estatal y el sombrero redondo. Sobre todo cuando fijó la mirada en el hoyo en el momento en que plantaron a mi padre. El estado pagó la caja. No recuerdo qué pasó con el chaval negro. Daws no llegó a matarlo y me figuro que debió cumplir condena en Moundsville. Ahora vete a saber. Lo mismo está en la calle o lo mismo han vuelto a encerrarlo por otra movida.

Me lleva casi una hora coronar la ladera de Tree Mountain hasta donde vive Echols Doolittle. Para cuando llego estoy sudando a mares y parece que el cielo comienza a aclararse por el este. Es ese falso amanecer del que se habla. El sol no saldrá en realidad hasta dentro de dos horas o más. Algunos pájaros invernales se han dejado engañar y los oigo arrancar el día entre las ramas.

La casa de Doolittle está en un valle en el que el terreno es todo marga y pantano y la hierba es tupida y se te agarra a las perneras del pantalón. Huele como si alguien hubiese esparcido cal. El suelo está lleno de hoyos y en algunos puntos es bastante accidentado. Un viejo perro amarillo me observa desde la linde del bosque. Retrae sus húmedos labios negros y veo que tiene los dientes marrones y desgastados por la edad.

Me sorprende ver luz en las ventanas a estas horas. La luz es azul y parpadea. La pantalla de un televisor. Doolittle vive en una vieja caravana de tamaño doble y me imagino que tuvo que ser una puta odisea subirla por

la ladera. Sé que Doolittle tiene un generador porque el tendido eléctrico no llega hasta aquí ni de coña. Escucho y distingo el sonido del motor diésel de dos cilindros repiqueteando en la parte de atrás.

A un lado de la caravana hay un montón de pieles de serpiente que parecen de cascabel diamantina y algunas miden más de un metro. Están marchitas y encogidas como la piel de los dedos de una anciana.

Una silueta pasa por delante de una ventana así que sé que hay gente dentro. ¿Hay alguien en casa? exclamo y mi voz suena extremadamente fuerte en el valle. No quiero volver a gritar así que me acerco a la caravana. Miro a mi alrededor pero no veo la camioneta de Makepeace. Solo hay un viejo Pontiac Catalina al que alguien ha elevado la parte trasera y le ha instalado unos neumáticos muy anchos y llantas de aleación Cragar. Y una pequeña moto de *cross* Suzuki de no más de cien centímetros cúbicos cubierta de barro rojo y seco apoyada contra el Catalina. Me da que los alambiques de Doolittle están muy arriba en la montaña y que tal vez necesite la moto para llegar hasta ellos. Se me pasa por la cabeza la idea de darme el piro pero tengo que averiguar qué ha pasado con Makepeace.

Doolittle abre la puerta de sopetón. Es una puerta ligera y choca con estrépito contra la pared metálica de la caravana. ¿Quién es? grita y sé que no puede verme bien en la oscuridad. Me apoyo en el Pontiac y los amortiguadores no ceden ni un milímetro. Están así de ajustados para obtener una conducción firme al pisar el acelerador. Delante del remolque Doolittle ha puesto una mesita baja de acero con cuatro patas para tirar al blanco y ajustar las miras telescópicas. La mesa tiene un escálamo atornillado para apoyar el rifle.

Doolittle no es muy alto pero tiene el ancho de espalda de un mango de hacha y ha salido con un rifle para cazar venados bajo el brazo. Lleva una vieja cartuchera de cuero de la caballería estadounidense atada a la cintura. El cuero de la cartuchera está ennegrecido por el tiempo y el uso y ha cortado la parte de abajo para poder enfundar una pistola automática de cañón largo. La Mauser esa a la que llaman «Bolo».

Solo lleva unos vaqueros con la bragueta medio bajada. No puedo entender cómo aguanta el frío. Me mira y parpadea mientras se acostumbra a la oscuridad.

Dicen que Doolittle vive aquí arriba con su prima como si fuese su esposa pero me imagino que no son más que habladurías. La gente siempre anda diciendo esa clase de cosas pero rara vez es verdad.

Busco a Curtis Makepeace digo.

¿Qué te hace pensar que está aquí? dice Doolittle.

Me ha localizado en la oscuridad pero no me apunta con el rifle ni nada. Soy un chaval alto y flaco y supongo que no represento una gran amenaza para alguien como Doolittle.

Le dijo a mi madre que iba a venir aquí digo.

Y ella quiso que vinieras a buscar al hijoputa de Doolittle dice. Se ríe y apoya el rifle contra la jamba de la puerta a sus espaldas y baja. Va descalzo y se le hunden los pies en el suelo empantanado. Me imagino que acabará pescando una pulmonía.

Cuando se me acerca puedo oler el alcohol que lleva encima. No sé si es lo que se ha metido entre pecho y espalda o lo que ha estado destilando. Tal vez el olor que desprende es como el hedor a matadero de mi chaqueta. Se baja la cremallera del todo y se pone a mear contra un neumático del Pontiac. La orina humea por el frío que hace. El rostro grande y carnoso de Doolittle se ilumina mientras se alivia.

Al rato se cierra los pantalones y se apoya en el coche a mi lado.

Te gusta este coche ¿eh? dice. Yo no digo nada. Veo lo que dicen de sus ojos. Son grises y planos como piedras.

Sabes lo que hacemos aquí arriba dice Doolittle y ya no sonríe.

Yo no sé nada digo.

Me agarra del pelo y tira de mí hacia él. Me sacude de un lado a otro y se me llenan los ojos de lágrimas. Me gustaría cerrarlos pero no lo hago. Aun estando tan cerca lo miro a la cara grande y blanca como la luna llena.

Ya lo creo dice sin levantar mucho la voz. Ya lo creo que no tienes ni puta idea de nada al presentarte aquí y ponerte a vociferar delante de las casas de la gente dice.

Me suelta y me froto la cabeza tratando de calmar un poco el ardor. En una pelea sé que Doolittle me destrozaría. Me saca sus buenos quince kilos y no es muy viejo. No tendrá más de cuarenta. Además lleva esa pipa a la cintura. Vuelve a sonreír y veo que está como un cencerro. Que se le ha ido la olla a fuerza de vivir aquí solo en el valle.

Makepeace cree que le debo algo dice Doolittle. Le dije que más le valía olvidarlo. Esas patatas eran una birria y estaban negras de mugre como el carbón. Él sabe mejor que nadie que Echols Doolittle no va a pagar ni un centavo por unas patatas podridas.

¿Sabes a dónde se fue? le pregunto.

Ninguna precaución es poca dice. Hay gente que me quiere muerto ¿lo sabías?

No no lo sabía digo.

Makepeace se presentó con una pistola dice Doolittle. Estaba borracho y con ganas de discutir y me agujereó la caravana.

Siento frío al intuir lo que probablemente sucedió cuando Makepeace se plantó aquí en el valle. Ese Mauser podría arrancarle un buen pedazo de carne a cualquiera y lo mismo el rifle que ha dejado en la puerta. Puede que no salga vivo de aquí y me entra el tembleque en las rodillas. Menos mal que estoy apoyado en el Catalina.

¿Dónde está? digo. En el bosque un búho real emite su reclamo y es como si por ahí dentro hubiera una especie de campana de bronce.

Doolittle extiende los brazos como si abarcara todo Tree Mountain por encima de nuestras cabezas. Los bosques, los valles y los acantilados de esquisto. Es como si no hubiese oído nada de lo que he dicho.

Hay un montón de hombres muertos por ahí arriba dice. Un número bastante considerable.

¿Los mataste tú? digo yo. Doolittle está loco de remate y su cara ni se inmuta al soltar todo eso. Tiene los labios un poco azules por el frío. No sé qué creer. Me entran escalofríos solo de pensarlo.

A un par de ellos dice. Pero hay más. La montaña se ha cargado por su parte a unos cuantos. No te vayas a creer que he sido yo solo.

¡Por amor de Dios Doolittle! grita una mujer desde la puerta de la caravana. Es muy guapa y solo lleva una camisa de hombre y unas bragas y se abraza para protegerse del frío. Tiene el pelo corto y oscuro revuelto como si acabara de despertarse.

Vuelve a meter tu culo aquí dentro antes de que se te congele dice.

Doolittle se aparta del coche y se dirige hacia ella.

¿Lo has matado? le pregunto a su espalda. Me tiembla la voz porque estoy acojonado.

La mujer de la puerta me oye. Este no ha matado a nadie dice. Aunque vino uno que lo estaba pidiendo a gritos.

¡Cierra el pico Polly Boo! le grita Doolittle.

Apostaría a que ese hijoputa de Makepeace se ha ido al pueblo dice Polly Boo desde la puerta. O tal vez a su casa.

Doolittle la roza al pasar y yo me alegro de perderlo de vista. Me pregunto si será seguro echar a correr y alejarse de estos dos. Polly Boo cierra la puerta.

Junto a la jamba de la puerta veo un agujero que supongo que podría ser el que hizo Makepeace con su 45. Es del tamaño de medio dólar y por lo que parece lo han rellenado con un trozo de tela o algo así para que no se cuele el frío.

El búho real vuelve a emitir su llamada aunque esta vez desde más lejos. Es un sonido solitario que desciende desde la cumbre y suena al lamento de un hombre que ha muerto reclamando sabe Dios qué.

Cuando tenía diez años Macaco Granger me dio una paliza de aúpa en la cantera de piedra caliza. Una de esas cosas en las que los niños se enzarzan cada dos por tres. Macaco y yo éramos amigos de verdad pero yo me burlaba de su forma de caminar siempre encorvado y con esos brazos tan largos casi barriendo el suelo con los dedos. Por eso lo llamábamos Macaco pero no parecía importarle. Era un niño grandote y mayor que nosotros porque había

repetido un par de veces y parecía tolerarlo todo y estar siempre de buen rollo.

Recuerdo estar de pie al borde del estanque de la cantera y el agua helada y oscura como el petróleo. Macaco está ahí conmigo y no se ha quitado la ropa. Estamos en junio al principio de las vacaciones y todos estamos en pelotas para nadar y empujarnos unos a otros en el agua y soltar chillidos.

Un par de chavales mayores arrojan monedas de un centavo a la zona que más cubre y luego se lanzan a por ellas desde las cornisas. Les han dicho mil veces que no lo hagan porque no hace tanto un niño se abrió el cráneo contra el fondo y se partió el cuello pero nadie hace caso. Cuando íbamos de acampada y queríamos asustarnos por la noche solíamos hablar de aquel chaval y de lo que es tener trece años y estar muerto y frío y flotando en el agua de la cantera.

Macaco si vas a meterte tienes que desnudarte le digo.

Él me mira y sonríe un poco pero no es una sonrisa muy convincente.

Creo que esta vez voy a pasar dice y se tumba al borde del estanque y ni siquiera mete los pies en el agua. Es un grandullón como ya he dicho y sus pies destacan por su tosquedad en sus viejas Keds rotas. Enseguida me doy cuenta de lo que le pasa.

Tienes miedo al agua digo.

No dice nada y entiendo que es eso. Macaco no quiere meterse en el agua porque tiene miedo. Me pregunto por qué demonios ha venido entonces con nosotros. Tal vez pensó que se animaría al llegar a la cantera todos juntos.

Eres la polla digo. Aunque me imagino que es normal que un Macaco le tenga miedo al agua.

Algunos de la pandilla se acercan a nosotros y Macaco empieza a sentirse incómodo. Más te vale cerrar el pico Adonijah dice pero yo ya voy embalado.

Al Macaco este le da miedo meterse en el agua grito y él se da cuenta de que no van a tardar en conchabarse para lanzarlo al estanque. Él no quiere y se pone de pie y viene hacia mí para intentar taparme la boca con la mano.

Que te calles la puta boca me dice.

Tenemos aquí a un Macaco acojonado grito y me doy cuenta de que todos los chavales de la cantera reciben el mensaje. Macaco cambia el peso de un pie a otro y yo me inclino hasta rasparme los nudillos con el suelo y me pongo a ulular. Me rasco las axilas en plan chimpancé y es la cosa más desternillante que he hecho nunca. Todos se parten la caja y se disponen a darle al viejo Macaco el chapuzón de su vida.

Entonces me golpea y juro por Dios que le veo la intención de arrancarme la cabeza. Me caigo y se me echa encima con los brazos los codos y las rodillas. Grita No señor No señor una y otra vez. Nunca supe por qué se puso a gritar eso. Me arrea un puñetazo en el ojo me revienta los labios me deja la

nariz ensangrentada me golpea en la garganta y me pongo a toser como un descosido. Es un pifostio y los dos nos desgañitamos hasta casi quedarnos roncos.

Macaco no tarda ni dos minutos en dejarme para el arrastre y a continuación se larga. Abandona la cantera y se adentra en los matorrales de vuelta a casa. Entonces me percato de que me he quedado solo. Todos los demás se esfumaron en cuanto vieron que Macaco se lanzaba en serio contra mí.

Estoy ahí tirado y pruebo el sabor de mi sangre y la expulso por la nariz en largos regueros y me la limpio en las rocas sobre las que estoy tendido. Cuesta creer lo bonito que es el color de la sangre cuando es fresca y acaba de brotar así de tu cuerpo perlando la piedra caliza. Todo parece lejano y me zumba la cabeza tras la somanta de hostias que me ha asestado Macaco. Todo está en calma y llorar sienta bien.

No sé el tiempo que llevo ahí cuando Makepeace dice Levanta y me lo encuentro de pie a mi lado bajito y moreno con la complexión de un peso wélter bigotazo y patillas que le dan un aire de forastero. Tiene canas en el bigote que destacan claramente entre los pelos oscuros. Uno de los chavales que vio la paliza debió de irle con el cuento a casa y ha venido a buscarme. Mi madre en aquel entonces estaba embarazada de Byron el mayor de los dos hijos que tuvo con Makepeace.

Levanta dice de nuevo. Yo sigo llorando y chorreando sangre y aún no estoy en condiciones de dejar de compadecerme de mí mismo. Sigo tumbado y me quedo mirándole un rato. Me empuja con una de sus botas cubierta de estiércol y sangre del matadero de Jeffries. Es un crimen tocar a alguien con esas botas.

Déjame en paz digo.

Se desabrocha el cinturón y no me puedo creer que se disponga a zurrarme por haber recibido una paliza a manos de Macaco Granger. Es un cinturón de los anchos y lleva su nombre Curtis grabado en el cuero marrón. La hebilla es un águila calva y hace ruido cuando libera el cinturón de las trabillas.

No vas a pegarme digo pero no estoy muy seguro.

O te levantas cuando te digo que te levantes dice. O ya verás.

Como sigo ahí tirado sin moverme me suelta un zurriagazo en las piernas. Me alejo de él y me pongo de pie.

No tienes derecho digo.

¿Vas a impedírmelo? me pregunta. Hace oscilar el cinturón en su mano y las piernas me escuecen como si me las hubiera restregado con ortigas. No quiero más cinturón.

Tienes que aprender dice. En algún momento tendrás que aprender.

¿Pero de qué vas? digo. Tengo los dientes tan apretados que es lo único

que me sale. Estoy tan cabreado que apenas puedo hablar.

Tienes que mantenerte en pie dice. La mayoría de las veces eso es lo único que le queda a un hombre. Aguantar todo lo que le viene encima de pie. Aunque no pueda devolverlo.

Pues yo voy a matar a ese cabrón de Macaco Granger digo. Me da igual lo que digas.

Makepeace sacude la cabeza con el cinturón pendiendo de su puño como un látigo. Parece que va a decirme algo más pero no dice nada.

A pie por la Ruta 42 hacia Gilchrist hace tanto frío que me duelen los pulmones como si me estuviesen clavando agujas de tricotar. Es el frío de antes del amanecer. Con la helada que se nos ha echado encima me imagino que hará demasiado frío para que se ponga a nevar y con un poco de suerte tendremos un día despejado. Llevamos ya unos cuantos días con el cielo encapotado y me alegraría ver el sol.

Cuando me alejo de la propiedad de Doolittle me cuesta no mirar atrás. No puedo evitar pensar que está asomado a la puerta de la ruinosa caravana o plantado en su mesa metálica de tiro descamisado y a punto de meterme uno de esos treinta cero seis entre los omóplatos. Hace que me pique la espalda pero no me rasco.

Solo cuando salgo del valle y vuelvo a verme a salvo en la carretera de asfalto miro hacia atrás. El perro amarillo de antes está ahora medio oculto en la maleza que bordea el arcén y avanza con el vientre casi a ras del suelo. Tiene un ojo turbio y los bigotes muy grises.

Vuelve a casa le digo pero no deja de seguirme entre los arbustos muy agachado y con el rabo entre las piernas. No me quita la vista de encima y ese ojo lechoso empieza a sacarme de quicio.

Avanzo un poco más con el perro pegado a los talones y entonces me agacho y cojo unos fragmentos planos de esquisto que hay tirados al borde de la carretera. Levanto la mano para lanzárselos y el perro se aparta girándose casi del todo y se queda mirándome por encima del hombro. Por el modo en que ha reaccionado deduzco que no es la primera vez que le tiran piedras. El perro se queda en esa postura pero no sale huyendo.

Lanzo los fragmentos y doy a las hojas por encima de su cabeza. El perro chilla como si le hubiese dado y se adentra corriendo en el bosque. Me alegro de haberme librado de él pero me guardo un trozo de esquisto por si le da por volver.

También me alegro de no haber tenido que tirar a dar. Me pregunto si es el perro de Doolittle o si simplemente es un chucho que merodea por allí por las sobras que pueda obtener.

Si pasara algún coche haría autoestop pero no pasa ninguno hasta que ya llevo más de la mitad del trayecto hasta el pueblo. Es un coche rojo

customizado con la suspensión baja y me rebasa a toda velocidad antes de que me dé tiempo a levantar el pulgar. La brisa que levanta al pasar me pega la ropa helada a la piel. Me encorvo y deseo que al muy mamón se le pinche una rueda y se precipite hacia la cuneta, pero no cae esa breva. En menos de un minuto toma la curva que hay al final de la cresta y sigue hacia el pueblo.

Llego al pueblo casi muerto después de la caminata. Todavía no hay luces en las casas ni en las tiendas y me parece imposible que toda la gente siga sobando. Cruzo el pueblo por el centro de la calzada pisando la doble línea amarilla y lo único que oigo son mis pies sobre el asfalto. El semáforo del cruce parpadea en amarillo para mí y en rojo para el sentido contrario. Me pregunto cuándo empezarán a parpadear los tres colores para el inicio de la jornada.

Estoy a punto de alcanzar el otro extremo del pueblo y voy tan hecho polvo que casi ni me acuerdo de lo que he venido a hacer cuando veo la camioneta de Makepeace cruzada en mitad de la acera. Es una Dodge Ram cuatro por cuatro con un imponente mataburros de acero en la parte delantera. Makepeace no está dentro.

Las llaves están puestas en el contacto y se me pasa por la cabeza volver a casa. Me daría tiempo a dormir una horita o algo más antes de entrar a currar en el matadero. Hoy tenemos todos esos cerdos por delante.

El asiento de plástico resbaladizo está cubierto de sangre. Me aparto de la camioneta y miro a mi alrededor en busca de Makepeace. Ahora sé que está en apuros. Me lo encuentro sentado en la base de la estatua del soldado confederado que erigió el pueblo para honrar a los lugareños del condado que murieron en la guerra. Tiene un brazo sobre la barriga y me sonríe. Me acerco a él. Tiene la ropa llena de sangre y cierra los ojos.

Vaya tela Curtis digo.

Oh madre dice y se balancea de un lado a otro. Me he perdido dice. Esto es lo más lejos que he podido llegar.

Todavía tiene el brazo cruzado en la tripa y la sangre le chorrea por debajo.

Vamos a llevarte al hospital del condado digo y me inclino para ayudarlo a levantarse. Tira de mí para que me detenga y tiene más fuerza de la que me hubiera podido imaginar. La sangre ha llegado a la escalinata de hormigón.

Conozco a ese tipo me susurra al oído. Su voz es tensa y me llega como si estuviera lejos. Vuelvo a tirar de él para que se ponga en pie. Por delante está todo lleno de sangre y tierra. El disparo le alcanzó a la altura del tercer botón de la camisa. Compruebo que no hay agujero de salida en la espalda así que la bala sigue dentro.

Me paso su brazo por encima de los hombros. Es un hombre pequeño y tengo que agacharme para ayudarlo. Tengo la espalda fuerte de tanto cargar

medias reses y no me cuesta mucho llevarlo hasta la camioneta.

Eddy Sussen dice y forcejea para darse la vuelta y situarnos casi de cara a la estatua. Es un soldado rebelde de unos cuatro metros de altura hecho de bronce con los nombres de todos los caídos alrededor de la base. Tiene un fusil de avancarga con forma de garrote y apunta al horizonte. Bajo la gorra de infantería se ve que tiene un rostro atractivo. Nariz larga y recta y rasgos parejos.

Meto a Makepeace en la cabina de la camioneta y se pone a gruñir cuando lo hago pasar por delante del volante enorme. En el asiento del copiloto se le vence la cabeza hacia atrás y se golpea contra la luna trasera con suficiente fuerza como para sobresaltarme. Arranco y nos alejamos de la plaza volviendo a enfilar la 42 hacia el hospital del condado.

En la tripa dice Makepeace mirando lo que se le escurre entre los dedos. Como si fuera un puto perro.

Mantengo los ojos fijos en la carretera. La camioneta funciona a las mil maravillas. Makepeace siempre la ha cuidado mucho, es la niña de sus ojos. Estoy nadando en su sangre tengo los vaqueros empapados y puedo sentirla también en una bota.

Se comió su arma dice Makepeace.

¿Se puede saber de qué hablas? digo. Balbucea y no puedo creerme que siga despierto. Es más no puedo creerme que siga vivo.

Eddy Sussen dice. El consejo municipal lo votó como modelo para la estatua. Se plantó ahí de pie para que lo esculpieran en 1950 y entonces se comió su arma en la plaza y fue un horror. Yo tenía quince años y vi lo que quedó antes de que lo taparan.

Era un tío guapo digo. Hay cuarenta y cinco kilómetros de camino hasta Heflin que es donde está el hospital y la cosa no pinta nada bien.

Makepeace resopla. Ya lo creo que lo era dice. Tenía una mano lisiada pero eso no está en la estatua.

Ostras digo yo.

Ya te digo dice. Aquella mano destrozada debía de dolerle un huevo. Bebía mucho y una noche se disparó a sí mismo y ni siquiera consiguió que figurase su nombre en la estatua.

Makepeace se ríe y es un sonido horroroso. Esa no es la manera de conseguirlo dice.

Se ha desplomado en el rincón de la cabina y le salen pompas de sangre y mocos por la nariz. Si pretendo mantenerme en la carretera no puedo inclinarme para levantarlo y acomodarlo.

Ponte derecho le digo.

No puedo me dice. Tiene los ojos cerrados y ni siquiera se esfuerza en abrirlos.

Ponte derecho le vuelvo a decir alzando la voz. No me contesta y no veo

que le salgan más pompas por la nariz. Cierro la boca y sigo conduciendo hacia Heflin lo más rápido que puedo aun sabiendo que ya es tontería.

Hackberry

Timmy Lee Purvis abandonó la carretera frente a la casa alquilada, frenó hasta que el viejo Buick se detuvo del todo. Salió del vehículo, miró hacia el porche, se imaginó a Torrey bajando los escalones a su encuentro. No estaba allí. Se tiró de la visera de la gorra Goodrich con una de sus manazas, cerró la puerta del coche. Se reclinó en el lateral del Buick. Le habían estado haciendo cargar como una mula en la fábrica y se sentía cansado y viejo. No había cumplido ni los treinta, pero era como si tuviera cincuenta o más.

–No querrá dejarlo ahí así –dijo alguien desde el otro lado de la carretera.

Timmy Lee se giró, vio que era el viejo de la casa de enfrente, al otro lado de la estrecha carretera. Era un tipo bajito enfundado en un mono gris raído, con una piel que parecía cecina. Timmy Lee lo había visto por allí, dando de comer a las gallinas que tenía en una jaula de alambre al lado de la casa, cortando bardanas con una azada junto a la carretera. El anciano estaba sentado en el porche de su casa, en una vieja silla con asiento de caña reclinada contra la pared. Sostenía un vaso de cerveza en la mano, apoyado en la pierna.

Timmy Lee se ajustó las gafas de sol, miró al anciano.

–¿Cómo dice? –dijo.

Le dolía la cabeza y no quería hablar. Sus casas, la que había alquilado para él y Torrey y la del anciano, eran las únicas de aquel tramo de la 42, prácticamente las únicas hasta llegar a las subdivisiones de las afueras de Gilchrist, a doce kilómetros de distancia. El anciano se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el porche, mirando.

–Solo le decía que no querrá dejar el coche ahí –dijo el anciano–. En el arcén, así. Por aquí pasan un montón de camiones de carbón a todo meter y la carretera es muy estrecha.

Se recostó en su silla y tomó un sorbo de cerveza.

–Ya –dijo Timmy Lee.

Había oído los camiones por la noche. Primero siempre los turbocompresores a lo lejos, aquel zumbido agudo como de mosquito impertinente junto a tu oreja. Luego los potentes camiones de diez ruedas de Consolidated Mines pasaban rugiendo por delante de la casa. Le había sorprendido la velocidad que podían llegar a alcanzar en el tramo recto, cargados hasta los topes como iban.

–Quería habérselo dicho antes, pero no he tenido ocasión –dijo el anciano–. Se lo dije a su esposa.

Timmy Lee volvió a meterse en el coche, lo hizo retroceder hasta dejarlo

en mitad del terreno, a unos tres metros de la carretera. Al bajarse del Buick se fijó en la hierba amarilla muerta. «Tengo que acordarme de comprar semillas», pensó. Durante un par de días tuvo intención de hacerlo, pero era llegar al pueblo e írsele de la cabeza. Hundió la punta del pie en la tierra, comprobó lo seca que estaba.

–Ahí bien. Ahí de lujo –dijo el anciano.

Timmy Lee se quitó las gafas de sol, pero la brillante luz de la tarde le intensificó el dolor de cabeza. Se las volvió a poner.

–No es mi esposa –le dijo al anciano.

La cara del tipo se tensó, se arrugó hasta parecer una nuez o una manzana vieja. No respondió.

–La chica con la que habló, no estamos casados ni nada –dijo Timmy Lee.

Empezó a subir los escalones del porche.

–Pues claro –dijo el anciano a su espalda–. Por supuesto. Una preciosidad, la niña.

Timmy Lee llegó a la puerta. El anciano alzó el vaso de cerveza.

–¿Y qué me dice de una latita? –dijo.

A Timmy Lee le dio la impresión de que el anciano se arrepentía de lo que había dicho. Negó con la cabeza.

–Creo que no, señor –dijo.

–Hackberry –dijo el anciano–. Llámeme Hackberry.

–Creo que hoy no, Hackberry –dijo Timmy Lee.

Se preguntó si había dicho bien el nombre. Era un nombre extraño. Abrió la puerta mosquitera, entró en la casa.

–No pasa nada –gritó tras él el anciano, Hackberry–. Pásese cualquier otro día. En cuanto tenga un ratillo.

La puerta mosquitera se cerró de golpe.

Timmy Lee olfateó el aire de la casa, desde la cocina no llegaba ningún olor. Entró en el salón, miró las cajas cerradas que estaban repartidas por todas partes. En el lateral de una ponía Utensilios de cocina; en otra, Ropa; en una tercera, Navidad. Timmy Lee sabía que en esa había luces de Navidad, espumillón y una vieja corona de ramitas de pino. Empujó la caja con el pie y algo roto tintineó en su interior, seguramente una bombilla de cristal.

Se quitó las gafas de sol, se las metió en el bolsillo del pecho de la camisa de trabajo. En el del parche donde ponía Tim en letras rojas encima del logo de Goodrich. Torrey estaba repantigada en el sofá, dormida. Sonrió al verla, llevaba unos vaqueros y una camiseta, una de las suyas. Le quedaba enorme, casi la engullía. Medía poco más de metro y medio, estaba bronceada y era un bombón. Tenía los pómulos marcados y la cara afilada. Timmy Lee pensó en lo divertido que era abrazarla, igual que estrechar a un niño entre los brazos.

Se agachó junto al sofá, se sentó sobre los talones.

–Torrey, cariño –dijo, le puso una mano en el hombro–. Tienes que levantarte.

Ella se revolvió bajo el peso de su mano, se incorporó lentamente. Se apartó el pelo color miel de los ojos, posó sus delicados pies descalzos en el suelo. Llevaba las uñas pintadas de rosa nacarado.

–Por Dios, Timmy Lee –dijo.

Cerró los ojos, se lamió los labios.

–¿Por qué me has despertado?

Timmy Lee no dijo nada, se sentó a su lado en el sofá. Ella no lo miró.

–Estaba teniendo un sueño increíble –dijo ella.

Se llevó las manos a la nuca, se estiró hasta que le crujieron las articulaciones.

–¿Qué clase de sueño era, preciosa? –dijo Timmy Lee.

Torrey se levantó, se asomó a la ventana.

–Estaba casada con un ricachón –dijo–. Me trataba como a una reina y todo eso.

Timmy Lee se fijó en las tablas de roble del suelo. Según parecía las habían ensamblado con auténticas clavijas de madera, nada de clavos.

Torrey esperó a que dijera algo. Suspiró.

–Sabía que no lo entenderías, Timmy Lee –dijo.

–Ya –dijo Timmy Lee.

Se levantó, pasó por encima de un par de cajas aún cerradas con cinta de embalar, entró en la cocina.

–¿Has pensado en algo para la cena? –dijo.

–Conocí a ese viejo de enfrente que se pasa la vida sentado en el porche –dijo Torrey.

Señaló por la ventana la casa del otro lado de la carretera. Hackberry seguía allí.

–Salí al buzón a ver si teníamos correo y me llamó a gritos.

Se alisó la camiseta de algodón sobre el vientre plano.

–Me parece que flirteó conmigo.

Timmy Lee abrió la nevera, frunció el ceño al ver que la luz no se encendía. Golpeó la cubierta de plástico de la bombilla con un dedo. Torrey entró en la cocina.

–¿A que no sabes cómo se llama? –dijo–. No lo adivinas ni de coña.

–Hackberry –dijo Timmy Lee.

Torrey hizo una mueca.

–¿Te lo puedes creer? –dijo ella–. ¿Qué clase de nombre es Hackberry?

–Queda algo de pollo –dijo Timmy Lee.

Sacó un cubo de cartón del estante superior de la nevera, lo dejó sobre la

mesa de la cocina.

–Y algo de leche.

Acercó la nariz a la parte superior del cartón medio lleno y agitó la leche en su interior.

–Aún huele bien –dijo.

Torrey cogió una alita de pollo fría del cubo, la volvió a dejar dentro.

–¿No tienes hambre? –dijo Timmy Lee.

Rebuscó en el cubo, encontró otra porción, la mordió. Masticando, se la ofreció a Torrey.

–¿Quieres un poco? –dijo.

Ella negó con la cabeza.

–He visto un bar en el pueblo que tenía buena pinta –dijo Torrey.

Timmy Lee dejó el trozo de pollo sobre la mesa, bebió del cartón. La leche aún no se había estropeado, pero le faltaba poco. Le dejó un regusto grasiento en la boca.

–Pensé que podría pasarme a preguntar, ver si necesitan a alguien –dijo Torrey.

–Para bailar –dijo Timmy Lee.

Torrey asintió.

–O para servir mesas, hacer que la gente beba. –Meneó las caderas lentamente–. Apuesto a que aún soy lo bastante buena como para que me contraten.

Timmy Lee le lanzó el cartón de leche y le dio de lleno en el pecho, estalló como una bomba. La leche le chorreó por la frente, roció la mesa. Llegaron unas cuantas gotas a los fogones, salpicaron a Timmy Lee. Torrey retrocedió tambaleante, se apoyó en la nevera. Parpadeó, se enjugó la leche medio rancia de la cara.

Del mismo modo en que le sobrevino, la furia abandonó a Timmy Lee y casi le entró la risa al ver a Torrey sobre el charco de leche, parpadeando ante él. Tenía leche hasta en el pelo. Se presionaba el pecho con una mano en el punto donde había impactado el cartón de un litro. Abrió la boca.

–Cariño –dijo Timmy Lee, y dio un paso hacia ella.

Por un segundo pareció que Torrey iba a golpearlo. Levantó las manos como una pequeña boxeadora.

–Baja esos ganchos –dijo Timmy Lee.

Procuró mantener un tono de voz tranquilo y agradable. Ella bajó los brazos y él la agarró, la atrajo hacia su cuerpo. Ella se puso rígida y él la estrechó con más fuerza.

–No tienes que hacer esas mierdas, preciosa –dijo–. No lo necesitas.

Sintió que la leche le humedecía la camisa por donde la tenía aprisionada.

–¿Se puede saber de dónde se ha sacado ese nombre, Hackberry? –le preguntó Timmy Lee la primera vez que se dejó caer por la casa de Hackberry para tomarse una cerveza.

Los dos estaban sentados en el porche del anciano, observando los relámpagos secos que destellaban en las cumbres de los cerros, a kilómetros de distancia. No había truenos.

Hackberry miró a Timmy Lee y sonrió. Tenía un colmillo de plata que brillaba cada vez que abría la boca. Timmy Lee se preguntó dónde se habría puesto algo así. Resultaba grotesco, aquel metal brillante plantado en medio de la oscuridad de la boca del viejo. Hackberry se carcajeó.

–Caramba, hijo –dijo–, pues no lo sé. De dondequiera que viniera mi gente cuando llegó a estas tierras, supongo. O a lo mejor fue un nombre que adoptaron cuando se instalaron en las montañas. En cualquier caso, no he tenido otro nombre en mi vida.

–¿Entonces es usted de las montañas? –preguntó Timmy Lee. La cerveza que tenía en la mano transpiraba. Se secó la palma de la mano en los vaqueros.

–Sí, señor –dijo Hackberry–. De las mismísimas cumbres. Soy prácticamente el primero que bajó al valle.

Contempló el porche y la casa como si fuera algo de lo que sentirse orgulloso, bajar al valle. A Timmy Lee le entraron ganas de descojonarse en su cara.

–Los demás me imagino que murieron allí arriba, en las montañas –dijo Hackberry.

–Coño –dijo Timmy Lee–. ¿Entonces perdió el contacto con ellos?

Hackberry asintió.

–Una vez tuve una profesora en el colegio –dijo–, una mujer muy inteligente que me dijo que un Hackberry era un árbol[1].

Bebió un trago de cerveza. En su dormidero junto al porche, las gallinas cacareaban adormiladas con la cabeza recogida bajo las alas. Los relámpagos secos teñían de azul las lejanas laderas.

–Por lo visto es un arbolillo frutal –dijo Hackberry–. Hasta entonces yo creía que los Hackberry éramos solo mi padre, mis hermanos y yo. Ignoraba que un Hackberry pudiera ser otra cosa.

–Pues yo no tengo ni repajolera idea de lo que es un Purvis –dijo Timmy Lee.

Hackberry lo miró y le entró tal ataque de risa que Timmy Lee llegó a pensar que iba a diñarla de un infarto. A él no le parecía tan gracioso, pero al ver al viejo empezó a reírse también. Al momento, los dos se estaban carcajeando tan escandalosamente que Torrey salió de la casa alquilada de enfrente y les gritó que se callasen de una puta vez.

***

Timmy Lee observaba a Hackberry al otro lado del porche. El anciano estaba toqueteando la perilla de ajuste de la radio. Logró sintonizar la emisora que quería. Era una emisora de la capital del estado, sonaba metálica y débil por la distancia. Unas ancianas negras cantaban «Will the Circle Be Unbroken» y Timmy Lee supuso que habían pillado justo el final de un programa de góspel.

–Esto está muy bien –dijo Hackberry–. Ya verás, te va a gustar.

Se volvió a recostar en la silla, recuperó su vaso de cerveza de la barandilla del porche, le metió un buen trago.

Era la quinta o sexta noche que Timmy Lee se pasaba a echar un rato con Hackberry al otro lado de la carretera desde que lo conoció la semana anterior. Se había convertido en un hábito, ir al porche del anciano a beber cerveza y a escuchar la radio, a soltar chorradas. Hackberry parecía saberse siempre al dedillo qué programa iban a emitir.

Timmy Lee se encendió uno de esos Tiparillos[2] que tanto le gustaban. La radio de Hackberry era un viejo trasto de válvulas que debía pesar cerca de diez kilos. La rejilla metálica que cubría el altavoz parecía haber sido arrancada de la parte frontal de un Plymouth antiguo.

–¿Qué vamos a escuchar, Hackberry? –dijo Timmy Lee.

Las válvulas de la radio brillaban a través de las rejillas de ventilación como si fuesen ojos anaranjados y furiosos o pequeñas fogatas. Timmy Lee sabía que Hackberry tenía que estar recibiendo el calor que desprendían, pero no parecía importarle.

–Un tipo con respuestas para todo de Charleston –dijo Hackberry–. Ya verás qué labia se gasta el tío. Sabe latín.

Las mujeres dejaron de cantar y la radio enmudeció. Por un momento Timmy Lee pensó que la vieja Philco había expirado o que estaban teniendo problemas en la emisora. Entonces volvió el sonido, la sintonía del tipo con respuestas para todo y la voz de un locutor que dijo: «Y ahora damos paso a Rich Hebron en “Palabras de auxilio”. Si tienen alguna pregunta, ya sea legal, financiera o simplemente personal, no duden en llamar ahora mismo a Rich a través de nuestra línea gratuita». Después de facilitar el número de teléfono la música subió de volumen.

–¿Cómo te quedas? –dijo Hackberry.

–Nunca había oído este programa –dijo Timmy Lee.

–Pues es buenísimo –dijo Hackberry. Plantó la mano sobre la radio como si agradeciera el calor. Rich Hebron entró en antena, dijo que estaba preparado para atender la primera llamada.

–La recepción es bastante buena aun viniendo de la capital –dijo Timmy Lee–. Con todas estas montañas.

Hackberry se llevó un dedo a los labios.

–Atiende –dijo.

–Y la primera llamada nos llega desde Hurricane –dijo Rich Hebron. Tenía una voz grave y parecía cansado. Timmy Lee se imaginaba perfectamente a un policía con esa voz, o al padre de alguien. Rich pulsó unos cuantos botones en los estudios de la capital, dijo «Hola» dos veces. Finalmente, surgió en la línea la vocecita de una anciana.

–¿Rich? –dijo. Parecía asustada, como si estuviera medio sorda. Rich se mostró paciente con ella, siguió diciendo «Hola» hasta que por fin la anciana lo oyó.

–¿En qué podemos ayudarla esta noche, señora? –dijo el tipo con respuestas para todo cuando se estableció la conexión.

Hackberry se inclinó hacia delante para escucharla; la voz de la anciana apenas se oía por encima de las crepitaciones de la línea telefónica. Timmy Lee se preguntó qué clase de problema podría tener aquella anciana.

–Mi nieta se está descarriando –dijo.

A Timmy Lee casi se le escapó la risa. ¿Qué se creía aquella señora que iba a poder hacer Rich Hebron al respecto?

–Va por ahí como pollo sin cabeza. Nunca he visto una cosa igual. Se está convirtiendo en una furcia. Una descarada, eso es lo que es.

Hackberry tomó un sorbo de cerveza y la nuez bailoteó en su vieja y flaca garganta.

–Su padre se largó, su madre me la dejó aquí y yo no puedo con ella.

Rich intentó meter baza, pero la anciana, una vez lanzada, ya no parecía ser capaz de echar el freno.

–Cuando esos chicos, esos paletos de las montañas, vienen a husmear detrás de ella, ¿qué puede hacer una vieja como yo? –Estaba al borde de las lágrimas.

Hackberry se removió en su silla de respaldo duro.

–Claro, señora, claro –dijo Rich Hebron, delatando su impaciencia–, pero ¿cuál es exactamente el problema? Puedo entender por qué está disgustada, no es para menos, pero yo estoy aquí para responder preguntas. ¿Tiene usted alguna pregunta que hacerme?

–¿Alguna pregunta? –dijo la anciana.

Se calló. Timmy Lee pensó que se había cortado, pero se seguía oyendo el siseo de la conexión.

–Señora –dijo Rich–. ¿Sigue usted ahí? Quiere saber qué medidas tomar con los jóvenes que se interesan por su nieta, ¿es eso, un consejo para la chica?

–¿Medidas? Ya es demasiado tarde para eso, ella ya lo ha hecho. Y como siga así va a acabar teniendo un bebé, igualita que su madre, y sin un padre que se haga cargo. Era una buena chica, pero se ha malogrado. ¿Qué puede

hacerse con una chica así?

Parecía que Rich quería volver a interrumpirla, pero la mujer seguía erre que erre.

–Señora –dijo, pero ya no había quien la frenara, además ahora estaba hecha un mar de lágrimas. Al final saltó un anuncio justo en medio de lo que la anciana estaba diciendo. La publicidad de un concesionario de Chevrolet de la capital.

Hackberry siguió mirando la radio, acariciándola con la mano. No quiso mirar a Timmy Lee.

–¿Y dice usted que es un consultor radiofónico con respuestas para todo? –dijo Timmy Lee. Estrujó la lata de cerveza con sus fuertes dedos, se rio–. Pues para esa viejecita no es que tuviera muchas respuestas.

–Tal vez no han acabado –dijo Hackberry–. Es solo un anuncio.

El anuncio de Chevy terminó y Rich Hebron volvió a las ondas. Esta vez dio paso a un oyente de St. Albans. El tipo tenía un vecino que le había dicho que le pegaría un tiro a su perro si volvía a colarse en su propiedad. El oyente le preguntó a Rich si eso era legal.

–Deshacerse de ella –dijo Timmy Lee–. Supongo que eso también es una manera de responder, ¿no?

–Bueno, señor –dijo Rich–, lo único que puedo decirle es que, en efecto, es legal deshacerse de un animal invasor cuando este supone una amenaza para la vida de alguien, para el ganado o para la propiedad.

–¿Quiere decir que puede cargarse a mi perro si quiere? –quiso saber el oyente de St. Albans.

–Por otro lado, es ilegal disparar armas de fuego dentro del perímetro urbano. Si su vecino lo hiciera –dijo Rich–, debería usted llamar a la policía. Hasta entonces, yo le diría que amarrase bien a su perro.

Rich cortó la llamada antes de que el oyente pudiera rebatir. Timmy Lee supuso que el incidente con la anciana lo había descolocado un poco. No quería que nadie le replicara.

–Esa vieja tendría que saber que esas no son formas –dijo Hackberry–. No puedes esperar que Rich te responda esa clase de preguntas. Pregúntale por el motor de un cortacésped, por el mejor remedio para la fiebre o, yo qué sé, por tu perro –señaló la radio–, ese tipo de cosas sí, sin problema. Pero no sobre lo que quería esa anciana.

–Ya –dijo Timmy Lee–. ¿Y de qué le va a servir a ese tipo llamar a la policía después de que el vecino le vuele la cabeza a su perro, Hackberry? Me da a mí que ese tío, Rich, deja mucho que desear como hombre con respuestas para todo.

–Sí, bueno –dijo Hackberry.

Apagó la radio con brusquedad en medio de otra respuesta de Rich: estaba hablando con un gordo que quería perder peso para ligar. Estaba

convencido de que su aspecto disgustaba a las mujeres. Al cabo de un par de segundos, la luz anaranjada y caliente de las válvulas comenzó a extinguirse.

–No es culpa de Rich –dijo Hackberry–. Es culpa de la gente. De todos esos que llaman y no hacen las preguntas apropiadas.

Cuando Timmy Lee se encaminó hacia su porche vio una bolsa de basura tirada en el terreno. Había decidido volver al rato de que Hackberry apagara el programa de Rich Hebron. El viejo se había quedado casi mudo después de su último comentario. La intención de Timmy Lee no había sido ni mucho menos cabrearlo, no le parecía que el programa fuese para tanto, nada más.

Se agachó y recogió la bolsa. La mayor parte de la basura se había salido, pero aún quedaba algo dentro: un par de envases de zumo de naranja congelado, latas de cerveza, cáscaras de huevo. La bolsa estaba húmeda por donde la agarró. Hizo un ovillo con ella, rodeó la casa hasta donde estaban los dos cubos metálicos. Uno estaba volcado, la tapa a unos metros.

–Perros –dijo, levantó el cubo y arrojó dentro la bolsa húmeda–. Tienen que haber sido unos perros.

Sonrió al pensar en aquel tipo de St. Albans que había llamado al hombre con respuestas para todo. A él no le parecía tan mal la amenaza del vecino.

Se limpió la mano en los vaqueros. Había basura por todas partes, bolsas de papel y revistas viejas, restos de comida. Recogió una parte, la fue tirando al cubo. Dejó un montón de desperdicios esparcidos por el suelo, pensó que ya se ocuparía del resto a la luz del día, le diría a Torrey que los recogiera ella. Quería lavarse las manos, quitarse aquel jugo pringoso. Entró en la casa por la puerta de atrás, por la cocina.

Torrey estaba allí, de pie frente al fregadero. Se giró cuando él entró.

–Oh –dijo.

Timmy Lee señaló la puerta con la barbilla.

–Se ve que los perros se han cebado de lo lindo con los cubos –dijo–. Hay basura desparramada por todas partes. Un sindiós.

Se dirigió al fregadero pero Torrey estaba en medio. Al mirarla se apartó. El fregadero estaba lleno de cenizas, eso parecía al menos, agua y cenizas negras y pegajosas.

–¿Qué cojones es esto? –dijo Timmy Lee.

Torrey retrocedió otro paso, frotándose los ojos. Los tenía irritados de haber llorado.

–Me puse a cocinar –dijo ella.

El sumidero estaba atascado; había intentado deshacerse de aquel estropicio por el fregadero. Timmy Lee percibía el olor a quemado. El tufo era intenso, pero debió de ser peor hacía un rato. Timmy Lee renunció a lavarse las manos.

–¿Y cómo se te ocurre tirar esto por el fregadero? –dijo.

–Hice pan de cuchara[3] pero se quemó –dijo Torrey–. Ya sabes que te chifla. Estaba horneándose y entonces aparecieron esos perros ahí atrás. Los oí aullar y ladrar, desgarrar cosas. Salí y eran un montón, cinco o puede que más, y una perrita amarilla que debía estar en celo. Se abalanzaban sobre ella como hormigas, ya sabes cómo son, así que fui a espantarlos con un palo. –Hizo una pausa–. Sabía que te ibas a enfadar.

–¿Por qué no lo tiraste por la puerta con el resto de la basura? –dijo–. Se tira ahí fuera y listo.

–Sabía que te ibas a cabrear –dijo ella–, así que lo tiré al fregadero. Intenté deshacerme de él.

Se había puesto a llorar. Timmy Lee no lo aguantaba. Dio un paso al frente, la agarró del pelo, le echó la cabeza hacia atrás. Ella parpadeó, intentó no mirarlo. Él la zarandeó.

–¿Por qué lo has hecho? –dijo él.

Ella retorció el cuello, intentó zafarse.

–Suéltame –dijo.

Él volvió a zarandearla violentamente, la apartó de un empujón. Se volvió hacia el desastre del fregadero. Iba a llevar lo suyo limpiarlo y le iba a tocar a él, eso estaba más claro que el agua. Hundió un dedo sobre el pan de cuchara quemado. Aún estaba caliente. Torrey salió de la cocina.

Timmy Lee abrió el grifo, dejó correr un poco de agua para ver si por un casual el sumidero se desatascaba. Puso las manos bajo el chorro de agua, se las frotó. El agua empezó a acumularse en el fregadero.

–¡Ya no puedo más! –gritó Torrey desde el dormitorio–. Es la última vez que me haces esto.

Timmy Lee se llevó las manos mojadas a las mejillas. El agua estaba fresca, era agradable. Se sacudió el agua de las manos sobre el fregadero, intentó no mirar el pan de cuchara. Era negro y se estaba reblandeciendo.

–No pienso quedarme aquí toda la vida sin hacer nada, dejando que me pegues –dijo Torrey–. Sales a emborracharte con un viejo, pasas de mí y luego vuelves a casa a pegarme.

Timmy Lee salió de la cocina, se dirigió al dormitorio. Torrey estaba metida en el armario, sacaba sus cosas, las lanzaba a la cama. Él trató de sonreír.

–¿A dónde vas? –dijo.

Ella no le contestó, arrojó una falda sobre la cama. Timmy Lee la recogió, la alisó sobre su brazo.

–Creo que no te vas a ir a ninguna parte –dijo Timmy Lee.

–¿Y quién va a impedírmelo? ¿Tú? –dijo Torrey. La cama se interponía entre ambos. Dejó de trastear con la ropa, lo miró, cruzada de brazos.

Timmy Lee asintió.

–No sería la primera vez –dijo–. Ya lo he hecho unas cuantas veces.

–Pero ya no soy una cría –dijo Torrey.

–¿Qué es lo que quieres que haga? –dijo Timmy Lee.

–Me da igual –dijo Torrey–. No quiero nada de ti. Ya no. Intento darte una sorpresa bonita y me zurras.

Timmy Lee rodeó la cama. Torrey se apartó de él. Él se apretujó contra ella, la empotró contra la pared.

–No vas a largarte a ningún lado –le dijo.

La besó en los labios. Ella apartó la cabeza.

–Me voy –dijo ella.

Timmy Lee la alzó levemente del suelo, volvió a besarla. Esta vez ella no apartó la cabeza tan rápido.

–Me voy —dijo ella entre sus labios–. Tengo sitios a los que ir. No vas a poder impedírmelo.

–No dejo de tener el mismo sueño, Hackberry –dijo Timmy Lee.

Habían pasado unos días desde que Torrey intentó hacer el pan de cuchara y ya había dejado de dar la tabarra con lo de largarse. A Timmy Lee le resultaba irritante cuando le daba por ahí.

Ya llevaba unas cuantas cervezas y se sentía bien, tenía la cabeza despejada. Entornó los ojos hacia el anciano que estaba al otro extremo del porche, imposible saber si le estaba escuchando. Hackberry llevaba varios días sin sacar la radio al porche.

–Es más bien una pesadilla –dijo Timmy Lee–. No es un buen sueño.

No podía creerse lo sobrio que estaba después de toda la cerveza que se había bebido.

–Es sobre Torrey –dijo.

Consultó su reloj pero estaba demasiado oscuro para distinguir las manecillas. Pensó en el sueño, intentó recordarlo. Era un sueño recurrente pero a veces resultaba difícil recordar los sueños. Se lo contó a Torrey una vez y ella se echó a reír.

–Estoy en mitad de un campo de tréboles, huele muy bien –dijo–. De eso sí que me acuerdo, del buen olor. Y no muy lejos hay una vieja cerca de listones de algarrobo, se ve que son de algarrobo, hay un poste inclinado, suelto como un diente podrido. –Timmy Lee se fijó en que Torrey había apagado todas las luces de la casa.

Se llevó la lata de cerveza a los labios, pero estaba vacía. La aplastó hasta formar un disco y la lanzó de sobaquillo hacia la casa de enfrente. Se quedó corto, cayó en medio de la carretera. Rebotó en el asfalto, rodó un poco, se detuvo. Timmy Lee se inclinó y cogió otra del paquete.

–Hay un cuervo enorme, un cuervo gigantesco, grande como un pavo salvaje, posado en el poste, y resulta que es Torrey. Está posada en ese viejo poste suelto y me mira con esos ojillos negros y brillantes de cuervo.

Timmy Lee se levantó de la silla y se asomó a una de las ventanas del porche de Hackberry. La casa estaba a oscuras y lo único que vio fue su propio reflejo en el cristal: ni ojos, ni nariz, ni boca, solo el contorno de su cara en la ventana. No tenía ni idea de cómo sería la casa de Hackberry por dentro.

–Al fondo del campo parece que hay siempre una bandada de cuervos, posados en los árboles del cortavientos, y en ese momento están armando un barullo infernal. El cuervo enorme no deja de mirarme, así que corro hacia él y chillo, solo eso, suelto alaridos. Voy a intentar agarrarlo y cada vez que lo sueño parece que lo voy a lograr.

Timmy Lee pensó en el cuervo, en sus ojos oscuros, en la lengua que le asomaba como una gruesa oruga gris del pico entreabierto, en las garras escamadas que se aferraban a la dura madera del poste inclinado.

–Pero entonces el puñetero cuervo alza el vuelo, se impulsa en el aire y desaparece –dijo.

Hackberry desplazó su peso en la silla y Timmy Lee esperó a que dijera algo. No dijo nada.

–Los demás pajarracos hacen lo mismo, como respondiendo a una señal. –Hizo una pausa, recordó otro detalle del sueño–. Lo más extraño es que cuando ese cuervo desproporcionado levanta el vuelo ya estoy lo bastante cerca como para olerlo por encima del aroma de los tréboles, para oler lo que desprenden sus alas. ¿Y sabe lo que es? Polvo. Le sale de las plumas, tierra vieja y seca del jardín. ¿No es una marcianada? Un cuervo polvoriento. –Se rio–. Usted me dirá, Hackberry, manda cojones. El cuervo ese.

–¿Sabes lo que solía escuchar siempre en la radio? –dijo Hackberry. Tenía los ojos cerrados. Se recostó en la silla–. El mejor programa de radio de todos los tiempos.

Timmy Lee pensaba que Hackberry no había escuchado nada de lo que había dicho. No le importó.

–El señor Keane, «rastreador de personas perdidas» –dijo Hackberry–. Ese tipo era la repanocha, menudo era. Personas o cosas, daba igual quién o qué fuera, el señor Keane lo encontraba. Llegaron a encomendarle casos bastante peliagudos y los resolvió todos. Ni te imaginas, hijo.

–Mejor que un locutor con respuestas para todo que yo me conozco, ¿eh? –dijo Timmy Lee.

Hackberry abrió los ojos.

–Sí, hijo, mejor que cualquiera con respuestas para todo. El señor Keane siempre sabía dónde estaban las cosas. ¿Nunca has escuchado ese programa, Timmy Lee?

–Nunca –dijo Timmy Lee.

–Me lo suponía –dijo Hackberry–. Fue hace mucho tiempo. Pero aún

conservo la misma radio de entonces –dijo–. La mismita.

–Aun así –dijo Timmy Lee–, ¿qué utilidad va a tener ese señor Keane? Vamos a ver, no es más que un programa de radio. Algún fulano lo escribió para que saliera así. –Vio que Hackberry no lo miraba.

–Joder, ya lo sé –dijo Hackberry.

Los dos hombres permanecieron un rato en silencio. Finalmente Hackberry levantó la vista. Fijó los ojos en Timmy Lee, lo puso un poco nervioso.

–Levanta las manos –le dijo Hackberry a Timmy Lee.

–¿Perdón? –dijo Timmy Lee.

–Que levantes las manos un segundo para que pueda echarles un vistazo –dijo Hackberry.

Timmy Lee levantó las manos con las palmas hacia arriba. Hackberry giró un dedo.

–Del otro lado –dijo.

Timmy Lee le mostró el dorso de las manos.

–¿Se puede saber qué hace? –dijo.

El viejo frunció los labios.

–Eres un luchador, ¿no es así, Timmy Lee? –dijo.

–Me he metido en algunos fregados –dijo Timmy Lee.

–Pero se te da bastante bien, ¿eh? –dijo Hackberry.

–Supongo que sé cuidar de mí mismo. ¿De qué coño está hablando? –Bajó las manos, las cruzó sobre su regazo. Hackberry se echó hacia delante.

–Sabía eso de ti –dijo Hackberry–. Lo supe desde la primera vez que te vi, que sabías cuidar de ti mismo. Eso es bueno.

–Ya –dijo Timmy Lee.

–No, hablo en serio –dijo Hackberry–. Ahí tienes algo que a mí nunca se me ha dado bien, pelear. Me metí en algunas broncas, pero siempre salí malparado –dijo. Dio una palmada.

–Le abrieron la quijotera alguna que otra vez, ¿eh? –dijo Timmy Lee. No podía imaginarse al viejo y flacucho Hackberry sacudiendo a alguien.

–Ya lo creo –dijo Hackberry–. Una vez un tipo me tumbó y luego me clavó un cuchillo. ¿Te lo puedes creer? Ya me había derrotado pero, no contento con eso, fue y me rajó de propina. Con uno de esos viejos cuchillos de caza de hoja plegable que se abren al apretar un botón. Debía medir quince o veinte centímetros.

–Valiente hijoputa –dijo Timmy Lee–. ¿Y dónde se lo clavó?

–Aquí mismo. –Hackberry levantó el brazo derecho, se llevó la mano izquierda a la axila–. Sigo teniendo una cicatriz de aúpa. Mira, ¿quieres tocarla?

–Deje, deje –dijo Timmy Lee–. Le creo, Hackberry. Hay que joderse. ¿A

quién se le ocurre hacer algo así?

–Estaba borracho. Yo también, qué demonios. Pero me lo clavó de lleno en el pulmón porque no pude impedírselo. Así es como siempre te acaban pillando, solo en esos momentos, cuando no puedes impedírselo. Hay que andarse con pies de plomo.

–Sí –dijo Timmy Lee. Se imaginó la escena, estar ya derribado en el suelo y que viniera un cabronazo y te clavase un cuchillo.

–Pero tú no tienes que preocuparte por eso –dijo Hackberry–. Un chicarrón como tú.

–No –dijo Timmy Lee. Él nunca les daría esa oportunidad. Él se adelantaría.

–¿Sabes lo que se siente cuando te clavan un cuchillo? –dijo Hackberry. Se había inclinado hacia delante, parecía estar sonriendo. El diente de plata brilló en la oscuridad. Seguía con la mano en la axila, donde estaba la cicatriz–. Sientes su sabor. Cuando la hoja penetra así en el pulmón, la saboreas. –Se enjugó la boca con la mano–. Sabe a metal. Igualito que una puta taza de peltre.

Timmy Lee tenía veinticinco años cuando conoció a Torrey en un bar del Valle del Ohio. Estaba allí de vacaciones, visitando a unos compañeros del ejército. Había cumplido la mayor parte del servicio militar en Corea y lo único que sabía del ejército era que por ahí fuera hacía frío y que no había nada más aburrido que ser soldado en tiempos de paz. Sus compañeros habían estado allí con él y si algo tenían claro era que no querían volver. En ese punto todos estaban completamente de acuerdo.

Torrey estaba bailando en el angosto escenario del bar. Se llamaba Sala Esmeralda y todo en el local era de color verde –terciopelo verde, papel de pared verde, plantas de plástico verde– o teñido de verde por las luces verdes instaladas en los apliques que había por todas partes. Bailaba allí subida con otras dos chicas y las tres balanceaban las caderas al ritmo de la música infecta que salía del equipo de música, parecían aburridas y drogadas hasta la médula.

Timmy Lee y sus colegas soltaban alaridos y se dirigían a ellas sin fijarse en su aspecto, para ellos no eran más que unas tías medio en pelotas que sudaban fuerte ahí delante bajo los focos del escenario. Sabían que los dos gorilas de la puerta llevaban bolsas llenas de cojinetes de bolas en los bolsillos y que no dudarían en descalabrarles si intentaban subirse al escenario o tocar a las bailarinas. Eso hacía que se desgañitaran, vociferaban a las mujeres lo primero que se les pasaba por la cabeza.

Al cabo de un rato la cosa se animó, acabó un partido de sóftbol en alguna parte y se presentó todo el equipo vencedor, con sus familias y, por lo visto, con todos sus allegados, y el local se desmadró. El encargado hizo que

las dos chicas que compartían el escenario con Torrey se bajaran, se pusieran un delantal y se dedicaran a atender las mesas. Cada vez que pasaban junto a Timmy Lee, él percibía un olor intenso, como a pelo quemado. Supuso que sería por los focos. Una era bastante mayor vista de cerca, puede que rondara los cuarenta y, sin saber muy bien por qué, le avergonzó que una mujer de esa edad se dedicara a esas cosas.

Torrey se había quedado sola allí arriba y por un momento, cuando las otras dos abandonaron el escenario, dejó de bailar y se quedó mirando a la concurrencia. Se la veía diminuta bajo aquellos focos, el polvo y el humo eran tan densos a su alrededor que apenas se la distinguía, era como si estuviese metida en una nube. Se había quedado inmóvil con una mano en la cadera. Tenía la boca abierta y lucía unos dientecillos perfectos. Entonces se mordió los labios, los succionó y reanudó el baile sobre el escenario, completamente sola. Timmy Lee la observaba mientras sus compañeros rugían e intentaban apresar a las otras dos o a cualquier mujer que se les pusiera a tiro. Los jugadores de sóftbol se emborracharon enseguida y empezaron a liarla y, de no haber estado allí los gorilas, pudo haberse desatado una auténtica batalla campal cuando uno de los chavales pellizcó a la mujer de otro. Timmy Lee se lo perdió todo, solo tenía ojos para Torrey.

El baile era patoso y de lo más burdo, parecía una chica bailando sola en la fiesta de graduación del instituto, giraba, se ponía de puntillas, daba un paso adelante, un paso atrás. Estuvo a punto de caerse una vez y alzó la mirada con la cara roja. Nadie se había percatado del desliz y eso hizo que Timmy Lee se compadeciera aún más de ella. «Yo te estoy mirando», quiso gritarle. «Tú baila, que yo nunca dejaré de mirarte y a todos los demás que les den por culo». Pero no dijo nada y al cabo de unos minutos el encargado se acercó a ella para decirle que bajara y se pusiera también a atender mesas. Nadie protestó cuando se bajó del escenario, nadie le pidió que volviera a subirse a terminar su baile.

Timmy Lee se espabiló, se incorporó en la silla. El aire de la noche era fresco, pero tenía la nuca y el cuello de la camisa empapados de sudor.

–Dios –dijo.

Sacudió la cabeza, se inclinó hacia delante. Le dolía la tripa. Supuso que sería por no haber comido nada, por haber estado bebiendo con el estómago vacío.

–¿Hackberry? –dijo. Se volvió hacia el anciano.

El vaso de cerveza de Hackberry yacía volcado en el suelo del porche. Debía estar vacío cuando se volcó; no había ningún charco. Hackberry se había quedado roque en su silla, roncaba. Demasiada cerveza, pensó Timmy Lee. Consideró la idea de despertarlo, decidió dejarlo pasar. Contempló el cuello del anciano, la piel suelta y estriada, las bolsas debajo de los ojos. Hackberry estaba reclinado en la silla, con la mano izquierda cobijada bajo

el brazo derecho, cerca de la axila. Timmy Lee sacudió la cabeza.

Se preguntó si Hackberry se quedaría muchas noches dormido en el porche. Eso le puso un poco triste. Dejó la lata de cerveza en el suelo, se pasó una mano por el pelo. Ya no se sentía cansado, para nada. Todo lo contrario, se sentía bien, como si jugase con ventaja.

«Un poco de bebercio puede que refuerce esa sensación, no hace ningún daño», se dijo a sí mismo. A lo lejos, al final del tramo recto de la carretera, oyó el cambio de marcha de un camión. «Los camioneros siguen ahí fuera. No todo el mundo está en la cama».

Bajó del porche, caminó hasta el borde de la carretera. La lata de cerveza que había lanzado seguía allí, al otro lado del asfalto. Timmy Lee esperó a que pasara el camión.

Se acercaba rugiendo, metió las largas un momento a modo de aviso. A Timmy Lee le pareció que al aproximarse viraba hacia él. No tenía miedo. La estela del camión olía a gasóleo y las partículas de carbón que se desprendieron de la plataforma sobrecargada repiquetearon sobre sus hombros.

Cruzó en busca de la lata de cerveza aplastada. Quería patearla, quería oír el sonido metálico y hueco que haría al rebotar en la carretera. El camión la había barrido del asfalto, así que la buscó entre los matojos del arcén. Después de un rato de no dar con ella, dejó de buscar.

–No son solo los neumáticos de los aviones, joder, qué va –le dijo Timmy Lee, de pie junto a la barra de la Sala Esmeralda.

Había averiguado que se llamaba Torrey Pinch y le dijo que era la primera vez que oía ese nombre, Torrey. Ella le dijo que tenía diecinueve años y que asistía al colegio universitario, aunque él sabía que no tenía edad ni de haber acabado el instituto. Pero ni se le ocurrió decirle que pensaba que mentía y ella pareció agradecerlo. Tampoco le preguntó qué hacía una chica tan joven bailando en un bar de paletos.

–En Goodrich nos ocupamos del montaje completo de las ruedas –dijo–. Los puntales hidráulicos, las ruedas, los frenos y también los neumáticos. Es una parte esencial de la industria de defensa.

Eso era lo que les decían en las charlas de motivación de la fábrica, cuando el gerente intentaba subir la moral y la productividad. Torrey estaba apoyada en la barra con una bandeja de vasos vacíos en una mano y lo miraba como si le interesara. A él le pareció un detallazo.

–Los F-14, los F-15, los B-52, ninguno podría despegar ni aterrizar si no fuera por nosotros –dijo–. En cierto modo es como si estuviera allí arriba con ellos cada vez que aprieto un tornillo en la cadena de montaje, no sé si me explico.

–Claro que sí –dijo ella.

La chica miró por encima del hombro de Timmy Lee para asegurarse de que Ernie, el encargado del bar, no la viera de palique mientras los jugadores de sóftbol reclamaban sus bebidas.

–De vez en cuando –dijo Timmy Lee–, de vez en cuando me da por pensar en esas ruedas y en dónde van a ir a parar. Pienso en los chavales que están ahí arriba, a bordo de esos aviones ultrarrápidos, y en lo fundamentales que son esas ruedas para volver a tierra. O al portaaviones o a donde sea.

–Como si tú mismo fueses un piloto o algo así –dijo–. Eso es muy excitante y muy romántico.

Él la miró sin poder creerse que una chica tan bonita como ella lo considerara excitante. Él nunca había visto un F-15, salvo en la tele y en el cine.

–Por aquí nunca pasa nada –le dijo ella en un tono de voz plano y apagado. Lo mismo bailar la había dejado exhausta–. Lo único que les gusta hacer por aquí es jugar al sóftbol. Tú eres de lo mejor que ha entrado en este antro en mucho tiempo.

La noche siguiente volvió a la Sala Esmeralda solo para verla y no se presentó ningún equipo de sóftbol a montar bulla y causar problemas. Se despidió de sus compañeros del ejército sin decirles a dónde iba. Cuando ella terminó de bailar se acercó a su mesa, se sentó a su lado y estuvieron bromeando hasta que Ernie la mandó a la parte de atrás para ocuparse de la parrilla.

La noche siguiente también fue a verla y a la siguiente tuvo que regresar a Gilchrist, de vuelta al trabajo. Ella se presentó en la estación de autobuses para despedirse, para él fue una grata sorpresa y también un poco triste. No se lo esperaba en absoluto. Ella llevaba una falda cruzada amarilla y una blusa blanca y él le dijo que era preciosa. Cuando el autobús arrancó, ella iba sentada en el asiento de al lado, enganchada a su brazo, hablando y riendo, eufórica por dejar atrás el Valle del Ohio.

El único sitio que parecía abierto en Gilchrist cuando Timmy Lee llegó en coche al pueblo era El Pionero. Timmy Lee no había entrado nunca. Siempre iba al Oso Negro, justo enfrente de Goodrich. En ese momento no quería saber nada del Oso Negro ni de Goodrich. Ya los vería a primerísima hora de la mañana. Un cartel en la fachada de El Pionero rezaba: «Chicas Chicas Chicas».

Entró. Cuando la puerta se cerró de golpe a sus espaldas, dos tipos que estaban sentados en la mesa del rincón se dieron la vuelta, lo miraron de arriba abajo. Eran los únicos clientes del local. Uno era alto, llevaba una camisa de flecos de color canela, como de piel de gamo, con cordones de cuero sin curtir en la pechera.

El otro, a pesar del calor que hacía allí dentro, llevaba una vieja chaqueta

de la unidad de asalto aéreo. Le habían arrancado las insignias y lucía zonas descoloridas en las mangas, donde habían estado los galones. Parecía un sargento mayor, pero era demasiado joven. Se quedó mirando fijamente a Timmy Lee, intentó achantarlo. Al cabo de unos segundos apartó la mirada, volvió a dirigirse al tipo que estaba en la mesa con él.

En uno de los lados del local había una pequeña plataforma, parecía un escenario. Era una caja de unos tres metros cuadrados con un par de escalones. Habían tendido una alfombra de interior-exterior sobre el suelo del escenario.

Timmy Lee echó un vistazo a su alrededor en busca de una camarera, no vio ninguna. Solo había un tipo gordo con un delantal blanco lleno de lamparones detrás de la barra. Tenía un ojo vago y la cara redonda y pálida, picada como la luna. Se movía con extrema lentitud.

Timmy Lee se encaramó a uno de los taburetes de la barra.

–La cocina está cerrada. Cerramos en un par de minutos –dijo el gordo.

Estaba masticando un palillo de dientes mentolado. Cogió un trapo de la barra, se puso a frotar un vaso de tubo. El vaso rechinó y el ruido molestó a Timmy Lee. Miró al barman para ver si lo estaba haciendo para tocarle las pelotas.

–Hay tiempo de sobra para que me pongas algo de beber –dijo Timmy Lee.

El gordo no se movió. Tenía una sombra de barba, sin bigote. Le daba un aspecto sucio a su cara. Dejó el vaso de tubo en la barra.

–Un chupito de Black Jack y una cerveza –dijo Timmy Lee.

Detrás de él oía a los dos tipos de la mesa. Parecía que estaban discutiendo. Hablaban en voz baja. El camarero los miró, meneó la cabeza.

–¿Me vas a poner ese chupito o qué? –dijo Timmy Lee.

El gordo llenó una jarra de cerveza, se la plantó delante. Tardó un rato en dar con la botella de Black Jack que estaba bajo la barra. Sirvió un chupito y se lo dejó junto a la cerveza.

–Un dólar setenta –dijo.

Timmy Lee levantó el vaso de chupito, lo sostuvo con dos dedos por encima de la cerveza, lo dejó caer. El vasito se hundió hasta el fondo. Salpicó un poco la barra y a Timmy Lee le pareció que el barman le fulminaba con el ojo bueno. El ojo pipa se paseaba por las paredes del local. Timmy Lee se bebió casi la mitad de la jarra y se limpió la boca con el dorso de la mano.

–Dios –dijo. Sentía que la cabeza empezaba a dolerle de nuevo; estaba cansado, se arrepintió de haber bajado al pueblo. Esperaba que se le despejara la cabeza.

–Un dólar setenta –volvió a decir el barman.

Timmy Lee se sacó la cartera del bolsillo trasero. Tuvo que levantarse del taburete para hacerlo. Sintió un mareo, se apoyó en la barra. Pagó al

barman.

–¿Se encuentra bien? –preguntó el gordo. En realidad se la traía floja. Desplazó el palillo de dientes de un lado a otro de la boca.

Timmy Lee volvió a acomodarse en el taburete, plantó las manos sobre la barra a ambos lados de su bebida. El Black Jack se arremolinaba en la jarra como agua sucia, más oscuro que la cerveza. Timmy Lee señaló el escenario con la barbilla.

–¿Y las chicas? Lo pone ahí fuera.

El gordo se sacó el palillo de la boca, lo dejó caer en uno de los ceniceros de la barra. Se veía reblandecido y mordisqueado.

–¿Se refiere a las bailarinas? –le preguntó a Timmy Lee.

–Sí, eso –dijo Timmy Lee–. Las bailarinas, ya sabes, estríperes.

–Hay bailarinas los jueves, los viernes y los sábados por la noche –dijo el barman. Miró el mondadientes del cenicero como si lamentara haberse deshecho de él–. Estamos a martes, así que de bailarinas nada. –Se quedó pensativo–. Al final se quedan con esos bikinis con tanga, más no permite la ley –dijo–, así que no sé si se las puede considerar propiamente estríperes. Una vez trabajé en un garito de Charlotte donde sí que se quedaban en pelotas.

–Ya –dijo Timmy Lee.

Se preguntó si aquel tipo le pondría otra o no. Miró al escenario, los minifocos que colgaban de la viga superior. Eran de diferentes colores, rojo, amarillo, azul, pero estaban apagados.

–Hay que joderse –dijo.

–Le va ese rollo de las bailarinas, ¿eh? –preguntó el gordo.

Se inclinó hacia él más de lo debido, le respiró en la cara. El aliento le hedía a puerros silvestres. Los poros de su cara eran enormes. Timmy Lee se dio la vuelta, miró la sala.

El tipo de la chaqueta de la unidad de asalto aéreo descargó el puño sobre la mesa. Hizo que el vaso que tenía delante saltara y se volcara. El hielo se desparramó por la superficie de la mesa. Brincó de la silla para evitar que le cayera encima y el tipo de la camisa de flecos se echó a reír.

–Dios –dijo–, no se puede ser más imbécil. –Tenía un vozarrón. El tipo de la chaqueta militar entornó los ojos.

–Ahora bien, esas chicas… –dijo el barman por detrás de Timmy Lee. Esa voz tan cerca de su oreja le sobresaltó–. Si uno quiere sería posible llegar a conocer a una de esas chicas, o a dos.

Timmy Lee no quiso girarse, no quería ver aquella cara gorda y sudorosa del ojo pipa tan cerca de él. Prefirió seguir observando a los otros tipos del bar.

El de la chaqueta militar barrió el hielo y el agua de su silla, volvió a sentarse. Parecía enfadado. El otro estaba relajado. Seguía riéndose un poco.

El barman le puso una mano en el hombro.

–Si quiere puedo hacer una llamada –dijo–. Es martes por la noche, alguna estará libre para quedar con usted. No le saldrá barato, pero seguro que hay alguna disponible.

Timmy Lee movió el hombro pero el gordo no retiró la mano. Era una mano floja y Timmy Lee notaba la presión de sus dedos sebosos. Era como si llevara una zarigüeya encima.

–La mano fuera –dijo Timmy Lee, no muy alto.

El gordo no pareció oírle.

–En exclusiva para usted, servicio especial –dijo.

–La mano fuera –volvió a decir Timmy Lee. Se medio incorporó y el gordo ejerció más presión en su hombro con la mano flácida, intentó obligar a Timmy Lee a sentarse de nuevo.

–Vale, vale –dijo.

Timmy Lee se zafó de la mano, se encaró al barman.

–Ni se te ocurra volver a tocarme –dijo.

El gordo levantó las manos dándole a entender que no tenía intención de volver a hacerlo. Timmy Lee dio un trago a su bebida y dejó la jarra en la barra. Se dispuso a irse.

Antes de ponerse en marcha, el tipo de la chaqueta militar se plantó delante de él. Timmy Lee ni siquiera lo había oído levantarse de la silla.

–¿Algún problema por aquí, amigo? –dijo.

Le dio un golpecito en el pecho, lo empujó levemente contra la barra. El tipo de la camisa de flecos miraba. El tipo de la chaqueta de la unidad de asalto lo miró por encima del hombro, luego volvió a mirar a Timmy Lee. Sonriente.

Timmy Lee le lanzó un puñetazo a la cara. Fue un derechazo bastante chapucero, pero el otro tipo no se lo esperaba. Timmy Lee notó que le reventaba la nariz, que le partía los labios. Algo cedió en su mano y el dolor tan intenso que sintió hasta el codo fue como una revelación. Sacudió la mano y el dolor se quedó con él. Le despejó la cabeza.

–Mierda –dijo el tipo y se llevó las manos a la cara. La palabra sonó rara a través de su boca destrozada.

Entonces el tipo alto de la camisa de flecos se abalanzó sobre Timmy Lee, una lluvia de codos y nudillos. Timmy Lee intentó encajarle un gancho, pero el puño se le fue de varas.

El alto dio un paso atrás, se tomó su tiempo, le dio una patada en el estómago. El movimiento fue grácil, como de bailarín, puede que de karateca. Timmy Lee se estampó de nuevo contra la barra, derribó un par de taburetes. Podía oír al barman cagándose en lo más grande.

El alto le arreó otra patada y Timmy Lee sintió que se le entumecía el brazo. El tipo se ensañó con él. Parecía no tener intención de parar hasta el

fin de los tiempos. Entretanto, Timmy Lee oía al barman gritar que parara ya y al tipo de la cara destrozada decir una y otra vez «Mierda» a través de sus labios ensangrentados.

Timmy Lee salió de la carretera en diagonal, sin preocuparse por los camiones del carbón. Echó un vistazo al porche de Hackberry, vio que el viejo se había metido en la casa. Deseó que siguiera fuera para que le echara una mano. Abrió la puerta del coche, miró su reloj bajo la luz de cortesía del techo. Parpadeó, se sintió estúpido, la esfera del reloj se había hecho añicos en la pelea. La manecilla de las horas había desaparecido.

Salió del coche, se apoyó en él. Posó la cabeza sobre el metal del techo. Estaba frío, su rostro vapuleado lo agradeció. Tenía las piernas flojas y débiles, como de goma. La forma en que le temblaban las rodillas le repugnaba. Eructó, escupió un poco de sangre y mocos sobre el coche. Sintió que había perdido un par de dientes. Le daba miedo palpar los huecos con la lengua. Tenía un sabor de boca horrible.

Se apartó del coche, cruzó el terreno hasta los escalones de la casa. Subió el primer escalón, acto seguido se sentó. Estaba recuperando la sensibilidad en el lado derecho de la cara. Durante todo el camino de vuelta lo había sentido como algo ajeno a su cabeza. Se llevó la mano a la cara y la notó abultada. Cerró los ojos para combatir la sensación de náuseas que le nacía en el vientre.

Volvió a ponerse en pie, se aferró a la barandilla del porche, intentó abrir la puerta mosquitera. No pudo. Tiró de ella, sabía que Torrey había echado el pestillo por dentro. Aporreó el marco de la puerta, estuvo a punto de caerse.

–Torrey –dijo. Intentó gritar–: Déjame entrar, joder. –Fue más bien un susurro. Sabía que nadie lo oiría.

Apretó el puño, golpeó la puerta. La mano, torpe, se le doblaba por la muñeca. No la sentía. Tenía dos nudillos hundidos en la carne, deformados. La sangre rezumaba por los cortes que le había hecho el cristal del reloj. Supo que se había roto los nudillos en cuanto atizó al tipo de la chaqueta militar. No era la primera vez que se los rompía. Nunca acababan de curarse bien.

Arrimó la cara a la ventana, contempló el salón de la casa de alquiler. Torrey estaba mirándolo. Dijo: «¡Oh!» –él pudo oírlo a través del cristal–, y dio un brinco hacia atrás. Casi se cayó sobre una de las cajas de la mudanza.

–Torrey –dijo. Apoyó la frente en la ventana. El cristal estaba frío, como el techo del coche. Volvió a pronunciar su nombre. Al hablar salpicó el cristal de la ventana con un poco de sangre.

Torrey permanecía de pie bajo el dintel de la puerta del salón, mirándolo fijamente. Él hizo un gesto hacia la puerta del porche y ella negó con la

cabeza. Timmy Lee alzó la mano, intentó atravesar la ventana, pero ya no podía armar un puño.

–Puto desgraciado –dijo Torrey desde el interior–. ¿Qué has hecho?

Las palabras llegaron a sus oídos como si las hubiera proferido debajo del agua. No llegó a comprenderlas. Torrey salió en tromba del salón y desapareció en la parte posterior de la casa.

Timmy Lee barajó la idea de sentarse allí mismo, al aire fresco de la noche. Sabía que si se sentaba no podría volver a levantarse, pero no estaba muy seguro de que eso le importara demasiado. Trastabilló, se precipitó por las escaleras del porche y cayó al suelo. La tierra estaba seca y suelta y embadurnó su ropa, se apelmazó con la sangre que le cubría la cara, las manos. Volvió al coche, se sentó en el asiento del conductor. El vinilo crujió bajo su peso.

Recorrió el interior del vehículo con la mirada, movió el espejo retrovisor para poder verse la cara. Estaba hecho un cromo. Tenía una oreja prácticamente arrancada. De ahí que le doliera tanto ese lado de la cabeza. La sangre de la oreja se había esparcido por todas partes, tenía sangre en la nuca, en el cuello, en el pelo, incluso en las cejas. Estuvo a un tris de echarse a reír, no podía tener peor aspecto.

Posó la mano en los botones de la radio, se preguntó qué le recomendaría Rich Hebron. Denunciar a aquellos capullos, se imaginó. Llamar a la policía. A menos que fuera legal; lo mismo había puesto en peligro la vida o la propiedad de alguien. La madre que lo parió.

La casa de Hackberry estaba demasiado lejos. Sabía que jamás podría salvar aquella distancia. Las piernas le fallarían a medio camino. Se imaginó a sí mismo inconsciente en mitad del asfalto con un camión acercándose a toda velocidad por el tramo recto. Ni de coña. Ay, Dios, ¿qué mosca le habría picado a esa para no dejarle entrar?

Apoyó el pulpejo de la mano en el claxon, presionó. El sonido retumbó estruendosamente en la oscuridad y retiró la mano. El corazón le latía a cien por hora. Volvió a posar la mano, pulsó de nuevo el claxon. Hackberry lo oiría.

Se encendió una luz en la casa de Hackberry y Timmy Lee sonrió. Las gallinas del corral contiguo a la casa cloqueaban y se agitaban alertadas por el ruido. Al cabo de un segundo, la luz volvió a apagarse. Timmy Lee dejó de sonreír, siguió presionando el claxon del viejo Buick con la mano rota.

1 En español, almez americano, *celtis occidentalis. (N. del T.)*

2 Un Tiparillo es un cigarrillo más corto, más fino y más suave de lo normal, con boquilla de plástico. El nombre fue registrado el 3 de julio de 1961 por la Pinkerton Tobacco Company de Owensboro, Kentucky, e iba especialmente dirigido al mercado juvenil y femenino. *(N. del T.)*

3 *Spoon bread*, plato húmedo a base de harina de maíz, muy típico del Sur de Estados Unidos. Aunque se le llama pan *(bread)*, el pan de cuchara tiene una consistencia y un sabor más cercanos a los pudines salados, similar a un suflé. Se cree que es de origen nativo americano. La primera receta impresa data del año 1847, en el libro de cocina *The Carolina Housewife*, de Sarah Rutledge. Desde 1997, en Berea, Kentucky, se celebra en septiembre el Spoonbread Festival. *(N. del T.)*

Perro

Eldridge oyó el ruido antes que Broom. Broom estaba viendo dibujos animados en la pequeña tele en blanco y negro que había en el suelo del salón y la tenía a todo volumen, así que ni se enteró.

El ruido que Eldridge oyó fue un chirrido, un chirrido agudo y un arañazo. Estaba saliendo del baño, iba descalzo, solo llevaba una toalla enrollada a la cintura. Al principio pensó que sería el suelo de la caravana, aquella caravana vieja que compartía con Broom y que ya estaba empezando a oxidarse y desnivelarse sobre su base de bloques de hormigón. Luego volvió a oírlo en el pasillo, cuando se dirigía al dormitorio grande, y esta vez no le cupo la menor duda de que se trataba de algo vivo.

–¡Eh, Broom! –gritó desde el pasillo hacia el salón. Se oía la tele, sabía que probablemente Broom no le contestaría aunque lo hubiera oído. Él y Broom llevaban un par de años viviendo juntos en la caravana. Había llegado a conocerlo como si lo hubiera parido.

–¡Broom! –volvió a gritar–. ¡Tenemos ratas, Broom!

Siguió avanzando por el pasillo hasta su dormitorio.

Broom entró tras él al cabo de unos segundos. Tenía una lata de cerveza en la mano. «Cada vez empieza más temprano», se dijo Eldridge. Era una mala costumbre. Eldridge no probaba ni gota antes del almuerzo, ni siquiera toleraba una Coca-Cola antes del almuerzo.

–¿Decías? –dijo Broom.

La tele retumbaba en el salón.

–Digo que tenemos ratas –dijo Eldridge–. O algo.

Pateó el suelo con fuerza para ver si las ratas o lo que fuera volvían a hacer el ruido. La única ventana del dormitorio repiqueteó en su marco.

–Por Dios –dijo Broom–. Vas a hacer que todo se venga abajo.

Era un chaval delgaducho, Broom, de veintiuno o veintidós, Eldridge no lo tenía muy claro. El caso es que parecía joven, siempre lo fichaban en los bares. Era la monda ver la cara que ponía cada vez que un barman le soltaba: «Me vas a tener que enseñar alguna documentación». Broom se ponía hecho una furia y la cara se le desencajaba y se le arrugaba mientras hurgaba en el bolsillo de los vaqueros en busca de su cartera. Seguía teniendo problemas de acné y daba cosa verle la cara cuando se cabreaba, toda roja y ametrallada, como un puto mapa de Marte.

Se quedó inmóvil un instante, inclinó la cabeza hacia el suelo como un perro conejero. Eldridge permaneció en silencio, también a la escucha. Lo único que se oía era la música de la tele.

–Yo no oigo nada –dijo Broom–. ¿Qué ratas ni qué ratas?

–Espera un poco y verás –dijo Eldridge.

Se puso una camiseta. Solía llevar camisetas, «camisetas de cachas» las llamaba, siempre una talla menos y con las mangas recortadas a la altura de los hombros. En cierta ocasión una chica le dijo que le gustaba ese porte «escultural». Nunca lo olvidó, se lo soltaba de vez en cuando a Broom o al primero que pillara por banda: «Tengo un porte escultural». Casi todos los que se lo oían decir pensaban que era un cretino en lo tocante a su físico. Salvo por los músculos, la tableta de chocolate y los brazotes que se gastaba, era un tipo de lo más corriente. Nunca le habló a nadie de la chica que le dijo que le parecía «grotesco». De eso ni mu.

–Lo he oído –dijo Eldridge–. Arañazos en el suelo.

–Ya –dijo Broom. Se dispuso a regresar a su programa de la tele. Entonces volvió a sonar, esta vez el sonido parecía venir de debajo de la habitación de Eldridge. Broom lo oyó: un arañazo y un gemido.

–Ahí lo tienes –dijo Eldridge–. Ahí está. –Se alegró de que Broom lo hubiese oído.

–No son ratas –dijo Broom.

–¿Qué dices? –dijo Eldridge–. Si no son ratas, ¿qué va a ser?

–Ni idea, pero ratas no –dijo Broom. Se tomó su tiempo, como si estuviera dándole vueltas–. A mí me parece que es un perro. Me parece que tenemos un perro ahí debajo.

–¿Y cómo crees que habrá llegado hasta ahí? –dijo Eldridge. Pensándolo bien, el ruido también le había sonado a un perro.

–Me imagino que se colaría a rastras. Lo mismo buscando un lugar para echarse y morir. Tal vez esté enfermo, tal vez le hayan disparado, no tengo ni idea.

–Entonces deberíamos ir a ver, ¿no? –dijo Eldridge. Se asomó al armario, apartó algunas prendas que estaban apelotonadas en el suelo, movió un par de cajas. También miró en el estante superior–. ¿Dónde está la linterna aquella, la de caza, la grande? ¿Se puede saber qué has hecho con la puta linterna?

–Yo qué coño sé –dijo Broom–. La última vez que la vi fue en otoño, en noviembre. Salimos por ahí a cegar ciervos con Ed el Gordo y toda la peña. Nos hicimos con un par de buenas piezas, ¿eh? Sí, ya lo creo, lo bien que comimos durante días después de aquello. El chili de carne de venado de Ed el Gordo. La hostia en verso.

–Sí –dijo Eldridge. Se había metido debajo de la cama en busca de la linterna–. Pero luego, ¿qué hicimos con ella? Dios.

Volvió a salir de debajo de la cama con la linterna en la mano. Era una Black and Decker grande que funcionaba con una pila de seis voltios o conectada al mechero del coche, como los focos de los coches patrulla. Tenía

sangre seca de ciervo en el mango y en la carcasa de plástico verde a prueba de golpes. Eldridge toqueteó la sangre con la punta de los dedos y se desprendieron algunas escamas sobre el suelo.

–¿Eso estaba debajo de la cama? –dijo Broom–. Ha tenido que oler a rayos. ¿Cómo has podido vivir con esa cosa ahí?

–La tuya no es que sea un jardín de rosas, Broom –dijo Eldridge–. Ni te imaginas cómo huele tu habitación.

La cara de Broom se crispó como si fuese a perder los estribos. Entonces volvió a sonar el ruido y esta vez no hubo duda de que se trataba de un perro, una especie de ladrido sordo. Sonó como si hubiese ladrado dentro de una lata de café. Un perro de tamaño considerable, por cierto, a juzgar por el volumen.

El perro gruñó y Eldridge sintió que se le erizaba el vello en la nuca. Se notaban las vibraciones del gruñido a través del suelo metálico. Era como estar de pie sobre la caja torácica del perro. Estaba justo a sus pies y Eldridge se sorprendió a sí mismo mirando hacia abajo a pesar de que, aparte de la vieja alfombra marrón, no hubiese nada que ver.

–Hostia puta –dijo Broom–. ¿Has oído eso?

Eldridge accionó el interruptor de la linterna de caza y se encendió. El haz de luz era amarillo.

–Parece que no tira mucho –dijo Broom–. Tanto tiempo ahí abajo, seguro que la pila se ha echado a perder.

–Es solo porque aquí hay mucha luz –dijo Eldridge–. Iluminará mucho mejor debajo de la caravana.

–Ya –dijo Broom–. Será eso. Esperemos que solo sea eso.

Eldridge seguía encendiendo y apagando la linterna, probándola para ver si aumentaba o disminuía la intensidad. El haz amarillo se mantenía igual. Salió al salón, apagó la tele.

–¿No irás a meterte ahí abajo sin nada? –dijo Broom–. Yo ni de puta coña me metía ahí abajo sin algo para mantener a ese perro a raya.

–¿Algo como qué? –dijo Eldridge.

–Yo qué sé. Igual un palo afilado.

–Solo pretendo sacarlo de ahí. No quiero liarme a hostias con él.

–Vale, vale, tú mismo –dijo Broom–. Pero yo no me metería ahí abajo sin nada con lo que poder defenderme. A saber cómo reacciona ese perro.

Eldridge decidió que lo más seguro es que fuera uno de esos perros callejeros que siempre andaban trasteando en la basura, o bien un perro que los del pueblo habían abandonado en la maleza. Estaría enfermo o se habría extraviado, algo así. Nada de lo que preocuparse.

Abrió la puerta, salió al bloque de cemento que hacía las veces de escalón del porche. El bloque se movió sobre la tierra blanda y Eldridge estuvo a punto de caerse.

–Su puta madre –dijo.

Era un día radiante de mucho calor y Eldridge tuvo que protegerse los ojos del sol.

–¿De quién podría ser ese perro? –dijo Broom–. La gente de por aquí debería cuidar mejor a sus animales y no dejarlos sueltos por ahí a la buena de Dios. Tendría que haber leyes al respecto.

–No es de nadie –dijo Eldridge–. Habrá venido a morir aquí y ya está. Cuando un perro se mete solo en un sitio así es por eso, porque quiere morirse.

Se arrodilló, atisbó el espacio de arrastre. Solo había un lugar por el que se podía acceder, justo al lado de la puerta de la caravana. El resto estaba clausurado con láminas de estaño. A Eldridge le pareció que era un verdadero logro colarse ahí dentro por aquel hueco.

–Me apuesto lo que quieras a que es el perro de Seldomridge –dijo Broom–. Ese enorme sabueso negro que tiene, ya sabes cuál te digo, el cabronazo ese que anda siempre molestando a las ovejas de la peña. Seguro que alguien lo envenenó al muy hijoputa.

–Podría ser –dijo Eldridge.

La tierra que había debajo de la caravana era negra y húmeda, no sería de extrañar que hubiera gusanos. No había hierba, solo un montón de hojas amontonadas alrededor de los cimientos y las tuberías. Eldridge nunca había visto tantas tuberías juntas en un mismo sitio, no tenía ni idea de para qué serían. Una la de la fosa séptica, eso seguro. Empezó a sentir un nudo en el pecho.

–Esperemos que no tenga la rabia –dijo Broom–. Una vez vi a un perro con la rabia y fue muy chungo.

–No tiene la rabia, Broom –dijo Eldridge.

–Lo mordió un mapache o una mofeta y al mamonazo se le fue la olla. Tenía toda la boca llena de babas y le chorreaba sangre por el hocico y la mandíbula. Caminaba con las patas rígidas y medio encorvado, mordía a todo el que se le pusiera a tiro. De haber tenido fuerzas habría ido a por los niños que le estaban lanzando piedras.

Eldridge se acercó al hueco que daba paso al espacio de arrastre. Intentó ignorar a Broom.

–Acabó arrancándose sus propias tripas, así de desquiciado estaba. Al no tener nada con lo que cebarse, se desgarró su propio vientre y comenzó a sangrar y a aullar mientras hundía el hocico en sus entrañas. Madre mía, ver para creer. –Se notaba la excitación en su voz.

–Sí, ¿no? –dijo Eldridge. No se veía nada debajo de la caravana. El perro estaba muy al fondo.

–Ya te digo –dijo Broom–. Hasta acabó presentándose el *sheriff* del condado en el parque de caravanas, pero para entonces ya estaba muerto. Se

sacó las tripas y los niños lo apedrearon y lo molieron a palos. El ayudante gordo del *sheriff* le metió una bala entre ceja y ceja para asegurarse, pero ya estaba más tieso que la mojama, con moscas en la lengua y todo.

Broom hizo una pausa para recuperar el aliento. Eldridge agradeció el silencio.

–¿Lo ves? –dijo Broom tras unos instantes–. Me jodería un huevo que fuera el viejo perro de Seldomridge, ahí abajo, apestado de rabia. Seguro que te muerde y luego tú también la pillas. –Estaba de pie sobre el bloque de cemento junto a la puerta, meciéndolo de un lado a otro. Al moverlo hacía un ruido de succión en la tierra.

Eldridge se tumbó bocabajo y se arrastró un poco hacia dentro. Introdujo la cabeza; los hombros chocaron con la chapa a ambos lados. Se encorvó, metió los hombros y avanzó un poco más. Era difícil alzar la linterna en aquel espacio tan estrecho. No pudo levantarla lo suficiente para iluminar el lugar donde creía que estaba el perro. Se le pegó una hoja en la cara y olió la podredumbre que desprendía. Olía como si llevara años debajo de la caravana.

–¿Lo ves ya? –exclamó Broom desde fuera. Su voz le llegaba amortiguada. Eldridge miró hacia atrás, estiró el cuello todo lo que pudo. Vio la cabeza de Broom, al revés. Solo se alcanzaba a distinguir su silueta, oscura contra la intensa luz del sol. Nunca se había fijado en lo extraña que era la cabeza de Broom, no la tenía redonda ni ahuevada, sino comprimida en las sienes: redondeada por arriba y redondeada por abajo, como una tortita mal vertida. El pelo le colgaba y tocaba el suelo.

–Desde aquí no puedo verlo –dijo Eldridge–. Voy a tener que avanzar un poco más.

–¿Qué? –dijo Broom.

Eldridge ni se molestó en repetírselo. Se impulsó con los codos, proyectando el haz de luz de la Black and Decker hacia el fondo. Incluso en la oscuridad que reinaba allí abajo, la luz amarilleaba. Por lo visto Broom estaba en lo cierto con lo que dijo al principio de la pila. Desde allí lo oía gritándole desde fuera. Ni siquiera intentó entender lo que le decía.

El suelo estaba frío y resbaladizo, tal y como se había esperado. Tenía las rodillas y los antebrazos empapados; el barro le calaba los pantalones y se le incrustaba en las arrugas de los codos. Era un espacio demasiado estrecho y eso le ponía nervioso. Ni siquiera pensaba en el perro. Ya se había metido del todo debajo de la caravana. Se empujó con los dedos de los pies, trató de obtener un punto de apoyo para ayudarse a avanzar, pero no lograba suficiente agarre.

Eldridge no podía creerse la cantidad de mierda que había debajo de la caravana. A su lado, a la izquierda, yacía algo que parecía el diferencial de un viejo todoterreno, casi oculto por la hojarasca. Supuso que los anteriores

dueños de la caravana lo habían tirado allí abajo, a saber por qué. Al lado había un guante de trabajo de tela vaquera que parecía la mano de un muerto emergiendo del suelo. Cerca de la entrada, un muñeco perdido hacía tiempo, uno de esos GI Joe parlantes. Eldridge sabía que si tiraba del cordel de la espalda, el diminuto disco que tenía dentro no emitiría más que sonidos ininteligibles.

Una tela de araña tendida entre dos tuberías le rozó la cara, se le quedó pegada por debajo de la nariz. Se puso a darse manotazos.

–Su puta madre –dijo.

La telaraña flotó hacia arriba, se le metió en los ojos. Apretó los labios para evitar que se le metiera también en la boca. La sola idea de que se le metiera en la boca le revolvió el estómago. Sacudió la cabeza, no podía quitársela de encima. Parecía que estaba flotando en el aire, cada vez se le adherían más hebras. Comenzó a arrastrarse de vuelta a la luz para quitarse la telaraña de los ojos. Para ello necesitaba tener las dos manos libres.

Al retroceder, la camiseta se le subió hasta los hombros dejándole la barriga desnuda sobre la tierra fría. Rechinó los dientes. Le resultaba increíble lo mucho que deseaba hacer ruido. Broom ya no decía nada y Eldridge lo lamentaba, ojalá hubiese dejado la tele encendida en el salón para poder oírla a través del suelo. Calculaba que en ese momento debía estar más o menos debajo del salón.

Cuando giró la cabeza, los pies de Broom ya no se veían.

–¡Broom! –gritó–. Broom, ¿dónde cojones te has metido?

Su voz sonó potente, le rebotó desde las tuberías y el suelo, inundó todo el espacio de arrastre. Se impulsó hacia atrás un poco más, notaba el calor del sol en la parte posterior de las piernas. El retroceso era lento, pero solo le quedaba medio metro para verse fuera, donde podría ponerse de pie. Parpadeó para intentar deshacerse de la telaraña. Había pedacitos de hoja o algo así atrapados en las hebras y los sentía en la cara. Los codos se le hundían en el suelo al empujarse hacia atrás.

Algo se movió al fondo de la caravana. Dirigió el haz de luz lo mejor que pudo, lo deslizó sobre la cosa gris que pensó que sería el perro. Ni rastro de ojos, no logró identificar los ojos, imposible determinar si aquello era pelaje o no, ni patas ni cola.

Vio al perro. Como en esas imágenes trucadas en las que al principio no puedes ver lo que hay, solo un montón de manchas claras y oscuras, y al rato ahí está, ves la cabeza de Jesús o una gaviota o lo que sea que haya ahí; así fue como Eldridge vio al perro. Se había incorporado, pero ni siquiera había espacio suficiente para que pudiera ponerse de pie. El lomo daba contra el suelo de la caravana y no le quedaba otra que flexionar las patas, se balanceaba un poco. Tenía los ojos casi cerrados, hinchados y llenos de pus; reflejaban unas medias lunas de luz roja bajo el haz de la linterna de

Eldridge.

Tenía la sarna, y no solo un poco, tenía sarna suficiente para matar a un perro. En algunas zonas parecía que lo habían desollado, que le habían rebanado el pelo y la piel con un cuchillo romo. Su pecho era ancho y profundo, pero estaba tan famélico que el vientre se le combaba hasta casi la columna vertebral, como los perros de carreras. Pero no era un perro de carreras; parecía más bien uno de esos enormes perros guardianes alemanes. Gruñó y retrajo los labios húmedos y palpitantes dejando las encías al descubierto. El sonido quedó amortiguado por la distancia y por el suelo de tierra, pero invadió la cabeza de Eldridge.

Se impulsó hacia atrás para salir de allí. Mantuvo en todo momento el haz de la linterna sobre el perro. No se le acercó más. Siguió gruñendo y el volumen del gruñido fue en aumento hasta colmar el espacio como el sonido de un órgano. El perro babeaba y las babas estaban salpicadas de pus.

Eldridge se hizo un rasguño en el hombro con el borde afilado de la lámina de la entrada. Se giró y se levantó dejando caer la linterna. Se frotó los ojos, se quitó casi toda la telaraña de la cara. Se le quedó pegada en las manos.

–¡Broom! –exclamó. Miró hacia atrás, temiéndose que el perro sarnoso le hubiese seguido para lanzarse contra él.

–¿Lo has visto? –dijo Broom. Estaba sentado en la puerta, con los pies apoyados en el bloque de cemento–. Lo has visto, ¿a que sí?

Eldridge asintió.

–Eso me ha parecido –dijo Broom–. ¿Era el chucho de Seldomridge como yo decía? ¿Vas a volver a meterte ahí abajo para matar a ese mamón?

–Yo no vuelvo a meterme ahí abajo ni loco –dijo Eldridge.

–No te preocupes, Eldridge –dijo Broom–. Para la próxima seguro que lo consigues. Solo te has puesto un poco nervioso, no pasa nada. Ya verás.

–Creo que no me has entendido –dijo Eldridge–. Por mí, ese cabronazo puede quedarse a vivir ahí abajo. Yo no pienso volver a meterme ahí. Si tú quieres, adelante. Yo, ni de coña. –Le vino la imagen de las fauces del perro. Quería entrar en la caravana, pero no podía porque Broom estaba sentado en la puerta.

–Lo mismo sale de ahí por su cuenta dentro de un rato –dijo Broom–. Lo mismo le entra hambre y sale de ahí sin que tengamos que engatusarlo ni nada.

Eldridge entró en la caravana sorteando a Broom.

–Cierra la puerta –dijo. Intentó apartarlo para poder cerrarla.

–Te ha acojonado pero bien, ¿eh? –dijo Broom. Se sacudió de encima las manos de Eldridge–. ¿Qué hostias haces? ¿Estás tonto? ¡Suéltame!

Eldridge lo soltó y entró.

–Ni se te ocurra volver a empujarme así –dijo–. Un hombre hecho y

derecho acojonado por un perro.

–Tú no lo has visto –dijo Eldridge.

–Pero si lo viera no me acojonaría –dijo Broom.

–Tú no lo has visto –volvió a decir Eldridge–. Baja ahí si quieres. Dispárale si quieres. Pero desde ya te digo que yo no pienso bajar otra vez.

–Nadie te lo ha pedido –dijo Broom–. Vamos a esperar un rato, a ver si sale solo.

–¿Y si no sale qué? –dijo Eldridge.

–Entonces ya se me ocurrirá una manera de obligarlo a salir –dijo Broom.

–¿Ah sí? ¿Y cómo? –dijo Eldridge–. ¿Con un palo afilado?

–Pues mira, lo mismo sí –dijo Broom–. Lo mismo con un palo, ¿qué pasa?

Eldridge se rio de él y Broom enrojeció de furia.

Eldridge no pudo dormir en toda la noche, preocupado por el perro. Al final el animal no salió de allí en todo el día y Broom tampoco bajó a por él. En cierto modo, Eldridge se alegraba. Sin embargo, no pudo pegar ojo sabiendo que el perro se encontraba a poco más de un metro de su cama, bajo el suelo.

Una o dos veces lo oyó moverse, cambiando de postura, y se imaginó su lomo sarnoso rozando el suelo y las tuberías, lo vio removiendo hojas para procurarse un lecho más cómodo. Cada vez que estaba a punto de dormirse, no fallaba, el perro se movía y gemía, y él volvía a acordarse del espantoso brillo animal de sus ojos y del pus que salpicaban sus babas. Más tarde incluso temió olerlo a través del suelo, en el lecho que se estaba haciendo.

–Broom –dijo, sin salir de la cama. Sabía que Broom le oiría si estaba despierto. Las paredes de la caravana eran una birria. Podía oírlo a veces cuando roncaba. Más de una vez había tenido que aporrear la pared para que se diera la vuelta y se callara–. Broom –volvió a decir.

Se puso bocabajo, hundió la nariz en la almohada. Pensó que si pudiera ver a través de la almohada y del colchón, a través del suelo, vería directamente al perro, el lugar donde dormía.

Se preguntó si soñaría. Había visto a perros gemir mientras dormían, sacudiendo las patas. «Está cazando conejos», era lo que siempre decía cuando veía a un perro agitándose en sueños. Pero el perro que estaba moviéndose debajo de la caravana no sonaba a eso. Era algo mucho más amplio, se removía y chocaba, no tenía nada que ver. Eldridge ignoraba lo que podría soñar un perro enfermo cuando ya había dado con el lugar oscuro donde se disponía a morir.

El perro gemía y al principio era un sonido agudo, como el de un mosquito junto al oído. Luego se intensificó, un gemido más como de fantasma, y Eldridge se sentó en la cama.

–Su puta madre –dijo.

Escuchó los aullidos del perro. Hubiera jurado que estaba en la habitación con él, así de fuertes eran. Lanzó la almohada, rebotó en la cómoda y acabó en el suelo.

–No puedo más –dijo.

Salió de la cama.

Cruzó la habitación procurando no hacer ruido. Los gemidos del perro comenzaron a extinguirse, pero él siguió adelante, de puntillas. El acolchado de la alfombra se estaba estropeando y en algunos sitios se había roto formando bultos que se movían al pisarlos. Eldridge entró en el cuarto de baño que estaba al final del pasillo junto a la habitación pequeña, hizo pis. Mientras orinaba se miró al espejo. Tenía el mismo aspecto, pero cansado. Se preguntó qué hora sería.

Tiró de la cadena, pensó en el perro tendido al lado de la tubería de la fosa séptica. El agua al correr probablemente lo despertaría. Entonces sí que se pondría a revolverse por ahí abajo. Eldridge no quería ni pensarlo.

De camino a su habitación abrió la puerta de Broom. No lo veía muy bien en la oscuridad, pero lo oía respirar.

–¿Lo has estado oyendo, Broom? –dijo–. No deja de moverse ahí abajo.

–¿Qué cojones? –dijo Broom, apoyándose en los codos sobre la cama–. ¿Qué quieres, Eldridge?

–Solo hablar –dijo Eldridge–. Sigo oyéndolo ahí abajo, no me deja dormir. Pensé que igual tú también lo estarías oyendo.

–Estaba dormido hasta que me has despertado –dijo Broom. Parecía enfadado. Eldridge no sabía si realmente estaba durmiendo o no. Alzó los brazos, se agarró al dintel de la puerta, dejó caer todo su peso y se balanceó. Sentaba bien estirar los músculos.

–Bueno, es que pensé que estarías despierto –dijo Eldridge–. Tenemos que sacar a ese perro de ahí abajo.

Broom no respondió. Volvía a hacerse el dormido. A Eldridge le molestó que no le hablara.

–De momento no voy a dormir más ahí –dijo Eldridge–. Quiero que me cambies la habitación.

Broom seguía haciéndose el dormido.

–La mía es más grande –dijo Eldridge–. Y siempre la has querido, Broom, lo sabes.

Estaba harto de estar allí de pie, rogándole, pero sabía que no iba a ser capaz de dormir en su habitación.

–Joder, Broom –dijo.

No le gustaba el olor del cuarto de Broom y hacía demasiado calor porque siempre tenía la ventana cerrada. Le tocaba las pelotas tener que pedírselo. Broom se giró y le dio la espalda. Se aferró con ambas manos a la almohada.

Después de permanecer un rato contemplando su espalda, Eldridge

renunció y fue a por la manta de su cama. Se pasó un rato tanteando en la oscuridad hasta dar con la almohada que había lanzado. Cogió sus cosas y pasó la noche en el suelo del salón.

–¡Ey, Ed! –llamó Eldridge. Estaba con Broom en medio del polvo caliente frente a la casa de Ed Venner, el Gordo. En el solar había un viejo todoterreno Scout sin ruedas. Lo habían elevado sobre unos gatos, pero uno de ellos se había vencido y el coche estaba inclinado hacia un lado. Eldridge lo señaló–. ¿Te acuerdas de cuando Ed sacaba ese cacharro a la carretera?

Broom negó con la cabeza.

–No –dijo. Llevaba toda la mañana sin abrir la boca.

Era domingo, así que supusieron que Ed el Gordo estaría en casa. A Eldridge le dolía la espalda. Había dormido mal sobre el suelo duro. Broom pateó el terreno y la seca arcilla roja se esparció a su alrededor.

La puerta mosquitera de la casa de Ed el Gordo se abrió y salió una mujer al porche. Era delgada, de unos cuarenta años, se estaba secando las manos con una toalla. «Seguramente estaba preparando la cena del domingo», pensó Eldridge. Llevaba un vestido viejo que había perdido el color hacía años. Su figura hacía que el vestido pareciera relleno de palos. Se plantó en el porche, mirando a Broom y a Eldridge. Tuvo que entornar los ojos para verlos por culpa del sol.

–¿Anda Ed por aquí? –preguntó Eldridge.

La mujer seguía sin decir nada. Broom volvió a patear el suelo y Eldridge se apartó para que no se le ensuciasen las perneras de los vaqueros. Las botas de Broom ya estaban cubiertas de polvo.

–Atrás –dijo la mujer.

Eldridge no se movió.

–En el cobertizo –dijo ella–. Lo encontraréis por ahí atrás. Siempre se le puede encontrar por ahí atrás. –Los miró de arriba abajo–. Y ya que vais me gustaría que le preguntarais qué sentido tiene perder el tiempo con todos esos trastos viejos e inútiles.

Broom no dijo nada. Eldridge se aclaró la garganta.

–Se pasa todo el puñetero día ahí atrás arreglando esos cachivaches inservibles y si queremos ir al pueblo a su padre y a mí no nos queda otra que ir a pie. Ni un triste coche que arranque tenemos. ¿Qué clase de hijo es ese? Eso es lo que me gustaría que le preguntaseis.

–Solo veníamos a ver si nos prestaba una cosa –dijo Eldridge.

–Su tío le consiguió un trabajo al que podría incorporarse cuando le diese la gana en el taller de Organ Cave, un trabajo que podría hacer con la gorra, pero no le interesa. Prefiere quedarse ahí atrás y no pegar un palo al agua.

–Bueno, pues creo que vamos a ir tirando para el cobertizo –dijo Eldridge. La mujer lo ponía nervioso. Se había puesto a mascullar para sus adentros,

movía los labios pero no emitía ningún sonido. Se volvió hacia él.

–Y le decís también que no quiero ver a los palurdos de sus amigos merodeando por aquí un domingo.

–Vieja urraca –dijo Broom, pero no lo bastante alto como para que ella lo oyera.

Eldridge se encaminó hacia la parte trasera de la casa. No era gran cosa, una pequeña construcción de madera. Una de las ventanas del lateral estaba reventada; la habían apañado con cartón y cinta adhesiva. La mujer flaca se quedó en el porche mirándolos. Sus ojos eran duros y brillantes. Eldridge no entendía por qué estaba tan enfadada.

Ed el Gordo estaba delante del cobertizo. Tenía un pequeño carburador de motocicleta a sus pies, en un cubo medio lleno de gasolina. No sonrió al verlos. Se estaba limpiando las uñas con una navaja, metiéndose la hoja bien adentro para sacarse la grasa y la tierra.

–¿Qué pasa, Ed? –dijo Eldridge.

Ed el Gordo los saludó con la cabeza y se le bambolearon las blandas mejillas. Estaba sudando de lo lindo a causa del calor. No llegaba al metro ochenta por un pelo y pesaba cerca de ciento cuarenta kilos. Eldridge no entendía cómo alguien podía llegar a abandonarse de esa manera. Ed el Gordo se movía como un cabestro Hereford, muy despacio y con mucha pachorra. Plegó la navaja, se la guardó en el bolsillo del mono.

–Hace un huevo que no se os veía el pelo –dijo.

–Ya ves, Ed –dijo Eldridge–. ¿En qué andas liado estos días? –Señaló el carburador del cubo.

Ed gruñó.

–Otra *chopper* –dijo–. Un chaval que vendía una Vincent Black Shadow en Heflin sin tener ni zorra de lo que tenía. Se la saqué por una miseria.

Detrás del voluminoso cuerpo de Ed, Eldridge vio que en el cobertizo había por lo menos otras tres motos, una colgando de las ruedas en un bastidor instalado en las vigas, y un sinfín de piezas sueltas, guardabarros, neumáticos y cables de acelerador.

–Veníamos a ver si nos podías dejar una pistola, Gordo –dijo Broom como si estuviera cansado de esperar a que Ed terminara con su monserga. La cara de Ed se puso como un tomate y apretó los labios al oír el mote.

–Joder, Broom –dijo Eldridge.

–¿Qué? –dijo Broom–. Él sabe muy bien que está como un cebón, ¿no? Pues nosotros también, no pasa nada.

–¿Para qué la queréis? –dijo Ed el Gordo. Se quedó mirándolos sin añadir nada. Ellos sabían que tenía un montón de pistolas, Colt, Mauser y Smith & Wesson. Una vez incluso les había enseñado un revólver Llama niquelado. A Ed el Gordo le gustaban las armas. Le pedían prestados sus rifles cuando salían a cazar ciervos.

–Es para matar a un perro –dijo Eldridge–. Se ha metido debajo de la caravana para morirse.

Ed el Gordo se dirigió hacia la puerta posterior de la casa y Eldridge tuvo que apurar el paso para mantenerse a su lado.

–¿Y entonces por qué no lo dejáis que se muera tranquilo? –dijo Ed el Gordo–. Así no tendríais que pedirme nada.

–Porque a saber cuándo cojones se muere –dijo Broom casi a gritos. No hizo ni amago de moverse de donde estaba.

–Tenemos que matarlo hoy, Ed –dijo Eldridge. Supuso que Ed el Gordo ya no iba a prestarles la pistola porque Broom la había cagado–. Nos da que puede tener la rabia.

–Ya veo, ya –dijo Ed el Gordo–. Eso me cuadra. Supongo que lo mejor es cortar por lo sano. ¿De qué tipo de pistola estamos hablando?

–Una grande –dijo Broom.

Eldridge lo miró y se calló.

–Es un mamonazo bastante tocho –dijo Eldridge–. No quiero meterme ahí abajo con una veintidós que lo único que haga sea enfurecerlo.

–Claro –dijo Ed el Gordo–. ¿Vas a usarla tú?

–Ni lo sueñes –dijo Broom–. Dice que no piensa volver a meterse ahí abajo. Ayer salió tan acojonado que estuvo a punto de hacérselo en los pantalones.

–Mejor que te calles –dijo Eldridge–, si no quieres que te parta la cara.

Broom escupió.

–Hay que joderse –dijo. Añadió algo entre dientes.

–¿Decías? –dijo Eldridge. Broom se quedó callado mirando a Eldridge y a Ed el Gordo. Se le movían los labios.

–Si la vas a usar tú, perfecto –dijo Ed el Gordo. Miró a Broom–. Pero ese gilipollas ni tocarla.

–Hay que joderse –volvió a decir Broom.

Eldridge asintió.

–Te lo aseguro, Ed –dijo–. Seré yo.

Ed abrió la puerta de la casa.

–Entonces de lujo. Mejor no entres. A mi madre no le gustan mucho las visitas los domingos.

Entró y cerró la puerta a sus espaldas.

Eldridge se volvió hacia Broom.

–A punto hemos estado de quedarnos sin pipa por tu culpa –dijo–. ¿A qué coño viene ponerse a hablar así cuando hemos venido a pedir una cosa?

–Puto gordo hijo de puta –dijo Broom. Se metió las manos en los bolsillos–. No sé ni por qué nos juntamos con él.

–Cállate ya –dijo Eldridge.

–No me mandes callar. Estoy harto de que me digas todo el tiempo lo que tengo que hacer y cómo tengo que comportarme. Tú y él, ese cerdo seboso, con todas sus motos. ¿Qué coño va a hacer ese con una moto?

–¿Quieres que el perro se quede ahí abajo hasta que decida morirse? –dijo Eldridge.

–A mí me la suda. Eres tú el que le tiene miedo.

Ed el Gordo salió de la casa. Llevaba una pistola de color negro mate, grande y con cachas de madera estriada.

–Aquí tienes –dijo.

–Oh sí –dijo Broom–. Esa va que chuta.

Ed el Gordo lo fulminó con la mirada, le entregó la pistola a Eldridge. Pesaba lo suyo.

–Es una Colt 45 –dijo–. Prueba a ver con ella. Le he puesto un cargador.

–Ya te digo –dijo Eldridge–. Nos vemos en un rato.

–Con la calma –dijo Ed–. Tengo que volver a ponerme con esa Vincent.

Se metió en el cobertizo, se encorvó junto a la enorme motocicleta que estaba escorada sobre su pata en medio del cobertizo. Eldridge observó las manos de Ed cuando se puso a trastear con el motor, parecían animalillos amaestrados, apretando un tornillo, limpiando una válvula…

–Vámonos –dijo Eldridge. Comenzó a rodear la casa para volver a la carretera. Tenían por delante cerca de tres kilómetros a pie hasta la caravana y el sol abrasaba.

–Puto gordo –dijo Broom. Trotó para alcanzar a Eldridge. No podía despegar los ojos de la pistola. Eldridge se dio cuenta de que le gustaba. Al otro lado de la casa, la madre de Ed el Gordo seguía de pie en el porche, protegiéndose los ojos del sol con una mano.

–¿Crees que se habrá pasado todo el rato ahí esperándonos? –le preguntó Broom a Eldridge.

Eldridge se encogió de hombros.

–¿Se lo habéis dicho? –les gritó la mujer–. No tiene ni gota de sentido común, todo el tiempo jodiendo con esas motos disparatadas. No he visto cosa igual.

Broom desplegó los labios, emitió un sonido de disparo y se rio para sus adentros. Siguieron caminando. Cuando doblaron por fin la curva de la carretera, a unos cuatrocientos metros, la mujer seguía en el porche mirándolos.

Cuando llegaron a la caravana, ninguno de los dos entró. Estaban acalorados y se sentaron en la tierra. Contemplaron la caravana y el acceso al espacio de arrastre junto a la puerta.

–¿Crees que seguirá ahí abajo? –preguntó Broom.

–Me imagino –dijo Eldridge–. ¿Adónde iba a ir si no?

Permanecieron allí sentados unos minutos. Un tábano zumbó alrededor de la cabeza de Broom pero este lo espantó de un manotazo y el bicho se alejó sin picarle. Eldridge sopesó la Colt en su mano, la basculó de un lado a otro para verificar el equilibrio. Accionó la corredera, vio cómo el primer cartucho de latón aceitado se introducía en la recámara. Ed el Gordo cuidaba bien sus armas.

–Broom, tráeme la linterna –dijo Eldridge.

Broom ni se movió.

–No voy a traerte nada –dijo Broom–. Si eres tan machote ve tú a por ella.

Eldridge se levantó, entró en la caravana. La pistola de Ed el Gordo pendía pesada a su lado. En la caravana no había quien parara, hacía más calor dentro que fuera, y olía fatal. Se preguntó si el perro se habría muerto o algo así.

La linterna estaba en el salón y la cogió, la encendió. La luz seguía siendo débil y amarillenta. Volvió a salir, se arrodilló para entrar en el espacio de arrastre.

–¿Por qué no me dejas a mí? –dijo Broom–. Tú ya has estado ahí y te acojonaste.

Eldridge no le respondió. Se arrastró hasta dejar atrás el diferencial del todoterreno y el GI Joe. Miró hacia donde estaba el perro, apuntó con la pistola al frente. Quería acercarse más para asegurarse de poder eliminarlo al primer disparo. Se impulsó hacia delante. El sudor de la palma de la mano volvía resbaladizas las cachas de madera de la empuñadura. Amartilló la 45 con el pulgar.

–Perro –dijo. No tenía ni idea de por qué le había dado por ponerse a hablar con él, pero el sonido de su voz le hizo sentirse mejor–. Voy a tener que sacrificarte. –El perro se revolvió en su lecho de hojas y Eldridge lo iluminó con la linterna.

El perro estaba desplomado en el suelo, intentó levantarse pero no pudo. Se debatió sobre las hojas, agitando todo su peso. Gimió. Eldridge avanzó. Apuntó al perro con el cañón pavonado.

El animal consiguió ponerse en pie, pero las patas traseras le temblaban. Se giró para encararse con Eldridge, le mostró los dientes. De su largo hocico pendía un bucle de baba. Sacaba pecho como si no tuviera miedo, como si deseara la bala. Eldridge sabía que casi todos los animales eran capaces de oler las armas.

Eldridge apretó el gatillo. El sonido del arma fue ensordecedor en aquel espacio angosto. Nada más disparar, Eldridge supo que el tiro se le había desmadrado. El casquillo vacío rebotó contra el suelo de la caravana y le cayó en la espalda. Sintió que ardía a través de la camisa. Volvió a bajar la pistola.

El perro se lanzó hacia delante, escarbando con las patas delanteras. Las

traseras se le habían quedado rígidas, las arrastraba. A pesar del pitido de los oídos, Eldridge oyó que gruñía, el mismo gruñido que había oído arriba, en su habitación.

Apuntó la mirilla hacia el pecho pronunciado del perro. Estaba lleno de calvas en forma de parches y espirales; tenía la piel escamada e irritada. Llevaba en el cuello un collar viejo de cuero rojo con una placa metálica. No los separaban ni cuatro metros.

Volvió a disparar y el grueso proyectil atravesó al perro reventándole la cadera. El impacto le hizo girar la cabeza, perder pie y salir proyectado casi un metro hacia atrás. Alzó el hocico e intentó aullar. Solo fue capaz de emitir un sonido como de aire pasando por una tubería. Tenía la nariz y los dientes ensangrentados. Rastrillaba la tierra con las pezuñas delanteras, tendido de lado.

–Caíste –dijo Eldridge. Se acercó a donde yacía el perro de costado, jadeando como lo haría casi cualquier perro en un día de mucho calor al intentar obtener algo de fresco del aire inerte y abrasador. Su escuálido costillar se dilataba y se contraía, se dilataba y se contraía. La bala le había perforado la caja torácica y el animal estaba prácticamente muerto.

Eldridge vio que el perro tenía los ojos apagados y sin vida, como charcos de lodo. En el rabillo de los ojos se le acumulaba una mucosidad y el perro parpadeaba para intentar limpiárselos. Abrió las fauces de par en par y vomitó sangre sobre el oscuro y frío suelo del espacio de arrastre.

Eldridge acercó la linterna a la cabeza del perro. Examinó la placa del collar de cuero rojo, pero el metal estaba deslustrado y era imposible leer lo que ponía. Era un collar viejo y el cuero estaba cuarteado. Mientras intentaba distinguir la inscripción del collar, el perro dio una última sacudida. Cerró los ojos y dejó de oírse el resuello de sus pulmones destrozados.

Eldridge vio un escarabajo carroñero negro, grande como la primera articulación de su pulgar, arrastrándose hacia el perro entre los montones de hojas podridas y tierra. Supuso que lo habría atraído la sangre. El olor a sangre bajo la caravana era intenso, como el del azufre.

El caparazón del escarabajo se veía brillante y lustroso, como el acabado de un coche nuevo. El bicho pasó rozándole las punteras de las botas y Eldridge pensó en aplastarlo. Cuando lo apuntó con la linterna, el escarabajo se metió a toda prisa bajo el cuerpo del perro.

–¡Dios! –dijo Eldridge.

El perro se había quedado en una postura extraña, medio tendido de espaldas, con una pata delantera alzada al aire. Tenía la lengua fuera, gruesa y gris, y parecía seca. Eldridge dejó la pistola a un lado, sobre el suelo húmedo. Se sentía agotado.

Apagó la linterna. En la oscuridad, el perro no era más que un bulto. Cerró los ojos.

–No tenías a nadie en el mundo que se ocupara de ti, ¿verdad? –dijo.

Sabía que si dejaba al perro bajo la caravana, los escarabajos carroñeros acabarían sepultándolo, muchísimos más se unirían al que acababa de ver.

Oyó a Broom gritar su nombre desde atrás. Cuando se cansó de gritar, asomó la cabeza. Su cara era una mancha oscura, imposible distinguir sus rasgos contra la brillante luz del sol.

–¡Eh, Eldridge! –gritó.

Entornaba los ojos, pero Eldridge dedujo que no podía ver nada sin la linterna de caza. A Eldridge le complació que Broom no pudiera verlo.

–Puto tarado –dijo Broom al no obtener respuesta. Desapareció de la vista y Eldridge lo oyó entrar en la caravana. Zapateó con fuerza sobre el piso no muy lejos de la cabeza de Eldridge. Eldridge cerró los ojos. Al momento, oyó que se encendía la tele. Broom parecía haberla puesto a todo volumen. Eldridge suspiró y sacudió la cabeza mientras oía los pasos de Broom dando vueltas por el salón de la caravana.

Foso

Brunty pensó que Paxco iba a por una pistola, así que rebuscó en su chaqueta y sacó el cuchillo de filetear de hoja fina, se lo hundió en el pecho a Paxco. Paxco se derrumbó contra la barrera de madera contrachapada que rodeaba el foso de los perros, tosiendo sangre.

Los perros del foso, el pequeño *spitz* y el enorme mestizo negro, siguieron peleando como si nada, el lento mestizo se estaba llevando la peor parte. El *spitz* era endiabladamente rápido y mucho mejor combatiente de lo que su tamaño hacía suponer. Era descendiente de King Generator, del condado de Pocahontas, y King Generator era un perro nacido para luchar.

Los dos flipados de las motos y el apostador de fuera del pueblo se limitaron a observar lo que estaba sucediendo. El forastero había previsto algo de emoción, pero para nada algo así. Para nada que el dueño del foso acabaría siendo acuchillado durante una pelea. Se arrimó a la pared del granero mientras Paxco moría.

Brunty trató de extraer el cuchillo del pecho de Paxco, pero se le había quedado incrustado en una costilla y no había manera. Estuvo a punto de ponerse a llorar al ver la sangre que le salía a Paxco por la boca. El cuchillo le había costado dos pavos y medio en el True Value del pueblo. Lo llevaba encima a modo de protección desde hacía un par de meses, desde que los chicos de Paxco lo habían amenazado con romperle los dedos si no pagaba lo que debía, y no había recurrido a él hasta entonces, para hundírselo a Paxco en el pulmón.

El mango del cuchillo era de color naranja, así podías verlo si se te caía en la oscuridad. A Brunty le parecía rarísimo ese mango fluorescente diseñado para flotar en el agua, el mejor amigo del pescador, sobresaliendo del pecho de Paxco. Parecía una palanca para encender una máquina.

–¡Dios mío! –le dijo Paxco a Brunty. Palpaba con los dedos la culata de su 38, el arma reglamentaria de la policía, pero no tuvo suficiente fuerza para desenfundar y matar a Brunty. Sentía que se quedaba sin aliento. Sentía que se le escapaba a través del agujero que le había hecho Brunty en el pecho, y por eso quería cargárselo.

Paxco había hecho muchas cosas a lo largo de su vida que suponía que, para un cristiano que creyera en esas movidas, eran lo bastante malas como para merecer la muerte. Castigo divino. Aun así, le sorprendió recibirla de manos de un desgraciado como Brunty.

Intentó desenfundar de nuevo el arma de la cartuchera de cuero que llevaba al hombro, pero se le cayó al serrín, junto a la pierna. Era un

revólver chato de color negro con unas elegantes cachas Pachmayr engomadas, el arma que llevaría un as del gatillo. Paxco alzó las manos frente a sus ojos, intentó cerrarlas pero no pudo. Tenía la sensación de que se le estaban hinchando.

Brunty se inclinó hacia Paxco, intentaba decidir qué hacer con el cuchillo. Se sentía lento y estúpido, sabía que tenía que salir de allí cagando leches. Que ninguno de los chicos de Paxco estuviese allí aquella noche había sido pura chiripa, pura chiripa que él no estuviese ya muerto y despatarrado en el suelo.

Paxco tenía tres grandullones a su servicio, se dedicaban a recaudar dinero y a reventar cabezas, en general a mantener la paz. Los tres llevaban escopetas recortadas a las que llamaban *lupos*, un nombre que habían oído en alguna película sobre la mafia. Habrían matado a Brunty sin pensárselo dos veces, habrían tirado su cuerpo a un pozo de cal en lo alto de la montaña y asunto zanjado. Ya habían hecho antes cosas así, y peores.

–Bésame el culo, Brunty –dijo Paxco, y sufrió un espasmo.

Brunty se quedó mirándolo, vio cómo el espíritu abandonaba su cuerpo. Fue como ver apagarse una luz en una casa ajena.

Las manos de Paxco descansaban cruzadas en su regazo, muy blancas y de aspecto impecable. Paxco no tenía ni rastro de suciedad bajo las uñas, estaban limpias y recortadas. Siempre se había preocupado de la apariencia de sus manos. Brunty observó cómo se cerraban los párpados sobre sus ojos vacíos.

Los perros al otro lado de la barrera dejaron de forcejear. Por un momento Brunty pensó que se debía a que habían percibido la muerte de Paxco. Eso lo dejó atónito, el hecho de que los perros pudieran advertir cuando un hombre moría y tomar buena cuenta de ello, dejar de hacer lo que estaban haciendo.

Cuando miró, comprobó que, contra todo pronóstico, el enorme mestizo negro había matado al veloz *spitz*. El pequeñajo le había arrancado una oreja. La oreja yacía en medio del foso, deslustrada, mordisqueada y arrugada. Brunty había asistido a noches en las que al final quedaban cuatro o cinco orejas tiradas por el serrín de la fosa, como hojas de invierno. El perro negro horadaba el vientre abierto del *spitz* con su cabeza cuadrada. Su grueso rabo calvo batía el aire de un lado a otro.

–Te espera un mundo de dolor –le dijo a Brunty uno de los flipados de las motos. Era un tipo gordo con una pequeña barba de chivo sujeta con una goma. Vestía una larga gabardina negra. Su colega llevaba puestas unas gafitas redondas y oscuras que le hacían parecer un invidente.

Brunty se apoderó del pesado revólver que yacía junto al cadáver de Paxco, apuntó a los dos hombres.

–El culo quieto, no quiero ver ni un gesto –dijo Brunty. Apuntaba con el

 sobre todo al de la barba. La gabardina negra podía ocultar perfectamente un arma. No quería más sorpresas.

El forastero seguía en su rincón. No podía apartar los ojos de Paxco. Le sorprendía lo brillante que era la sangre en su camisa. Era candidato a senador del estado y no creía que esta clase de cosas fuesen buenas para su campaña. Pero nunca se sabía. A veces era difícil adivinar lo que los votantes apoyarían.

Brunty logró amartillar el revólver al segundo intento. «Vas a tener que cargártelos a todos», oía una y otra vez en su cabeza. «Han visto cómo te ventilabas a Paxco». Era como una pesadilla, iba a tener que matar a otras tres personas solo por haberse cargado a Paxco. A Brunty le entró el pánico. No se le ocurría ninguna alternativa.

El tipo de las gafas se rio.

–Será mejor que te vayas de aquí echando hostias, tío. No sabes la que se te viene encima. –Señaló a Paxco, que parecía estar durmiendo, salvo por el detalle de la sangre y el mango naranja del cuchillo que le sobresalía del pecho–. Tienes peores enemigos que nosotros.

Brunty pensó en los tres matones con sus *lupos* de dos cañones. No sabía dónde andarían, pero era de suponer que no iban a pasarse fuera toda la noche. El hedor de las tripas del perro muerto –o tal vez fuera Paxco– empezaba a invadirle.

–Que nadie salga de aquí. Me abro y esperáis diez minutos –dijo.

Los moteros se limitaron a mirarlo. Sus palabras les entraron por un oído y les salieron por el otro. El forastero parecía estar llorando. Ver eso le hizo sentirse fuerte por un segundo, saber que podía hacer llorar a un hombre.

–Podría mataros –les dijo–. Podría haberos matado a todos, pero no lo he hecho.

Sin dejar de apuntarlos con el revólver, salió del granero caminando hacia atrás.

Fuera, bajo el aire fresco de la mañana, Brunty echó un vistazo a su alrededor en busca del lugar donde había aparcado el coche. El oxidado Dodge Dart estaba donde lo había dejado, cerca de la puerta. Otros dos tipos, unos chavales del condado, estaban sentados en la trasera de una vieja camioneta Ford, esperando su turno en el foso. No sabían lo que había pasado dentro, miraron a Brunty con su revólver amartillado.

Tenían a su perro encadenado al parachoques de la camioneta. Era un sabueso amarillo con un cabezón mastodóntico, pezuñas enormes y un largo rabo en forma de látigo. Brunty recordaba a un perro parecido. Recordaba estar bebiendo de un tarro, apurando una colilla, a la espera de que un perro como ese atrajera a los conejos hacia él. Era un recuerdo que tenía grabado a fuego.

Hizo un alto antes de entrar en el Dodge.

–Largaos de aquí –les dijo a los chavales–. No os conviene quedaros.

Se quedaron mirándolo. No sabían cuál era el problema. Habían oído hablar del forastero y querían tener la oportunidad de desplumarlo.

Brunty desamartilló el revólver, se lo metió por dentro de la chaqueta, donde antes había llevado el cuchillo de filetear. Arrancó el Dodge, rodeó el viejo Continental abollado de Paxco y las enormes Harley de los moteros. El perro del cabezón descomunal gañó y se refugió debajo de la camioneta, salpicado por la grava que proyectaron los neumáticos de Brunty al derrapar. Los dos chavales se cubrieron la cara con los brazos para protegerse de las piedrecitas mientras Brunty salía a toda velocidad del recinto.

Dentro del granero, los dos flipados de las motos se quedaron el tiempo que les llevó sacar sus navajas automáticas y quitarle todo el dinero al forastero. También le hicieron jurar que les diría a los ejecutores de Paxco y a la policía que fue Brunty el que mató a Paxco, no ellos. Conocían los prejuicios de la gente sobre los moteros y querían asegurarse protección.

Abandonaron con cierto pesar la idea de llevarse al perro negro de una sola oreja. Cuando salían le estaba sacando el corazón al pequeño *spitz*. De haber hallado la manera de poder subirlo a una de las motos sin que se cayera, se lo habrían llevado sin dudarlo. Les gustaba su rollo y a saber la pasta que podía sacarse con un perro capaz de matar a un hijo de King Generator.

Brunty se detuvo frente a la casa de Sister Sue. Sister Sue era una mujer que se había montado una especie de lupanar en las montañas de Pocahontas, y Brunty pensó que lo alojaría durante un tiempo, al menos hasta que resolviera qué hacer, a dónde ir. Estaba clarísimo que no podía volver a su casa, no después de haber asesinado a Paxco.

–¡Ey, Sue! –llamó mientras salía del Dodge.

La casa de Sister Sue era una construcción azul de dos pisos situada a unos cien metros de la carretera de la montaña. Brunty había tardado cuarenta y cinco minutos en llegar. El sol estaba saliendo y una brisa fresca soplaba a través de los pinos que rodeaban el terreno. Un par de gallinas andrajosas de color amarillo rasguñaban y picoteaban en el trozo de tierra desnuda que había delante del porche.

–¡Sister Sue! –gritó Brunty hacia la casa.

La puerta principal se abrió y ella salió al porche. Era una mujer alta y guapa, con la nariz rota desde hacía años. Se ciñó el albornoz y miró a Brunty como si no supiera quién era.

–Soy Brunty –le dijo. De repente ya no estaba tan seguro de que el local de Sister Sue fuese el lugar más adecuado. No creía que ella le tuviera ningún aprecio a Paxco, pero a saber por dónde le salía. Se confunden muchas cosas cuando se le clava un cuchillo en el pecho a un hombre como

Paxco.

–¿Qué te cuentas, Brunty? –dijo ella–. ¿Traes dinero?

Brunty bajó la mirada.

–Estoy metido en un buen lío, Sue –dijo–. Pensé que podría quedarme aquí un tiempo.

Sister Sue se rio de él. Era el tipo de risa que les dedicaba a los hombres justo antes de decirles que ahuecaran el ala. Brunty le caía bastante bien porque era un hombre pequeño y razonablemente limpio y no solía mostrarse malvado ni brutal cuando se emborrachaba.

–¿Cómo es que siempre acudes a mí cuando estás sin blanca? –le dijo–. ¿Crees que me alimento de problemas?

–Me he cargado a Paxco –dijo Brunty. Pensó que lo mejor era decirlo sin tapujos. De nada servía encubrir lo sucedido.

Sue resopló.

–No te lo crees ni tú –dijo–. De ser así, ¿cómo es que no estás muerto?

–Te lo juro por Dios –dijo Brunty–. Sigo vivo porque sus chicos andaban por ahí traficando con alcohol ilegal o lo que sea. Le atravesé el pecho con un cuchillo. Se sentó, escupió sangre y se murió.

Sue se quedó mirando a Brunty durante un par de minutos. El albornoz que llevaba era casi transparente y podía adivinarse la carne sólida de sus piernas a través del tejido. Tenía el pelo largo y de ese color cobrizo apagado que acaban adquiriendo las monedas viejas de un centavo. Lo llevaba recogido en la nuca con una ancha cinta negra.

–Estás que crujes, Sister Sue –dijo.

–Nunca me había piropeado un muerto andante –dijo Sister Sue. Se hizo a un lado, le indicó que subiera al porche–. Supongo que será mejor que entres.

Brunty la siguió al interior de aquella vieja casa que olía a huevos estrellados, a ropa de cama limpia. Sister Sue lo condujo a la cocina, lo hizo sentarse a la mesa. Había un mantel de plástico a cuadros rojos y blancos. Apoyó los brazos sobre la mesa, miró el esmalte blanco del horno, de la nevera y del fregadero. Le parecía imposible hallarse en el mismo mundo en el que había matado a Paxco. Era incapaz de imaginarse aquel lugar con todos aquellos electrodomésticos tan blancos e impolutos manchados de sangre. Se relajó un poco.

–No deberías haberme dicho que soy un muerto –le dijo a Sue. Se le acababa de pasar por la cabeza que tenía que haberse sentido ofendido por aquel comentario.

Ella le daba la espalda, le estaba preparando un sándwich de huevo. Sabía que cuando él tenía hambre nada le gustaba más que un sándwich de huevo.

–Sigo vivo –le dijo. Le arrebató el plato con el sándwich. Ahora le había entrado el gusanillo. Antes no estaba muy seguro de tener apetito, pero al

ver el sándwich sintió que, a pesar de todo, podía meterse algo en el estómago.

–Supongo que no –dijo ella, mirándolo–. Pero ¿qué clase de futuro te crees que le espera al hombre que apuñaló a Paxco?

–Puede que me vaya de rositas –dijo. Le dio un mordisco al sándwich y le supo a gloria. Supuso que un hombre con buen apetito era un hombre apto para seguir viviendo una temporada–. Hay más lugares en el mundo aparte de este. Podría coger ahora mismo el Dodge y largarme a Pensilvania, o puede que a Maryland. Hay miles de sitios a los que podría ir.

–¿Se puede saber qué mosca te picó para apuñalar a Paxco? Sabes que no les va a quedar más remedio que matarte –dijo ella–. Nunca habías hecho una cosa así, que yo sepa.

Él la miró, levantó la mano derecha ante sus ojos. Se la quedó mirando como si fuera la causa de todos sus problemas.

–Me pasé por el foso para pedirle un poco más de tiempo –dijo.

Sue negó con la cabeza.

–Me planto ante él y me da la impresión de que va a sacar la pistola, no quiere ni hablar, lo único que quiere es dejarme seco ahí mismo. Así que cojo y lo apuñalo. Ocurrió todo en un visto y no visto, es lo más rápido que he hecho en mi vida, vamos, que ni me enteré. Te lo juro, fue como si otra persona se hubiese metido en mi piel y lo hubiese hecho por mí.

–Estás como una puta regadera, Brunty –le dijo. Él restregó el plato con la corteza del sándwich–. Acabarán dando contigo.

–Tal vez –dijo–. Supongo.

–¿Y cómo piensas seguir vivo cuando lo hagan? –dijo ella–. Esos tres matones te despedazarán con sus *lupos*.

Brunty pensó en eso. Era una buena pregunta. Metió la mano en su chaqueta, sacó el 38 con las cachas Pachmayr. Lo dejó sobre la mesa. Se veía extraño, el acero negro mate junto al plato manchado de huevo. Volvió a empuñarlo, lo levantó. El arma estaba bien equilibrada.

–Se lo quité a Paxco –dijo.

Sister Sue miró a Brunty sentado a su mesa, jugueteando con el revólver como un chiquillo.

–Pues no parece que a él le sirviera de mucho –dijo. Recogió el plato, lo dejó en remojo en el fregadero.

***

Brunty estaba en la cama de Sister Sue cuando se le apareció Paxco. Estaba relajándose entre las sábanas limpias y frescas, en calzoncillos. Pensaba en Sister Sue, se preguntaba si se acostaría con él. Lo deseaba

fervientemente, verla entrar en la habitación y que se despojara de aquel albornoz. Le parecía una buena manera de pasar sus últimas horas en la zona. Ya había hecho el amor con Sister Sue en otras ocasiones y era una fierecilla. Mucho más experta que él. La oía abajo, trajinando en la cocina.

Mientras fantaseaba con ella, Paxco entró en la habitación y se sentó al borde de la cama. Se situó justo en la franja de luz que se colaba entre las cortinas azules. Se giró para mirar a Brunty, tenía el mentón y los labios ensangrentados. Sangre oscura y seca.

–¿Qué te cuentas, Brunty? –dijo Paxco. Brunty pudo ver que también tenía sangre en los dientes. Estaba hecho un Cristo.

–No tenía ni idea –dijo Paxco. Señaló a Brunty con la barbilla–. En la vida me hubiera imaginado que tuviera tanta sangre dentro. Por lo visto reventar un pulmón es lo que tiene. Te taladran un pulmón y sangras a espuertas.

Se rio. El mango naranja del cuchillo que le salía del pecho se balanceó arriba y abajo y Brunty deseó que dejara de reírse.

–El corazón también se llevó lo suyo –dijo Paxco. No parecía enfadado en absoluto. Paxco siempre había tenido un carácter de lo más sosegado. Esa era una de sus mejores bazas en los chanchullos, que nunca exteriorizaba su cabreo, no dejaba que las emociones se interpusieran. Brunty se dio cuenta aterrado de que seguía vivito y coleando.

No podía ver a través de su cuerpo ni nada de eso. Aquel hombre no era ni mucho menos un fantasma. Afinó el oído y comprobó que aún podía oír a Sue en la cocina. Quiso llamarla, gritarle que Paxco estaba allí arriba con él. Pensó que tal vez había venido a matarlo. Seguía llevando la cartuchera de cuero. Colgaba vacía bajo su axila.

–No estás vivo, ¿verdad? –le dijo a Paxco. Le salió una vocecilla débil y supo que Sister Sue nunca lo oiría.

–Lo que hay que oír –dijo Paxco. Sonaba exasperado. Posó una mano en la rodilla de Brunty. Brunty sintió el peso de la mano a través de la sábana. Sintió el agarre de sus dedos. Sintió la mano como se imaginó que la sentiría si Paxco estuviese vivo–. No se puede decir que seas una lumbrera, Brunty. Además, estás a punto de morir.

–¿Quién me va a matar? –dijo Brunty–. ¿Vas a ser tú, Paxco?

–Sabes muy bien quién –dijo Paxco–. No pueden hacer la vista gorda. No pueden permitírselo. La gente empezaría a pensar que cualquiera puede salirse con la suya.

Brunty alargó la mano hacia la mesita de noche y tanteó en busca del revólver. Lo único que consiguió fue tirar la lamparilla al suelo. No llegó a romperse por el impacto, rodó unos segundos por el piso.

–¿Sabes? –dijo Paxco–, el amo del viejo King Generator vive a un par de kilómetros. –Frunció el ceño–. Ese vástago suyo no valía gran cosa, ¿verdad?

–Supongo que no –dijo Brunty–. De todas formas no tenía pasta para

apostar por él.

–Podrías ir a ver a ese tipo –dijo Paxco–. Decirle que su perro ha sido devorado por un mestizo. Pero no tienes tiempo. –Sonrió.

Brunty no tenía nada que decir.

–En cualquier caso –dijo Paxco–, solo quería pasar a verte. Ver al hombre que me mató. –Le dio unas palmaditas en la rodilla, estudió su rostro durante unos segundos–. No puedo creerme que al final haya sido un pelagatos esmirriado como tú. Te me echaste encima tan rápido que ni lo vi venir.

–¿Ibas a sacar el 38? –preguntó Brunty.

–Nos ha jodido –dijo Paxco, y sonrió–. Iba a meterte un par de tiros en la frente, solo porque no me gustas. Te habría dejado frito ahí mismo si no te me hubieses adelantado. –Se levantó de la cama.

–En ese caso me alegro –dijo Brunty. Esperaba que se fuera. No soportaba seguir mirando el mango de aquel cuchillo.

–O a lo mejor solo iba a rascarme –dijo Paxco. Su voz se había vuelto ruin–. O a coger un pitillo. No te dio tiempo a averiguarlo, Brunty.

De camino a la puerta, Paxco se golpeó el pie contra la lamparilla de la mesita de noche.

–Deberías tener más cuidado, Brunty –dijo. A Paxco le pareció una ocurrencia tronchante. Brunty no le vio la gracia.

Paxco salió de la habitación. Brunty cerró los ojos. Al otro lado de la ventana, un pájaro carpintero perforaba un viejo y duro roble. Había leído en alguna parte que los pájaros carpinteros golpeaban los árboles con la cabeza a casi ciento sesenta kilómetros por hora, una y otra vez, media docena de veces por segundo. No entendía cómo era posible que algo pudiera sobrevivir a semejante suplicio.

–Sue –llamó. Su voz aún sonaba débil. Se había olvidado del sexo. Quería preguntarle por Paxco. Quería ver qué pensaba ella de que se le hubiera presentado de aquella manera. Quería ver si creía que esas cosas podían suceder. Mantuvo los ojos cerrados para no ver la franja de luz sobre la colcha donde se había sentado Paxco.

Sister Sue despertó a Brunty al caer la noche. Volvió a poner la lamparilla sobre la mesita de noche y la encendió antes de sacudirle el hombro. Cuando él la miró, ella le tendió un periódico.

–Echa un vistazo a esto –dijo–. Pensé que querrías verlo.

Brunty desplegó el periódico en su regazo. «Asesinato de un lugareño», decía uno de los titulares de la portada. Junto a la columna había una fotografía de Paxco con una chaqueta de cuero sentado en el capó de su Continental. El texto de la portada hablaba de él, de su historial, de las peleas de perros que organizaba y todo eso. El artículo continuaba en las

páginas interiores, así que Brunty abrió el periódico.

Había una vieja foto suya de cuando fue bombero voluntario. Parecía un niño con aquel casco enorme plantado en la cabeza. Supuso que la foto la habría cedido su exmujer. Era raro que aún conservara una foto suya después de tanto tiempo. Disfrutó mucho ayudando a combatir incendios. Había sido emocionante.

–No me dijiste nada de una banda de moteros –dijo Sue–. No creen que mataras a Paxco tú solo. Creen que esos moteros estuvieron implicados.

Junto a la de Brunty venía una foto del forastero. Había contado una historia en la que involucraba a Brunty y a los flipados de las motos. Brunty ojeó la página en busca de algo acerca de los dos chavales y el perro amarillo, pero no había nada. Eso quería decir que se habían librado. Se alegró por ellos.

Leyó que los policías habían matado al mestizo de la oreja arrancada. Declararon que era demasiado feroz para plantearse otra cosa. A los demás perros, los que estaban en la parte trasera del granero, en las jaulas de alambre, se los llevaron a la perrera. Brunty se preguntó qué pensaría Paxco de eso, sus perros muertos o destinados a la cámara de gas.

–Paxco estuvo aquí hace un rato –le dijo a Sister Sue. Ella no le respondió. A él le interesaba mucho saber qué pensaba–. Quise gritar para avisarte, pero no pude.

Sue se apartó de Brunty y se dirigió hacia la puerta. Había algo raro en su mirada.

–Hay que mover tu coche –dijo–. Ahí delante seguro que alguien acaba viéndolo.

Salió por la puerta antes de que Brunty se diera cuenta de lo que ocurría. Los tres pistoleros habían enviado a Sister Sue para ver si intentaba alertarlo, para ver si tenían que matarla a ella también. Estaban esperando fuera, en el pasillo.

Estaba revolviendo en la mesilla de noche en busca del revólver cuando el primero de ellos le disparó. El arma no aparecía por ninguna parte. En su apuro por dar con ella, volvió a tirar la lamparilla al suelo y esta vez la bombilla sí se hizo añicos.

Los tres jóvenes con los *lupos* de doble cañón lo sacaron a tiros de la cama hasta dar con él en el suelo. Los potentes proyectiles trazaron patrones muy precisos en las sábanas. Estaban tan cerca que la pólvora quemó y ennegreció el tejido.

Brunty rodó por el suelo y los tres matones cruzaron la estancia, volvieron a abrir fuego contra su cuerpo. Los perdigones destrozaron los tablones del piso. Lo último que supo fue que se le habían enredado las piernas en las sábanas y que tenía que zafarse de ellas si quería huir. Murió intentando liberar las piernas.

–No es tan alto como parecía en la foto –dijo uno de los matones, hincando el cañón del calibre 12 en el cadáver. Fuera, en el pasillo, Sister Sue los escuchaba y se sintió triste y descompuesta, a pesar de habérselas ingeniado para salir airosa de la fea situación en la que se había metido.

Los asesinos sacaron el cadáver de Brunty de la casa envuelto en las sábanas. Cargarlo era una faena y estaban bastante disgustados con el asunto.

–Ya hemos ajustado cuentas –dijo uno de los jóvenes. Se alegraba de ver a Brunty muerto. Estimaba mucho a Paxco.

Depositaron el cadáver en el maletero del Dodge del propio Brunty. El motero flipado de las gafitas negras ya ocupaba la mitad del espacio, tan muerto como Brunty. Pensaban despeñar el coche por un acantilado algo más arriba, en las montañas. Una buena caída de doscientos metros en una estrecha garganta que conocían. Probablemente pasarían meses o incluso años antes de que algún excursionista se topara con el coche y los cadáveres.

Tenían pensado cargarse al otro motero en cuanto dieran con él. Alguien acabaría delatándolo al cabo de un tiempo, igual que Sue les había entregado a Brunty.

–Por esta vez vale, porque se trata de una venganza, pero para la próxima tenemos que ser más precisos –dijo el asesino más corpulento–. Hay que ser profesional con estas cosas. –Se restregó las manos en una zona limpia de la sábana, se las volvió a restregar en sus vaqueros. Los otros dos asintieron.

–¿Oísteis lo que dijo sobre Paxco? –preguntó otro de ellos.

–No estaba en sus cabales –dijo el grandullón–. Paxco está más seco que la mojama.

El grandullón estaba ahora al mando. Pensaba que tal vez Paxco se lo había buscado. Pensaba que con él dirigiendo ahora el cotarro les iría muchísimo mejor a todos. De un modo extraño, se sentía agradecido con el cadáver del maletero.

–Chicos, habéis matado a un montón de gente –dijo Sister Sue desde el porche de su casa. El grandullón la miró mientras se ponía al volante del Dodge para subir a la montaña y sus ojos le hicieron sentir frío.

–No hemos matado a nadie que no se lo hubiera buscado –le dijo.

Puso en marcha el Dodge, lo guio por el camino de acceso. Los otros dos lo siguieron en el viejo y enorme Continental de Paxco a una distancia prudencial de cinco coches.

Mardi Gras

«¡Mardi Gras!», grita toda la familia, y Jason Goodell les sonríe a todos antes de vaciar el saco de arpillera en el agua hirviendo. Jason se había pasado toda la tarde esperando a que el agua del gran caldero de hierro rompiera a hervir; había estado observando aquel saco, lleno de cangrejos de río, chasqueando, moviéndose y crepitando junto al caldero. Había ido en coche a la otra orilla del lago Pontchartrain para conseguir los cangrejos, hasta el lugar donde sabía que se podían conseguir los mejores cangrejos vivos de Luisiana. Ahora el agua abrasaba y era hora de comer.

Jason zarandeó el saco y los cangrejos cayeron al agua, entre diez y quince de una tacada, luego otros tantos al zarandear el saco con más fuerza. Se aferraban unos a otros con sus pequeñas pinzas, formando cadenas, empujándose entre sí. Algunos se agarraban a la arpillera, pero Sara Goodell, la mujer de Jason, estaba al quite y los iba despegando sin cuartel. Llevaba el pelo suelto, tenía la cara enrojecida por el calor del fuego.

–Hay que joderse, míralos –dijo el primo Mobrey Davis, aplaudiendo con sus gruesas manazas. Cada vez que uno de los cangrejos salvaba el caldero y trataba de escabullirse, él se agachaba y lo aprisionaba en su puño. «A darse un chapuzón», decía, y lo arrojaba al caldero. A Jason le agradaba Mobrey, el soltero de mediana edad, con sus botas raídas y su debilidad por las chicas.

Jason se apartó del caldero para dejar que los cangrejos se cocieran vivos. Entrelazó las manos sobre su prominente barriga, sonrió al ver a toda la familia reunida en torno al agua.

A lo largo de la tarde, la familia de Jason (su tía, Minnie Imogen, y una anciana que la acompañaba y que Jason no tenía ni idea de quién era; su sobrina Verna, de diecisiete años, que había venido con las dos señoras; los parientes de Sara, procedentes de Mississippi), todos y cada uno de ellos habían acariciado el saco en algún momento y se habían asomado a su interior, habían escuchado el crujido de los caparazones, el roce de las tenazas. Diez kilos de cangrejos. Estarían en su punto en un visto y no visto.

Sara se acercó a Jason, acercó los labios a su oreja.

–Algo le pasa a Bud Semples –dijo–. Ha estado actuando un poco raro, no habla. Minnie Imogen dice que cree que está loco.

Bud Semples era primo segundo de Jason, más o menos de su misma quinta, cuarenta años o por ahí, Jason no estaba muy seguro.

–¿Dónde está? –dijo Jason.

–En el porche –dijo Sara–. Tal vez deberías ir a ver.

–Voy –dijo Jason. Separó las manos, se dio la vuelta y se dirigió al porche cubierto de la casa.

Bud estaba sentado en una de las sillas de plástico de Jason. Tenía una lata de cerveza Black Label en una mano y un Camel en la otra. Jason advirtió que se estaba quedando calvo. La expresión de cabreo que lucía en la cara hizo que Jason se lo pensara un segundo antes de hablar.

–Oye, Bud –dijo. Bud ni siquiera lo miró, se limitó a darle una calada al cigarrillo sin despegar la mirada del caldero de agua hirviente que borboteaba en el patio–. ¿Pasa algo? ¿Por qué no te vienes ahí fuera con nosotros?

–Estoy bien –dijo Bud.

–No lo dudo –dijo Jason–. Pero todo el mundo quiere verte. Venga, vente.

–No –dijo Bud. Meneó la lata de cerveza, la dejó en el suelo del porche–. Me quedaré aquí un rato.

Jason se agachó junto a la silla de Bud. Le crujieron las rodillas y gruñó por el esfuerzo.

–Vas a tener que salir –dijo Jason–. Ya es casi la hora de comer. Tendrás que comer.

Bud permaneció tanto tiempo callado que Jason pensó que no le iba a contestar. Jason oía al resto de la familia en el césped, oyó a Mobrey Davis proclamar que los cangrejos ya estaban perfectos, oyó a la joven Verna reírse.

–¿Venís o qué? –exclamó Sara.

Estaba a punto de volver a decir algo cuando Bud alzó la vista.

–¿Pretendes que me coma esos… esos bichos? –dijo–. No señor. Ni borracho.

Jason lo miró a los ojos. Bud negaba con la cabeza.

–Voy a entrar a por otra cerveza –dijo Bud–. Eso es lo que necesito.

Se levantó, entró en la casa. Todas las puertas y las ventanas estaban abiertas y el olor de los cangrejos cocidos impregnaba el aire, un olor suave y salado.

–Cariño –llamó Sara, y Jason volvió al jardín a unirse a la familia alrededor del caldero.

–¿No da gusto cómo huelen? –dijo la joven Verna.

–Se te van a cocer más de la cuenta –dijo Minnie Imogen.

–Más te vale estar a lo que hay que estar –dijo la otra anciana, la que Jason no tenía ni idea de quién era–. Si se dejan demasiado tiempo en el agua no están buenos.

El primo Mobrey Davis le dio una palmadita en la espalda a Jason.

–Apuesto a que te vas a zampar unos cuantos, ¿eh? –dijo–. Un grandullón como tú seguro que con dos o tres cangrejillos de esos no tiene ni para

empezar.

–Ya lo creo –dijo Jason. Se asomó al caldero. Los caparazones de los cangrejos estaban rojos–. Ya lo creo. Me voy a bajar unos cuantos.

Jason sirvió los cangrejos humeantes en los platos de papel que sostenía la familia, cucharón tras cucharón, kilos y kilos.

–Aquí tienes –les iba diciendo a los parientes según iban pasando por delante, y les servía tantos cangrejos que los platos casi se doblaban por la mitad–. Sin miedo, hay de sobra para todos.

–¡Ouch!, están ardiendo –dijo el primo Mobrey Davis, haciendo malabarismos con uno entre sus manos–. Tened cuidado, abrasan.

Se inclinó hacia Verna, encajándose entre ella y Minnie Imogen. Verna lo miró con los ojos como platos.

–Ten cuidado, cariño, si no quieres escaldarte la lengua –dijo.

Abrió uno, extrajo la carnecilla tierna, se la echó a la boca.

–Oh sí –dijo–, esto es un manjar de dioses.

Minnie Imogen asió a Verna del brazo.

–Ven a sentarte conmigo y con Estelle –dijo.

–Voy a enseñarte a comer cangrejos –dijo el primo Mobrey Davis.

Minnie Imogen lo miró.

–Les haré compañía, señoras –dijo. Se rio.

Minnie Imogen frunció el ceño.

–Esto es vida –le dijo Jason a Sara. Miró a su alrededor, toda la familia repartida por el césped, con sus platos de papel y sus neveras llenas de botellas de cerveza Carling Black Label. Miró dentro del caldero, vio que habían volado casi todos los cangrejos–. Ya lo creo.

–Y que lo digas, cariño –dijo Sara. Quebró la cola de un cangrejo, separó la piel escamosa y extrajo la carne.

Jason la vio meterse el pedacito en la boca, masticarlo con sus dientes blancos y parejos. Tiró el caparazón en la bolsa de basura negra que tenía al lado.

–Pero me pregunto qué andará haciendo Bud –dijo Jason.

Sara negó con la cabeza, partió la cola de otro cangrejo, engulló la carne ayudándose de un trago de cerveza. Jason cogió el cucharón y sirvió unos cuantos cangrejos en un plato de papel a estrenar. El plato se volvió flácido con el calor y la humedad, así que lo dobló en la mano.

–Creo que voy a ir a buscarlo –dijo.

Sara asintió, cascó otro cangrejo.

El primo Mobrey Davis lo agarró del tobillo cuando pasó por delante de él de camino a la casa.

–¿A dónde vas, chavalote? –dijo–. No habrás acabado ya, ¿no? –Le sonrió a Verna, que estaba bregando con un caparazón. Su preciosa carita estaba contraída en una mueca. Se había salpicado la blusa de tabasco McIlhenny. Jason no veía a Minnie Imogen por ninguna parte, lo que a Mobrey Davis le venía de perlas.

–Voy a ver si encuentro a Bud –dijo Jason–. ¿Lo has visto?

–No –dijo el primo Mobrey Davis. Se volvió hacia la chica, le quitó el cangrejo–. Trae, cielo, déjame a mí.

Ella sonrió.

Jason entró en la casa. Se encontró con Minnie Imogen y la otra anciana en la puerta. Minnie Imogen llevaba en la mano un bote abierto de salsa criolla, de la picante, la que hacen en New Iberia.

–¿Está Bud por ahí dentro? –le preguntó Jason.

Ella lo ignoró, se estiró para mirar por encima de su hombro.

–Ese malnacido de Mobrey Davis –dijo.

La otra señora movió la cabeza en señal de conformidad.

Jason encontró a Bud sentado en el cuarto de la tele, al lado del salón. Había cuatro o cinco latas de cerveza a su alrededor. La televisión estaba puesta en un canal de Nueva Orleans, del otro lado del lago. La imagen se recibía bastante bien. En la pantalla, un anciano sentado en una silla de respaldo recto sobre un escenario vacío, tocando la guitarra. Bud había quitado el sonido, así que Jason no pudo saber qué estaba tocando el anciano. Sus manos enjutas se movían lentamente, con mucho tiento, sobre las cuerdas de acero de la guitarra.

–Eh –dijo Jason, y se dejó caer en otra de las sillas de mimbre. Crujió, y recordó que Sara siempre le decía que se sentara más despacio. «Un día vas a reventarla dejándote caer así. Y entonces, ya verás tú qué gracia», le dijo. «Yo seguro que me parto el culo», respondió él, y poco les faltó para herniarse del ataque de risa que les entró.

Bud no lo miró. Jason le tendió el plato doblado y grasiento. Ya se había quedado frío y goteó un poco en el suelo.

–Te he traído unos cangrejos –dijo Jason.

Bud no le quitaba ojo al guitarrista.

–Oye, Bud –dijo Jason–. ¿Seguro que todo bien?

–De lujo –dijo Bud.

Jason se inclinó hacia delante, le acercó el plato.

–Aquí tienes –dijo.

Bud le apartó el brazo.

–Llévate eso de aquí, anda –dijo.

–Están riquísimos –dijo Jason–. En serio, están cojonudos, tienes que probarlos, Bud. Es Mardi Gras. –Volvió a adelantar el plato, esta vez más

cerca de su cara.

–No –dijo Bud. Golpeó el brazo de Jason y el plato se volcó. Los cangrejos se desparramaron por el suelo. Uno acabó patinando bajo la silla de Jason. Los dos se quedaron inmóviles.

–Mira lo que has hecho –dijo Jason.

–Me cago en la puta –dijo Bud. Se levantó de la silla, se arrodilló justo encima de un cangrejo. Crujió, le empapó la rodilla. Se incorporó a toda prisa, se restregó la pernera del pantalón–. ¡Uf! –dijo. Una de las pequeñas pinzas se negaba a desprenderse del tejido. Se palmeó, se sacudió la pierna. Jason se inclinó y se la quitó. Bud se apartó, derribó una lata de cerveza–. La que estoy liando –dijo en voz baja.

–¿Estás pedo? –preguntó Jason.

–¿Y qué problema hay? –dijo Bud–. Pensaba que era Mardi Gras. Pensaba que en Mardi Gras uno podía emborracharse como un bendito sin que nadie le pida cuentas.

–Y se puede, supongo –dijo Jason. Se levantó, se dispuso a marcharse–. Solo quería que no te quedases sin cangrejos.

–Lo siento, Jason –dijo Bud–. Se me ha ido la mano.

–Ya –dijo Jason–. Deberías frenar un poco.

Los dos hombres volvieron a sentarse un rato en silencio, viendo al viejo guitarrista de la pantalla. Movía la boca; ahora se había puesto a cantar mientras tocaba.

–¿Te acuerdas cómo nos poníamos con las chicas de la calle Bourbon cuando bajábamos a la ciudad? –dijo Bud–. ¿Te acuerdas de aquella chavala, Shirleen? Bebía los vientos por ti.

–Ajá –dijo Jason.

–Cómo nos lo montábamos –dijo Bud–. Con aquellas chicas, las estríperes. Hay cosas peores que quedarse en porretas con un par de putas, Jason.

–Me imagino –dijo Jason–. Anda que no ha llovido desde entonces, Bud. Ahora tengo una esposa.

El anciano de la tele estaba ahora abandonando el escenario. Un par de jóvenes le ayudaban a mantenerse erguido mientras se marchaba.

–Sí –dijo Bud–. Pero es que son muchas cosas. El calor. Recuerdo que nos gustaba el calor. Nos gustaba bajar a Nueva Orleans cuando hacía un calor de la hostia, cuando el asfalto se reblandecía y parecía arcilla.

–Yo odio el calor –dijo Jason–. Me aplatana.

–A eso mismo me refiero –dijo Bud–, de eso precisamente es de lo que estoy hablando. A mí tampoco me gusta el calor. Ya no.

Recogió la lata de cerveza que había tirado, la agitó para ver si quedaba algo. Se fijó en los cangrejos desparramados por el suelo, cogió uno y se quedó mirándolo.

–Déjalos –dijo Jason.

–¿Eh?

–Que los dejes –dijo Jason–. Ya los recogerá Sara luego.

Bud tiró el pequeño cadáver rojo al cubo de la basura que tenía al lado.

–Lo mejor será que vuelva con la familia –dijo Jason–. Se estarán preguntando dónde estoy.

–¿Jason? –dijo Bud.

Jason aguardó.

–¿Alguna vez te ha dado por pensar en que nos estamos haciendo viejos? ¿Nunca te ha dado por pensar en la muerte?

Jason desplazó su peso en la silla, sacudió la cabeza.

–¿Tú? ¿Viejo? Anda ya –dijo–. ¿Cuánto tienes? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y dos?

–¿Nunca te ha dado por pensar en lo chungo que va a ser el día que sientas ese dolor que te sube por el brazo izquierdo, Jason? –insistió Bud– ¿O cuando el médico te eche una de esas miraditas y te diga que lo tienes en la cabeza, el cáncer que te va a mandar al otro barrio?

–No –dijo Jason–. Ningún cajún ha muerto jamás de un ataque al corazón. Estamos demasiado ocupados muriéndonos por herida de bala o por la gonorrea. –Se rio, pero fue una risa forzada.

–¿Cajún tú? –dijo Bud–. La que era cajún era tu abuela, tú ni por el forro. Tú lo que eres es un paleto y para de contar.

–Hay que joderse –dijo Jason–. Te ha dado fuerte, ¿eh?

–Ya ves –dijo Bud–. He estado dándole al coco.

Jason lo miró con dureza. Bud parecía cansado, quizás un poco más flaco que en el Mardi Gras del año pasado.

–¿Te pasa algo? –preguntó Jason–. ¿Estás enfermo?

–Podría ser –dijo Bud–. Pero tampoco mucho. El estómago me está dando la tabarra últimamente. Pero no es eso. Lo que pasa es que he estado pensando. Tarde o temprano pasará. Mírate tú, estás hecho un morcón. ¿No te preocupa?

–Tengo que volver ahí fuera –dijo Jason–. Si quieres más cerveza o si cambias de opinión sobre los cangrejos, me pegas una voz y listo. Yo me ocupo.

–Claro –dijo Bud.

–¿Pero por qué no sales con nosotros? –dijo Jason.

–Creo que me quedaré aquí un rato más, Jason –dijo Bud. Se volvió hacia la tele. En la pantalla había ahora una mujer rolliza que podría ser una cantante de ópera. Jason se alegró de que tuviera el volumen bajado. Se quedó un rato mirando, luego se fue.

Al salir al porche, Jason vio que alguien había dejado sobre una silla plegable un plato de papel lleno de caparazones devorados. Cogió uno, lo

examinó, los diminutos ojos negros y las patas, el cuerpo segmentado lleno de motas rojas y pardas.

–Pues sí que parece un bicho –dijo.

En el exterior se oían gritos y aspavientos. Jason buscó a Sara, la localizó junto a la vieja camioneta del primo Mobrey Davis. Se acercó a ella.

–¿Qué ha pasado? –dijo.

Sara señaló al grupo de personas que se había puesto a discutir.

–Mobrey –dijo.

Jason oyó la voz de Minnie Imogen por encima de las demás.

–No te vas a llevar a la niña a ninguna parte –gritaba, montando un barullo considerable para una mujer de su edad. Jason vio al primo Mobrey Davis, con una sonrisa de oreja a oreja, tratando de darle una palmadita en la cabeza a la anciana.

–No pasa nada, abuelita –dijo–, no se preocupe.

Mobrey Davis pasó por delante de Minnie Imogen, se abrió paso entre el grupo de parientes de Sara que lo rodeaban. Verna lo siguió sin apartar la vista de su ancha espalda.

–Vergonzoso –soltó la anciana a la que Jason no conocía. Había oído su nombre en algún momento, pero ya ni se acordaba.

Jason salió al paso del primo Mobrey. El otro se detuvo.

–Hombre, Jason –dijo Mobrey.

–¿Qué hay, Mobrey? –dijo Jason.

Las ancianas se habían alejado un par de metros.

–Esa niña es responsabilidad mía –exclamó Minnie Imogen–. No te la vas a llevar a ninguna parte.

–Pues sí que las has alterado –dijo Jason.

El primo Mobrey Davis giró la cabeza para mirar a las mujeres, parpadeó una vez, lentamente.

–Joder, ya las conoces –dijo–. Voy a cruzar por el pedraplén hasta NOLA, había pensado en llevarme a Verna.

La chica agachó la cabeza, sonrió. Se había frotado la mancha de la blusa con una servilleta, había sido peor el remedio.

–¿Sabías que nunca ha visto el Mardi Gras en la ciudad? –dijo el primo Mobrey Davis–. La chica debería verlo antes de que se le pase el arroz. Mientras pueda apreciarlo.

Jason lo consideró.

–Tú quieres, ¿verdad, Verna? –preguntó–. ¿Ir a ver el Mardi Gras?

–Sí, señor –dijo ella, muy educada.

–¿Ves? –dijo Mobrey Davis–. No pasa nada.

–Ya –dijo Jason–. Bueno, pues la dejo en tus manos, Mobrey Davis.

Se hizo a un lado para cederle el paso. Mobrey se subió a la camioneta.

–Que os lo paséis bien –dijo Jason. Se inclinó hacia Verna–. Dile que te lleve a ver los lugares de interés, ¿me oyes? –Miró severamente a Mobrey.

Mobrey giró la llave de la vieja camioneta, la hizo arrancar.

–Eh –dijo–. Gracias por los cangrejos.

Y se largaron, humo azul saliendo por el tubo de escape de la Ford. Jason se quedó mirando cómo se alejaban. Por la ventanilla trasera de la camioneta alcanzó a ver el cabezón medio calvo del primo Mobrey, la cabecita dorada de Verna. Se apretó la tripa con sendas manos y suspiró.

Las dos ancianas seguían apostadas no muy lejos, con la familia de Sara en la retaguardia.

–Ese malnacido de Mobrey Davis –dijo Minnie Imogen.

Jason se volvió hacia ella.

–¿Y qué quiere que yo le haga? –dijo–. ¿Se supone que debía detenerlos? Vaya a por algo de comida. Vaya a por algo de comida y cierre el pico.

–Me largo –dijo Minnie Imogen.

–Y yo también –dijo la otra anciana.

–¿Y usted quién cojones es, por cierto? –dijo Jason, pero lo mismo no lo oyó. Junto a Minnie Imogen ya se dirigía hacia el polvoriento Buick en el que habían venido.

–Hay que joderse –dijo Jason, mientras la fiesta se iba al garete.

Bud Semples fue el último en salir de la casa de los Goodell.

–Nos vemos –le dijo a Sara, y la besó en la mejilla. Ella le sonrió como si estuviera cansada, se metió en la casa. Bud y Jason se quedaron frente a frente en el porche.

–Caramba –dijo Bud–. La familia se ha despedido pronto este año, ¿no?

–Ya ves –dijo Jason.

–Un poco sospechoso que Mobrey se haya ido con Verna, ¿no crees?

–No es nada –dijo Jason–. Solo está siendo amable.

–Amable, sí. A mucha gente le gusta ser amable en ese plan –dijo Bud.

Jason entornó los ojos.

–¿A qué viene decir eso? –dijo Jason.

–¿Eso? –preguntó Bud–. Es la verdad.

–Ya, bueno –dijo Jason–. Pues tal vez la gente no quiera escuchar siempre todo lo que tienes que decir, Bud. Tal vez la gente podría a veces prescindir de tus comentarios.

Bud se mostró sorprendido.

–Podría ser –dijo.

–Claro que podría –dijo Jason.

Permanecieron unos segundos en silencio, incómodos.

–Bueno –dijo Bud–. Creo que voy a ir tirando. –Aguardó un instante–. Oye, a lo mejor podríamos quedar un día de estos y darnos una vuelta por la ciudad, ¿no?

–A lo mejor –dijo Jason.

Bud se marchó, sus neumáticos traseros levantaron la grava del camino de acceso.

–¡Virgen Santa! –dijo Sara desde el interior de la casa.

–¿Qué pasa, cariño? –preguntó Jason. Observó el coche de Bud hasta que se perdió de vista en la carretera.

–Alguien ha puesto perdido el cuarto de la tele –dijo–. Hay cangrejos por todas partes.

Jason la oyó arrastrando las sillas de un lado a otro para coger los cangrejos. Una se volcó con estrépito.

–¿Quieres venir a echarme una mano? –exclamó Sara.

Él bajó al jardín, pasó junto al saco de arpillera vacío, la bolsa de basura.

–¡Jason Goodell! –gritó Sara–. ¡Mete tu culo ahora mismo en casa y ayúdame con este desastre!

Jason no respondió. Tocó con la mano el enorme caldero negro de los cangrejos, y estaba frío.

Zahorí

La langosta emerge del suelo y está seca y tiene el color de la arena, al igual que la hierba, la tierra y los matorrales que nos rodean. Observo cómo sale del agujero, ciega y cargando con unas alas finas y fragmentadas a sus espaldas. Es como si estuviera viendo algo antiguo emergiendo de un túmulo indio.

El niño está de cuclillas, observando a la langosta. Su pelo es también del color de la arena y en la coronilla se le forma un remolino. Como es de caderas flacas los vaqueros cortos que lleva, llenos de rasgaduras, se le vencen todo el rato. Va descamisado y tiene la piel quemada y pelada por el sol que brilla sin tregua en el cielo durante quince horas al día.

Estoy agotado y con un dolor de cabeza de tres pares de cojones. Me toco la frente con la palma de la mano. Tengo la piel seca y agrietada como el lecho de un arroyo. La fiebre me ha deshidratado del todo.

El niño tampoco suda. Permanece quieto, con los ojos puestos en la langosta que ahora se debate y muere. El niño me recuerda a un sapo, acuclillado en el polvo, viendo morir al insecto. Lo importuna con un palo. No da señales de vida. Su caparazón es prácticamente transparente. Nunca logrará llegar a los árboles, ni siquiera al poste de una valla, para mudar de piel y desovar.

Recuerdo haber visto salir a las langostas del suelo cuando era pequeño, en casa. Allí el sol no pegaba tanto como aquí ni por asomo, y la tierra era blanda y fresca. Las langostas brotaban por docenas, por cientos, perforaban sus pequeños orificios a través de la tierra. Parecían húmedas, como chocolate caliente o joyas oscuras, se frotaban todo el cuerpo con las patas, desplegaban las alas para secarse.

Mi hermano Sonny y yo las atrapábamos y las metíamos en tarros. Las percas de boca pequeña se lanzan sobre las langostas vivas como si no hubiera un mañana. Llevan ahí abajo siete años, esperando a que las necesitemos para usarlas de cebo, decía Sonny cuando atravesaba una con un anzuelo.

El niño aparta la langosta con el palo, se sube el pantalón, entorna los ojos y me mira. Sus ojos son verdes y me hacen pensar en aguas tranquilas. Una trucha moteada se echaría una buena siesta en unas aguas así, siempre que hubiera rocas donde esconderse.

Otra seca, digo. El niño tiene la clavícula pelada. Se la rasca, me esquiva la mirada. La sequía es lo único que ha conocido en estos tres últimos años y la culpa es mía.

Poso la mano en el hombro enclenque del niño y no intenta zafarse, ni siquiera se molesta en apartarla encogiéndose de hombros. Tiene la piel más fresca que yo. Este solazo y este calor no le provocan fiebre. Los niños aguantan casi todo. Hijo, digo, pero no se me ocurre nada que añadir.

Con el pie descalzo pisa la langosta, le planta encima el duro callo del talón. Cuando la despachurra se oye el crujido del caparazón, retiro la mano del niño. Con mucha lentitud se frota el pie contra el suelo duro como una roca, pivota sobre el talón como si estuviera apagando una colilla. Al mirar al niño me da la sensación de que algo se ablanda y se pudre en mi interior. Puedo contar cada una de sus costillas bajo la fina piel que las cubre, podría trazar con el dedo corazón el contorno curvo de las vértebras que ascienden hasta sus hombros.

Yo soy grandón, más de metro ochenta y noventa kilos, y me asusta pensar lo pequeño que es el niño, lo pequeña que es su madre. Me da miedo tocarlos un día y perforarles la piel, acabar con los dedos metidos entre sus vísceras húmedas y palpitantes a través de sus ridículas costillas. Me da miedo que la sequía los haya vuelto quebradizos, poder herirlos o matarlos con solo tocarlos. El niño se aleja de mí sobre la escasa hierba seca.

La capa freática subirá, le digo alzando la voz. Él sabe que es mentira.

Como siga haciendo este calor el ganado acabará muriendo y no hay manera de procurarles la cantidad de agua que necesitan. De todas formas, las pobres bestias llevan tanto tiempo secas que ya no valen ni para hacer caldo, y probablemente debería haberlas matado hace tiempo. Tienen la lengua hinchada y recubierta de baba seca, y cuando voy a darles su pienso se quedan inmóviles con las patas rígidas y la boca abierta, resoplando como si fuesen hornos. Y no me queda más remedio que darles pienso porque el pasto no es bueno. El calor que irradian cuando te acercas a ellas es como una enfermedad.

El relente que emana del suelo hace que la silueta del niño vacile como la llama de una lámpara de queroseno. Cierro los ojos para aliviar el dolor de cabeza. Dios, pienso, todo se ha ido a la mierda. Me golpeo el vientre con los puños una y otra vez.

En la tierra que nos vio nacer, las montañas no dejaban ver el sol más que seis horas al día y daba gusto dormir. En este secarral no hay montañas, la tierra se extiende hasta el infinito y nada bloquea el paso del sol.

Me rasco la barriga, está dura y escamosa, el vientre de un lagarto o de un armadillo. La piel se me acumula bajo las uñas. Me pregunto qué habrá debajo de tanta piel, si podría rascarme y desollarme entero. Me pregunto si no me estaré transformando por dentro en un animal, en una especie de cosa que vive de la tierra y del sol, sin nada de agua.

El niño ya se ha metido entre los matorrales, donde no puedo verlo. Voy tras él. Mis botas repiquetean en el suelo. ¡Sal de ahí y volvamos a casa!, le

grito. En los árboles hay lagartos y caparazones de algunas langostas que lograron abrirse paso en la sequedad.

Un lagarto, un *gecko*, me mira desde el tronco del pequeño arbusto retorcido donde yace despatarrado. Es amarillo y casi se confunde con el tronco. Si lo miro un rato se mimetiza con la corteza, lo hago desaparecer. Luego vuelvo a verlo, su respiración. Ese es su único movimiento. Se hincha y se deshincha.

Le grito al niño que tengo que ir al pueblo. Ya lo he perdido completamente de vista.

Puedes venir si quieres, le digo.

Se ha esfumado y estoy yo solo entre los matorrales. Cuando miro, el lagarto también se ha largado. Tengo que hacerme visera con la mano y volver a mirar para asegurarme.

No tengo tiempo para esto, digo. Sé que la matanza me llevará la mayor parte del día y no me quedan cartuchos suficientes. Tengo que pasarme por el pueblo a comprar unos cuantos. Quiero quitármelo de encima. Doy media vuelta y salgo de los matorrales, vuelvo a la casa.

Hod me pasa una Tecate, mira al cielo entornando los ojos, como si buscara una nube. Hod es un hombre muy gordo que lleva una tienda de grano y herramientas en Brenham. La cerveza está caliente, a pesar de eso la botella transpira. Le doy un trago y Hod hace lo propio con la suya. Asiente hacia mí.

Tengo que pasarme todo el día bebiendo esto para mantenerme vivo, dice.

Yo le digo que el alcohol no ayuda. Que la botella te sorbe lo mismo que tú a ella. Te deshidrata de mala manera.

Hod sacude la cabeza como dando a entender que yo no tengo ni puta idea de lo que estoy hablando. Eso solo pasa con el alcohol fuerte, dice. La cerveza te refresca.

Remata la botella y la deja caer a su lado, agarra otra de la nevera portátil que tiene junto a su silla. El hielo hace tiempo que se derritió y las botellas nadan en agua. Destapa la Tecate, envuelve la boca de la botella en sus labios. No se percibe ningún movimiento, ni en su boca ni en su garganta. Se limita a verter la cerveza. Tiene roña incrustada en las arrugas de la cara.

Nos quedamos un par de minutos sin decir nada, en el porche de la tienda de Hod, él en una vieja silla desvencijada con respaldo de listones horizontales, yo apoyado en el marco de la puerta, dándole a la botella. Entonces Hod se vuelve hacia mí y se le desabrocha un botón de la camisa. Se le ve su enorme barrigón peludo, pálido y flácido de tanto empinar el codo y no mover el culo en todo el día. Luce grandes manchones oscuros

bajo las mangas de la camisa y por la espalda, el sudor de toda la cerveza que ha ingerido. Hod huele a campo de cebada.

He oído que se te vino abajo el pozo, dice Hod.

Se desmoronó un poco, digo. Cuando bajó el nivel freático.

¿Todavía tienes agua?, dice. Ya no me mira, solo mira la calle vacía. No recuerdo haber visto pasar un solo coche en todas las veces que me he pasado por aquí. Me apostaría lo que fuera a que no es la primera vez que Hod ha tenido esta misma conversación.

Sigue bombeando un poco, digo. No lo suficiente, ya quisiera yo.

De nuevo se hace el silencio. Por fin pasa un coche y la brisa que lo acompaña es sucia y caliente, huele a aceite de motor quemado.

Me hacen falta unos cuantos cartuchos, por eso he venido, digo.

Al ganado de alguien que yo me sé le ha llegado su hora, dice Hod. No le respondo. Si no me equivoco, Castle, has debido ser el último, dice.

Me imagino que al levantarse cada mañana, con toda esa grasa y esa cerveza que lo hunden hacia el suelo, Hod preferiría estar muerto. Por un momento me siento bien porque soy mucho más joven y fuerte que este vejestorio que tengo delante.

La mayor parte del ganado de la gente de por aquí lleva semanas muerto, dice. Hace un gesto hacia el cielo. Esta temporada el diablo no ha dado descanso al matarife, dice.

Dejo la botella en el suelo.

Tengo un montón de pienso que no voy a poder usar esta temporada, digo.

Cruza sus cortos brazos. Ojalá pudiera ayudarte, compadre, pero yo también ando con exceso de existencias, dice. No es que haya mucho mercado para el pienso en Brenham.

No, digo, ya me imagino. Pero por preguntar nada se pierde.

Entro en la tienda y el ambiente es sofocante, como si el edificio albergara el calor de todo el día. Entiendo por qué Hod se sienta en el porche. La fiebre vuelve a cebarse conmigo y aprieto los dientes para no temblar. Es de locos, temblar en un lugar tan tórrido como este.

Entra y coge lo que necesites, dice Hod desde el porche. Los cartuchos están detrás del mostrador.

Paso por detrás de la caja registradora, busco entre las cajas de cartuchos los de punta hueca del 30-30. Con una caja de cincuenta creo que me bastará. La caja cuesta casi nueve dólares, así que dejo diez en el mostrador. No merece la pena hacer que Hod se levante para que me dé el cambio. La caja de cartuchos no me cabe en el bolsillo, así que la llevo en la mano hasta la camioneta.

Es una putada, dice Hod mientras me pongo al volante. Tienes una granja fantástica y un crío muy majo. ¿Cómo está Min?, me pregunta.

Podría decirle que Min está agotada y acalorada y llena de odio, pero paso. Bien, digo, y cierro la puerta. Pongo el motor en marcha y la camioneta arranca al instante. Oigo el chasquido de los elevadores de válvulas, que están a punto de escacharrarse, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto.

Nos vemos, me grita Hod desde el porche, alzando y agitando la oscura botella de cerveza mientras me alejo.

Los fantasmas que el calor desprende de la carretera hacen que todo parezca un sueño. La camioneta se balancea y se estremece por la parte derecha de la carretera de casi tres metros de ancho, como si se hubiera desatado un vendaval, pero el aire está inmóvil y plúmbeo, es como conducir a través del agua.

Hay unas vacas *longhorn* plantadas como muertas a un lado de la carretera, como si las hubiese alcanzado un rayo pero se mantuviesen aún en pie. Están grises por el polvo que levantan los coches al pasar. En un par de minutos, la nube que yo levante descenderá y se posará también sobre ellas.

La caja de cartuchos se tambalea y tintinea en el asiento del acompañante. Parpadeo para quitarme el sudor de los ojos y veo que hay alguien en la cuneta de grava con el pulgar alzado.

En realidad no quiero compañía, pero antes de darme cuenta estoy frenando y el vagabundo se sube a la cabina de la camioneta. Es alto y fuerte, unos años más joven que yo, huele a un día caluroso de larga caminata por una carretera vacía. Lleva una camiseta de los Aggies[4] recortada a la altura de la caja torácica que deja ver sus duros y marcados abdominales. Desplaza los cartuchos sobre el asiento corrido, se estira. Tiene el pelo rubio y muy largo.

Hace demasiado calor para caminar, dice. Los tacones de sus botas están desgastados y el cuero bajo los talones está dado de sí.

Como te pongas a hablar del tiempo tendré que matarte, le digo.

Se ríe y se le ven unos dientes blancos y rectos, unos dientes grandes como los de la gente que sale por la tele.

Seguro que es ganadero, dice. Recorre la cabina de la camioneta con la mirada, palpa el 30-30 que llevo en el bastidor detrás de mi cabeza, echa un vistazo a la caja de cartuchos.

Creo que sé para qué son estos cartuchos, dice. Todo el mundo está sacrificando a su ganado por culpa de la sequía. Calculo que ya se habrán cavado cerca de ciento cincuenta kilómetros de zanjas para enterrar a las reses solo en este extremo del estado, dice.

El vagabundo sonríe como si pensara que eso es sin duda algo bueno. Las palas cargadoras han estado funcionando sin parar en los últimos días, cavando y rellenando, cavando y rellenando. Se necesita un agujero bien

grande para enterrar a un solo novillo, un agujero bastante profundo, y han sido muchos los novillos que han muerto. En el matadero no dan nada por ellos.

Le digo que tengo una granja humilde, unas cuantas vacas Hereford. Me iba bien, digo, pero mi pozo se rindió. Ahora solo hay un hilo de agua y no veo qué sentido tiene dejar que las vacas se deshidraten. No le veo ningún sentido, digo.

El vagabundo se echa hacia atrás y saca el brazo derecho por la ventanilla de la camioneta, lo hace ondear contra el viento caliente que atravesamos. El polvo se eleva quince metros en el aire a nuestro paso, una estela gris que se extiende a lo largo de cuatrocientos metros, cegando a cualquiera que venga por detrás. Sé que si Min o el niño se asoman a la puerta, verán el polvo que viene de la carretera y sabrán que soy yo.

Pues vaya suerte ha tenido al recogerme, ¿no?, dice el vagabundo. Se ríe y es una risa aguda e inestable, más parecida al balido de una cabra que a una risa.

Pues ya me dirás tú por qué, digo. Porque lo que es yo, no veo la suerte por ninguna parte.

Porque cuando se ha quedado sin agua, dice, va y se encuentra con el mejor zahorí del este de Texas.

Lo miro apoyado en la puerta de la camioneta. Estás de coña, digo. Han pasado años desde la última vez que oí hablar de un zahorí.

No es coña, dice, y su cara se pone muy seria. Cuando frunce el ceño parece mayor. Si me da de comer, le encontraré agua. No sería la primera vez que encuentro agua en el desierto, dice.

Tendrías que hacer un milagro para encontrar agua por aquí, digo. No hay ni gota.

He hecho milagros, dice. Su voz es pausada y muy tranquila.

Pues tú mismo, digo. Qué coño. Me he quedado sin opciones y no es que esté como loco por cargarme a mis vacas.

Abandono la carretera y me dirijo a mi propiedad. La grava se desprende, sale despedida bajo las ruedas y golpea contra los faldones laterales de la camioneta. El vagabundo no me mira. Está mirando la casa, ahí, en medio de un campo amarillento de hierba muerta.

Min mira al vagabundo de arriba abajo y no muestra el menor aprecio por su buena planta. Ladea la cabeza y lo mira fijamente con los ojos entrecerrados, pero no le hace sentirse incómodo en absoluto. ¿Se puede saber quién es este, Castle?, me pregunta como si el vagabundo no estuviera en la habitación.

Se ha recogido el pelo hacia atrás con fuerza y le tira de las sienes, está descalza y tiene los pies grises de polvo. Sufre la sequía más que nadie. Yo

aprendí a ducharme en seco cuando estuve en la Marina y al niño no le importa pasarse una semana sin lavarse.

Min no entiende por qué el ganado no está ya muerto, por qué siguen bebiéndose nuestra agua. Tiro la caja de cartuchos sobre la mesa de la cocina y ella la mira, luego mira al vagabundo. Ha hecho fajitas para cenar y me digo que eso está bien porque con la comida mexicana donde comen tres comen cuatro.

Hay agua muy cerca de aquí y me propongo dar con ella para ustedes, dice el vagabundo. Extiende los brazos con amplitud y es como si lo hubiese dicho un predicador. Me imagino que Min se reirá en su cara y le dirá que se largue, me echará la bronca por invitar a comer a un chaval desaliñado. Pero no sucede así. Ella lo mira y resulta evidente que está interesada en lo que dice.

Agua, dice, y es como una palabra mágica, como si la sintiera resbalar por las extremidades y la espalda. El niño viene de la habitación del fondo y también se queda mirando al vagabundo. Agua, dice el zahorí, y echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos. Se le escapan unas lágrimas por debajo de los párpados, se le escurren por las mejillas, surcan la suciedad de su cara. Su voz es profunda y rueda por la habitación como el tañido de una campana.

Es un fuego y un imán, dice, una vasta corriente eléctrica que atraviesa la tierra calcárea corrompida. Puedo guiarles hasta ella, dice. Levanta los brazos. Mis manos me lo indican, dice. Está en mis manos. Nací con una membrana en la cara, un colgajo de piel tan blanco y tan fino como una sábana. Cuando mi padre me vio, se fijó en los dedos de mi mano y supo que yo era especial.

Veo que sus dedos índice y corazón tienen la misma longitud, en las dos manos. No sé cuándo he visto manos así antes, pero no sabría decir si es señal de algo o no. Min también le está mirando las manos. Él las agita en el aire, golpea el tablero de la mesa.

Es un regalo de Dios, dice, esta habilidad que me ha sido concedida. Ahora está gritando y me asusta un poco escucharlo.

Un regalo de Dios para brindar ayuda al hombre, dice. Se acerca a Min y le sostiene la barbilla con la mano. Tiene que bajar la mirada para ver su rostro. Le cuelga una lágrima del extremo de la nariz, cae sobre la mejilla de Min. Ella parpadea, parece que está intentando despertarse de un sueño. El niño está junto a ella, colgado de su falda.

Agua para lavar, le grita en la cara. Su voz es como un martillo. Parece tremendamente fuerte y oigo un rugido en mis oídos que no es solo su voz.

Agua para beber, dice, para chapotear y para jugar. La empuja contra los armarios, con la mano aún en su barbilla. Doy un paso hacia él.

Agua a borbotones, agua que no para, agua que fluye y refresca y

atraviesa la tierra, dice. La cabeza de Min se mueve arriba y abajo y yo no consigo ver si es ella la que la mueve o si es el vagabundo tirando de su barbilla. Agua, dice, y le toca el pelo. Agua, dice, y le toca la piel de la cara. Agua, y le agarra el cuello del vestido.

Agua, dice ella exhausta con un hilo de voz que casi ni se oye bajo los gritos de él.

Le pongo una mano en el hombro y el vagabundo se gira en el acto. Tanto es así que casi me espero verle empuñar un cuchillo, levanto las manos a modo de protección, pero él se limita a mirarme con esos ojos azul eléctrico. Agua para la bomba, dice. Agua para el ganado.

Puedes encontrarla, digo, pero es más bien una pregunta. No sé qué habría pasado si él hubiese tenido un cuchillo en la mano. Algo en él, la posición de sus anchos hombros o la forma en que alza la cabeza, me dice que podría haber ocurrido, que podría haber ocurrido perfectamente, y que más me vale andarme con ojo.

Está ahí, dice, y puedo encontrarla.

Está bien, digo, pero déjate ya de historias raras. Es una locura. Le hago un gesto a Min. Ella nos está mirando y el niño sigue detrás de ella.

¿Qué?, dice el zahorí. ¿Lo de las manos y la membrana amniótica que me cubría la cara? Es la verdad, dice. La pura y simple verdad de Dios, señor.

El fuego ha desaparecido de sus ojos. Es como si alguien de gran tamaño hubiera salido de la habitación llevándose consigo buena parte del aire. Miro al vagabundo de arriba abajo, me pregunto si realmente será capaz de encontrar agua. Ahora no hay nada en él que me haga pensar que podría encontrar agua bajo la tierra seca y removida de esta granja.

El niño se ha despertado en mitad de la noche y está llorando. Me quedo un rato escuchándolo, inspira con un sollozo, exhala larga y sonoramente. Continúa forzándose a llorar, aunque ya se le ha pasado, se imagina que al final uno de nosotros lo oirá y acudirá para ayudarle a dormirse. Min respira hondo, sigue dormida en su lado de la cama.

Me levanto y voy al cuarto del niño. El vagabundo duerme a pierna suelta en el sofá que le preparamos para pasar la noche. No quedaba suficiente luz para poner en práctica su brujería, así que le dimos de cenar y lo acomodamos ahí, suponiéndonos que se pondría manos a la obra y encontraría agua, o no, a primera hora de la mañana.

A falta de un par de horas para el amanecer es difícil creer que dentro de poco tendremos agua. Me pregunto si no estaré siendo un necio por escuchar a este chaval delgaducho, todo eso que dice de encontrar agua en esta granja seca, pero tampoco es que se pueda hacer mucho más. Además, esto me ha permitido posponer un día el sacrificio del ganado.

El niño me mira. Deberías estar dormido, le digo. Es tarde.

Estaba soñando, dice. Soñaba que estaba en casa.

Cuando dice casa sé que no se refiere a Texas. Esto nunca ha sido casa para él.

Todo estaba verde y húmedo, dice. Hay lágrimas en sus ojos y me asombra que tenga suficiente líquido dentro para poder llorar. Es un chiquillo duro para la edad que tiene. Me alegra que ahora sí quiera hablar conmigo, en mitad de la noche.

Lo sé, digo.

Está tumbado sobre las sábanas, solo lleva los calzoncillos a causa del calor. Me cuesta creer lo flacas que parecen sus piernas. Ya sé que algunos niños las tienen así, pero a mí me parece una enfermedad. Cuando me mira me recuerda a las reses con sus ojos vacíos y el aliento caliente que les raspa la garganta.

Vi un pequeño arroyo que salía de las rocas y descendía muy rápido por la ladera, dice. Me puse a beber.

Eso estaba justo al lado de casa, digo. Tal cual, y será que lo has recordado en sueños.

Será, dice. Cierra los ojos.

¿Crees que ahora te podrás dormir?, pregunto. El niño asiente sobre la almohada. Le doy un beso en la frente, noto lo caliente y seco que está. Cuando salgo de la habitación, ya está respirando profunda y uniformemente, y envidio sus sueños. Parece que es el único de nosotros capaz de volver allí.

De regreso a la cama me planto junto al sofá, observo al zahorí dormido. Se le mueven casi imperceptiblemente los labios, se los muerde y los tiene rajados. Salta a la vista que es un tipo fuerte, pero no tiene nada de mágico. Duerme abrazado a sí mismo.

Más te vale ser capaz de hacerlo, le digo sin despertarlo. Más te vale no haber venido a mi casa a comerte mi comida y a darme falsas esperanzas, digo. Me pregunto si soñará con agua.

Como me hayas dado falsas esperanzas te mataré, le digo. Ese es el pacto que hago conmigo mismo, de pie junto al sofá en mitad de la noche. Ese es el pacto que hago y sé que no lo incumpliré ni siquiera bajo el sol ardiente.

¿Ha visto alguna vez a un zahorí en acción?, me pregunta el chaval de la camiseta de los Aggies. Quiere empezar la jornada temprano, así que nos levantamos antes que el resto.

De niño, digo. Mi padre quería un pozo nuevo para la casa, así que contrató a un tipo que conocíamos. Era un viejo alto que siempre llevaba un largo abrigo gris, incluso cuando hacía calor. Era el espíritu del agua, según decía. No decía que podía encontrar agua, decía que él era el agua y que el agua era él.

Así es como se siente, me dice el chaval.

Le digo que usaba una ramita de fresno doblada. Espero que no vayas a necesitar una ramita de fresno.

Nada de ramitas de fresno, dice el chaval. Si posees el poder, vale casi cualquier cosa. Yo uso sobre todo perchas.

Allí no era tan difícil encontrar agua, le digo. Era roca caliza y, prácticamente, en cualquier sitio que perforases había agua. Aquí no va a ser tan fácil.

No tiene por qué ser fácil, dice el chaval, y me impresiona la confianza que tiene en sí mismo. Puede que tengamos que cavar hondo, pero ahí estará.

Si es un estafador, es de los buenos. Igual solo está loco. Igual puede hacerlo.

Dos perchas de metal es lo que necesito, dice.

Cuando se las llevo, manipula el alambre hasta romperlo por la fatiga. Dobla el alambre hasta obtener dos ángulos rectos, los mantiene sueltos en las manos, camina por el campo más cercano.

Cuando se cruzan es que hay agua, dice. Cuanto más fuerte oscilen, mayor cantidad de agua y más cerca de la superficie. Como no tiene equipo de perforación, tendremos que encontrarla lo más arriba posible, dice.

Le digo que no hay nada de agua cerca de la superficie. No voy a creerle hasta que me lo demuestre.

No me lo diga, dice. Se aleja de mí, todavía sosteniendo sin apretar las perchas dobladas. Al momento veo que se acercan una a otra y se apartan. No alcanzo a ver si las está moviendo él o no.

Cuando se aleja más de cien metros, se dirige a mí.

Aquí es, dice. Un río de agua y muy cerca de la superficie. Aquí es donde hay que cavar.

No ha tardado más de veinte minutos en dar con el lugar. Me pregunto cómo ha podido ser tan rápido con lo seco que está todo.

Oscilaron fuerte, ¿no?, le pregunto.

Tiende las manos hacia mí, deja caer las perchas al suelo. Han oscilado tan fuerte que hasta me he quemado las palmas de las manos, dice. Compruebo que tiene las palmas rojas tal y como dice, pero me da miedo aventurar lo que significa.

Cuando llegamos a los dos metros y medio sé que no vamos a encontrar agua. Tenemos que ensanchar el hoyo para no entorpecernos con las palas, tenemos que apuntalar las paredes con tablones. Enseguida tenemos que turnarnos porque no podemos hacer el hoyo lo bastante grande para cavar los dos.

Dentro del hoyo hace calor y hay humedad a causa de la tierra que se

desmorona por todas partes. La humedad no significa nada. Es solo que la sequía aún no lo ha reducido todo a polvo. A esta profundidad la tierra siempre está húmeda. En mi primer turno tengo que salir tras solo quince minutos de palear tierra. Siento como si el aire del hoyo ya se hubiese respirado antes, como si me fuera a desplomar en caso de permanecer más tiempo allí dentro.

Aún la siento, me dice desde arriba. Ahora sé que me la está metiendo doblada. Aquí abajo no hay agua. Donde uno esperaría encontrarse cientos de gusanos y escarabajos solo hay unos cuantos. Espera tenerme cavando durante un par de días y tal vez se largue con la camioneta, o algo así, cuando estemos durmiendo.

Igual solo quiere algo de comer, un lugar para dormir durante unos días, y se imagina que esta es una buena manera de conseguirlo. Apuesto a que le ha funcionado antes, no ha de ser difícil en una tierra con tanta necesidad de agua. Un hombre que hace creer a la gente que hay agua en mitad de una sequía no merece caminar sobre la tierra.

El niño sale de la casa y se acerca a donde estamos cuando estoy yo cavando en el hoyo. Al mirar hacia arriba veo su cara junto a la del zahorí, asomándose.

¿Has encontrado agua?, me dice el niño. Da la impresión de que no le importa mucho lo que suceda. Me imagino que se le ha olvidado el sueño de anoche.

Vuelve a la casa, le digo.

Sigue mirándome, no se mueve. Me mira como si se preguntara qué estoy haciendo hundido en toda esa tierra, metido en el hoyo.

Más vale que hagas caso a tu padre, le dice el zahorí. Tenemos trabajo, dice.

El niño retrocede hasta desaparecer y ya solo se ve la cara del zahorí recortada contra la luz brillante del cielo. Lo mejor es que el niño esté en la casa. No quiero que vea lo que se avecina.

Es un buen chico, me dice el zahorí.

Sí que lo es, digo.

Es sumamente fácil cumplir mi promesa. Tan fácil que me hace tener la convicción de que es lo correcto, sin ser un asesino.

Al salir por tercera vez del hoyo estoy cubierto de tierra. Me inclino para recuperar el aliento y el zahorí se dispone a bajar. Ya está bien entrada la tarde y el calor no va a aumentar en lo que queda de día. Mi pequeño rebaño de vacas Hereford cruza el pasto no muy lejos de donde nos encontramos y sé que luego tendré que ocuparme también de ellas.

Me toca, dice mientras baja. Le doy de lleno en la coronilla con el borde de la pala y cae al hoyo que ahora es bastante más profundo que una tumba. Cae sin gritar ni gemir y se queda tirado en el fondo. Podría estar intentando

colármela de nuevo, pero no creo.

Eh, zahorí, lo llamo desde el borde del hoyo. No me responde. Veo que el corte en la coronilla rezuma un poco. Me imagino que un palazo así puede descalabrar a cualquiera.

No emite ningún ruido cuando le echo la primera palada de tierra encima, ni con la segunda ni con la tercera. Cuando ya llevo quince paladas, sé que lo he matado y lo cubro lo más rápido que puedo. Se tarda menos en rellenar un hoyo que en cavarlo, y termino más o menos a la hora de la cena.

Me sobra un pequeño montón de tierra. Siempre sobra cuando cavas un hoyo y lo rellenas, pero me imagino que en su mayor parte es la que ha desplazado el cuerpo del zahorí. A juzgar por el montón, no era un hombre tan grande como me había parecido. No debía pesar más de setenta kilos.

¿Dónde se ha metido el zahorí?, me pregunta Min cuando entro en la casa. Me sacudo el polvo de las botas, la miro. Es fácil mentirle. A veces un hombre tiene que hacer ciertas cosas. Ella no lo entendería. Tampoco espero que lo entienda.

Se ha esfumado, digo. No había ni gota de agua ahí fuera y él lo sabía. En cuanto vio que no iba a poder sacarnos más, echó a andar por la carretera. Haciendo autoestop, como cuando lo recogí.

Me vacío la caja de cartuchos en el bolsillo para tener fácil acceso a ellos. Min me observa.

Vas a matar a las vacas, dice. Aunque lleva esperándolo mucho tiempo, ahora parece que le disgusta. Se alegra de que sea mi cometido y no el suyo.

Alguna vez tendré que hacerlo, digo. Ya lo he postergado demasiado.

¿Y luego qué?, me dice.

Luego cogemos al niño y nos vamos a casa, le digo.

A casa, dice como si no pudiera creérselo. Pero allí no tenemos nada. Lo vendimos todo para venir aquí.

Cuando acabe con ellas tampoco tendremos nada aquí, digo, y me palmeo los bolsillos. Luego me dirijo hacia el atardecer.

El sol se está poniendo y, por primera vez en mucho tiempo, refresca. Paso junto al montículo de tierra donde yace el zahorí a mayor profundidad de la que suele enterrarse a los hombres.

Dejo huellas de botas en la tierra suelta, me agacho un segundo, pero no siento nada especial. Ni agua, ni fantasmas. No es más que un punto cualquiera del terreno, igual que la granja, igual que la zanja que tendrán que cavar con una pala cargadora para el ganado. Nada que no pueda dejar atrás.

4 Texas A&M Aggies es la denominación que reciben los equipos deportivos de la

Universidad de Texas A&M en College Station, Texas. *(N. del T.)*

Cigarrillos

Papá lleva un par de horas bajo tierra cuando empieza a llover. Hunter está en el porche, tallando un trozo de madera blanda de pino con su navaja Kaybar, y yo estoy sentado en el patio para alejarme del ruido, chip chip chip como una puta ardilla. Hunter se mueve en su asiento mientras esculpe, no puede quedarse quieto.

Las gotas que caen son grandes y se presentan de golpe y porrazo, como si quisieran pillarnos desprevenidos. Miro hacia arriba cuando empieza a llover en serio, y lo que veo es un cielo igual de azul y despejado que hace un instante. A veces pasa eso aquí arriba, me lo dijo papá en su día, que tienes tu buen chaparrón y tu cielo azul, y a veces las dos cosas al mismo tiempo, como ahora. Pero, que yo recuerde, es la primera vez que lo veo.

Como sigas ahí fuera te vas a ahogar, me dice Hunter, y lo oigo a duras penas por encima de la lluvia que golpea la tierra del patio y percute sobre el tejado de chapa.

¿Qué?, digo. No está ni a diez metros, pero la lluvia se interpone entre nosotros como un manto, me entra en los ojos y en los oídos y se me cuela por el cuello de la camisa. Me gusta la sensación de la lluvia fresca cuando me empapa la camisa. Atrapo un par de gotas con la lengua y no saben a nada. La lluvia me limpia el sudor y la tierra.

Que te vas a ahogar como un pavo en la lluvia, dice Hunter. Ahí fuera y con la boca abierta. Se levanta para entrar, deja caer el trozo de madera y la navaja en la silla. La pesada navaja, con la hoja hacia abajo, se clava en el asiento. Hunter se mueve como un viejo, un viejo más viejo que mi padre, gordo y cansado. Antes, cuando estábamos cavando, se puso a sudar como un gorrino porque la tierra estaba dura y apelmazada ahí atrás, donde lo enterramos. Por un momento pensé que el corazón se le iba a atascar de puro sofoco, al ver que se ponía todo rojo y a respirar por la boca.

Hunter se bajó los tirantes del mono al entrar y supe que iba a pasarse el resto del día en gayumbos bebiendo *bourbon* y escuchando la radio.

Entra y sal ya de la lluvia, me dice por encima del hombro. Me quedo en el patio hasta que la puerta se cierra a sus espaldas. El suelo se está reblandeciendo bajo mis deportivas, pero sé que solo es la capa superior. Lleva sin llover desde hace ya ni se sabe y la tierra arcillosa está muy seca. La lluvia cae demasiado rápido y con demasiada fuerza para que llegue a absorberse. Sé que no calará muy hondo.

Voy hacia la puerta y me asalta el olor del trozo de madera que Hunter ha estado cortando, la penetrante savia del pino. Ha tallado un diente, como un

enorme colmillo de jabalí, liso y curvado, saliendo de la tosca madera. Talla muchas cosas parecidas.

Es el hermano de mi padre y vive con nosotros en la barraca, en Tree Mountain. Es un hombretón, su cabecita reposa en sus hombros como la chimenea rota de una casa. No es muy parlanchín. Te sorprendería la maña que se da con la madera. Ha vendido ya unas cuantas tallas en el pueblo.

El agua que rebosa del tejado fluye turbulenta por los extremos del porche. Al salir de la lluvia, la ropa empapada me pesa. En el bolsillo, fría, siento la punta de flecha que encontré en la tumba de papá. Una punta de sílex para cazar con los bordes aún afilados. No estaba muy profunda, a diez centímetros como mucho. No tenía ni idea de que vivíamos en un buen sitio para encontrar puntas de flecha. Volveré a cavar más adelante en otros puntos para buscar más. Me relamo los labios, me hace un pitillo, lo mismo un Camel.

¿No tendrás por ahí un cigarrillo?, digo al entrar.

Quítate los putos zapatos, no metas la lluvia en casa, dice Hunter. Está de pie en el salón, en gayumbos y con el pelo alborotado como si se hubiera pasado las manos por encima. La radio que tiene en su cuarto está sintonizada en una emisora de noticias. Además, ¿qué es eso de que un crío de catorce años ande pidiendo cigarrillos?

Quince, digo. Los zapatos se desprenden de mis pies con un ruido húmedo. No llevo calcetines y el suelo es de madera vasta. Sé que tengo que andarme con pies de plomo si no quiero clavarme una astilla.

Pues no tengo ningún cigarrillo, dice.

Pero un pellizco sí que tendrás, digo. Sé que tampoco le queda tabaco de mascar, pero se lo pido de todas formas.

Hunter se sienta. Tiene la botella en la mano. Por amor de Dios, dice. ¿También te vas de putas?

Son cosas de hombres, digo. Supongo que me apetece un pitillo.

Me río, pero Hunter no se suma. Me mira. Como no le quito los ojos de encima, desvía la mirada hacia la ventana. El aguacero levanta una bruma que apenas permite ver más allá de un par de metros. El tejado de la barraca es casi nuevo y bastante hermético, no hay ni una sola gotera. Hunter y mi padre lo instalaron el verano pasado y lo hicieron requetebién. Yo les iba pasando las tachuelas y las láminas de estaño, siempre con miedo a resbalarme y a caerme del tejado.

Tremendo turbión, dice Hunter. En el valle van a tener que estar atentos a las inundaciones. Como esto no pare, el río se va a llevar por delante la mitad del terreno de las granjas.

Sigue mirando por la ventana y cada vez llueve más fuerte. Al final se ha puesto muy oscuro, las nubes tapan el sol. Estamos a una altura considerable y rara vez se pone oscuro en pleno día. Solemos contar con una intensa luz

de montaña que nos obliga a ir siempre con los ojos entornados.

Tu padre solía hacerse sus propios pitillos, dice Hunter.

Digo que ya lo sé.

Lo mismo si buscas entre sus chismes encuentras los accesorios, dice.

No es mala idea, digo. No hago ni amago de ir a la habitación que mi padre y yo compartimos. Me quedo plantado chorreando agua y escucho la lluvia. Hunter me mira como si estuviera viendo una serpiente o quizá un perro que no le da mucha confianza. La lluvia al otro lado de las ventanas hace que parezca que no hay más lugar en el mundo que la barraca con nosotros dentro. Aquí estamos solos. Me da que esta lluvia va para largo.

Hunter dice: Haz lo que quieras. De todas formas, siempre lo has hecho, ¿no?

Se levanta, mueve los hombros hacia delante y hacia atrás. Está dolorido de tanto cavar y le gustaría que le frotaran los músculos, me consta. De un tiempo a esta parte la lluvia le produce un dolor punzante.

Voy a escuchar la radio un rato, dice.

Me apuesto a que se queda sobado en cero coma.

La puerta de su cuarto no traba bien, así que cuando la cierra se sigue oyendo la radio. Es una emisora del valle. El locutor dice que hay que tener cuidado con las inundaciones repentinas que pueden provocar los arroyos estrechos y profundos que descienden de la montaña. Lo dice como si la montaña tuviese la culpa.

La torre de transmisión está en lo alto de una cresta, no muy lejos de la barraca. El lugar donde la levantaron se encuentra a unos doscientos metros y se puede ver desde el porche cuando hace bueno. Para instalarla arrasaron con toda una arboleda de píceas azules.

Desde donde estamos, el claro parece uniforme, una zona despejada y muy bien cuidada, como un jardín, pero yo he subido un par de veces (no es una ascensión tan dura como parece a primera vista, no más de un par de horas de esfuerzo) y por allí no hay quien ande. Enredaderas y plantas trepadoras alrededor de la base de la torre y hierba hasta las rodillas. También han vuelto las píceas azules y no veas lo rápido que crecen esos árboles.

Hunter apaga la radio y lo oigo estirarse en la cama. Sigue removiéndose como si nunca se fuera a dormir.

Las cosas de papá están desperdigadas por todo el cuarto. Es como si todavía estuviera aquí, en todos estos chismes, aunque sé muy bien que yace frío y muerto bajo tierra a menos de doce metros de casa.

Me digo que ahora estas cosas son mías, pero no es que me pertenezcan del todo. Algunas deberían ser para Hunter. No estoy seguro de querer que Hunter se las quede, aunque no sabría decir por qué.

Desplazo el rifle que está sobre la cama de mi padre, el pesado Marlin con acción de palanca, y el cinto de cartuchos que está al lado. Al tocar el frío metal pavonado del cañón sé que tendré que limpiarlo por donde he puesto los dedos, frotarlo con un trozo de tela engrasado. Papá nunca paraba de darme la tabarra con que no hay nada peor que el contacto de una mano humana para cualquier pieza de metal.

Hay dos armas de fuego en mi familia, ambas eran de papá, su viejo Marlin y el Colt 38 de acción simple que su abuelo utilizó en los tiempos de la insurrección filipina. Dejo el Colt en la cama, al lado del rifle, doy también con una caja de balas para el revólver. Por el peso, no deben quedar muchas en la caja, que está vieja y desgastada. Aparte de las armas y de la ropa, no hay muchas más cosas suyas en el cuarto.

En lo alto del viejo *chifferobe* encuentro su bolsita de tabaco. No queda mucho y lo poco que queda me apuesto lo que quieras a que lleva ahí desde el año catapún y está más seco que el ojo de un tuerto. Papá no era un fumador empedernido y las bolsas de tabaco gozaban de larga vida a su lado. Junto al tabaco hay un sobre de cerillas en el que solo quedan dos sin arrancar. Es del Pioneer, un bar que he visto alguna vez al bajar al valle. También hay un par de billetes, uno de cinco y otro de uno. Me los meto en el bolsillo.

Escarbo en el cajón entre el resto de sus pertenencias (un silbato para perros y un par de cartuchos sueltos del calibre 410 para un fusil que ni siquiera tenemos; agujas e hilo en un juego de costura; un poco de dinero vietnamita que guardaba para echarse unas risas) y me encuentro con su vieja navaja Barlow y su Biblia de Gedeón. Lanzo la navaja plegable junto al resto de las cosas que pienso que podría apropiarme. Choca con el cañón del Colt y deja una muesca en el metal. Una muesca por la que esta vez no me iré a dormir con el culo caliente.

La Biblia está vieja y medio descuadernada y le faltan varias páginas. Papá la usó durante años. El papel es fino y perfecto para liarte tus propios cigarrillos; si eres mañoso puedes sacar dos por página. Como ya dije, no era un fumador empedernido y ni siquiera había llegado al Nuevo Testamento, iba por Jeremías.

Arranco la siguiente página, la pliego con el dedo corazón, vierto tabaco sobre el papel con unos toquecitos a la bolsa. El tabaco está quebradizo y se desmenuza, a saber el tiempo que lleva ahí; es de un marrón muy oscuro y tiene pinta de barato. Se me pegan unas hebras a la piel. Me tumbo en la cama y me llevo el cigarrillo liado a mano a los labios. Ahora se me pegan unas hebras en la lengua. Las escupo y me lo enciendo.

Dios, digo. El cigarrillo sabe a culo, como si el tabaco estuviera podrido. Lo tiro al suelo y saltan chispas del extremo prendido. Se pegan al suelo de madera y arden, se van consumiendo una a una.

Creo que voy a bajarme un rato al pueblo, le digo a la espalda de Hunter.

Está tumbado bocabajo en el estrecho catre de su cuarto y me da que se ha quedado roque. La botella está junto a la cama y ha bajado unos cuantos dedos. Su espalda es ancha y pálida y tiene un lunar en el que no me había fijado nunca en el surco profundo que forma la columna vertebral.

Dice: ¿Que vas a dónde?, y se da la vuelta tan de improviso que me sobresalta. Su rostro está bañado en lágrimas y me sorprende que este anciano haya estado llorando. Por un momento no recuerdo el motivo. La cama se hunde bajo su peso.

Al valle, digo. Lo mismo me agencio unos pitillos.

Se seca la cara con el brazo, borracho y avergonzado porque lo haya visto llorar. Es normal llorar por tu hermano, me gustaría decírselo.

No vas a volver, ¿verdad?, dice Hunter.

Pone un pie en el suelo y derriba la botella. La recojo por él, la vuelvo a dejar donde estaba. Se ha quedado prácticamente vacía después de volcarse. El suelo está mojado y la habitación huele a *bourbon*. Echo un vistazo por el ventanuco y la lluvia ha amainado un poco. Eso me viene bien.

El rifle está en la cama, digo. Él hubiera querido que te lo quedaras.

Salgo al salón y Hunter viene detrás de mí, en gayumbos y descalzo. Llevo el 38, la navaja plegable y todo lo demás en mi mochila, estoy listo para salir.

¿Por qué te vas ahora?, dice Hunter. Con la que está cayendo. Es un mal día para bajar al valle.

Cavilo sobre eso. No es algo en lo que haya pensado mucho hasta este instante. Lo miro.

Pues porque estoy harto, digo. Harto de la montaña y de fumar tabaco de mierda. Puede que me apetezca fumarme un cigarrillo de verdad, para variar.

Y supongo que quieres pitillos de la tienda, dice Hunter.

Digo que supongo que sí.

Tal vez quieras besar también a todas las chicas bonitas del valle, dice Hunter.

Yo no digo nada.

Ya, dice. Tráeme una botella cuando vuelvas.

Lo haré, digo. Cuenta con ella.

Salgo y hace fresco para estar en pleno verano. La lluvia ha convertido el polvo en barro y el agua fluye a raudales por el patio, ha removido la tierra. Sé que en un par de horas un aguacero intenso puede aumentar el caudal de los arroyos y rebasar las orillas y los diques de arena en el valle. Me pregunto qué estarán haciendo con toda esa agua en el pueblo. Se siente la humedad en el aire, pero ya casi ha dejado de llover.

Hunter me ha seguido hasta el patio y tiene los pies llenos de barro.

¿Cómo vas a bajar?, dice.

Le digo que por las vías del tren. Es el camino más rápido.

Hunter me sigue unos cuantos pasos más y yo salgo del patio y me adentro en la maleza para que deje de seguirme. Las hojas de los arbustos están mojadas y me empapan la camisa, la mochila. Sé que la humedad le va fatal al revólver.

No debería haberle pasado eso a tu padre, dice Hunter. Está escrutando entre los arbustos como si no pudiera verme, pero quiere hacerse oír.

Le digo que cuando el árbol cae, lo más conveniente es que el hombre que lo ha talado se quite de en medio.

Eso no está bien, les dice Hunter a los arbustos. Que un crío diga eso del padre que lo crio y lo alimentó.

Sé que Hunter acabará viéndome si sigo hablando. Y no quiero que me vea. Me doy la vuelta y me voy, me dirijo a las vías que bajan de la montaña.

Alguien tendría que haber dicho unas palabras, me suelta Hunter. No es justo que nadie dijera unas palabras por él.

Sigo avanzando entre los arbustos. Supongo que, de haber sabido cuáles, yo mismo podría haber dicho unas palabras. Pero a saber qué palabras hubiese querido papá.

La última vez que veo a papá me cuenta una historia. Va con la vieja motosierra de dos tiempos al hombro camino del lugar donde sabe que han caído unos cuantos árboles o están a punto de caerse. ¿Quieres que te eche una mano, papá?, le pregunto, y me dice que no.

Entonces mira hacia el porche donde está sentado Hunter y en ese momento está tallando un búho real en un trozo grande de roble que en invierno nos habría venido de perlas para el fuego.

Hunter no siempre ha sido tan holgazán ni ha estado tan fondón, dice papá lo bastante alto como para asegurarse de que Hunter lo oiga. Hunter sigue enfrascado en su talla como si nada, usa un escoplo en lugar de la navaja Kaybar. Así trabaja las que se propone vender.

Ni hablar, dice papá, hubo un tiempo en que tu tío y yo las liábamos bien gordas por aquí. Más o menos a tu edad. Me acuerdo de una vez en la granja de Seldomridge, junto al río, con su rebaño de *shorthorns*. ¿Te acuerdas, Hunter?

Hunter sigue sin decir nada, se limita a arrancar un buen trozo de madera de la espalda del búho. A mí me parece que estropea la talla.

El río estaba completamente congelado, lo menos dos metros de grosor junto a las orillas, según papá. Pero la capa de hielo era más fina y oscura hacia el centro, donde la profundidad era mayor y el agua corría que se las pelaba.

Se pasa la motosierra de un hombro a otro y me fijo en la mancha de aceite y gasolina que le deja en la camisa. No parece importarle.

Pues aquí el figura de tu tío va y se pone a alborotar al ganado de Seldomridge y diez o doce vacas se precipitan de cabeza en el hielo, dice papá.

Papá empieza a reírse y le asoman lagrimones por el rabillo de los ojos. Me cuesta mirarlo porque él se piensa que la historia es la monda pero yo todavía no le pillo el chiste.

Y están temblando ahí, en el hielo, sigue papá. Apenas se tienen en pie, completamente despatarradas e intentando sostenerse, bufando y resoplando, asustadas y rebosantes de mocos y babas, esas vacas de cara blanca. Hunter se pone a vociferar y les grita desde la orilla para que se muevan, para que sigan en pie y se alejen de la orilla. Su voz suena con fuerza junto al río, con todo el paisaje en silencio y cubierto de nieve.

Entonces se hunde la primera, dice papá, y veo que le cuesta mantener la sierra sobre el hombro del ataque de risa que le entra.

Cuando el hielo cede y el novillo desaparece, resuena como un disparo y el agua negra sale despedida por el agujero como si fuera un géiser. Eso provoca que las demás vacas se pongan a patalear y a mugir, y no tarda en atravesar otra el hielo, patina y agita las patas, y luego otra más. Y así puede que media docena, una detrás de otra, según van llegando a la zona del centro, donde la capa de hielo es más fina, y no les da ni tiempo a sorprenderse antes de sumergirse.

Y tú te estabas partiendo de risa, dice Hunter concentrado en su talla.

Nos ha jodido, dice papá. Me reí como un cabrón, dice, y gira y se adentra en el bosque al encuentro del árbol que se le vino encima. Mientras se aleja, Hunter y yo seguimos oyéndolo en el bosque, carcajeándose de la vaca que atravesó el hielo en medio del río.

Esas vacas acabaron apareciendo luego a tomar por culo, río abajo, a la altura de Teaberry, dice Hunter cuando papá ya no está.

¿Ahogadas?, pregunto.

Tiesas como la mojama, dice. Tú verás.

A mitad del descenso un cerdo cruza las vías a poco más de medio metro de mí. Me da un susto del copón, sale de la maleza por un lado y casi me atropella al pasar. Se queda atascado un momento y me da tiempo a ver que es joven, no más que un lechoncillo moteado en apuros. Gimotea un poco al sortear los raíles de acero, que le llegan al vientre, y mueve la cola como un perro. Cuando supera el segundo raíl se vuelve hacia mí un segundo y veo que tiene los ojos en blanco. Acto seguido, se interna en la maleza del otro lado de las vías y si te he visto no me acuerdo.

Dos chavales salen de la maleza persiguiendo al cerdo y también se me

echan encima. Joder, dice uno de ellos, y me empuja. No es muy corpulento y lo derribo con mi mochila. El otro es grande y pelirrojo y lleva un rifle. Se apresura a cruzar la vía y se queda mirando la maleza. Me cago en la puta, dice.

Levanta el rifle, apunta al lechón entre la maleza y por un momento pienso que va a disparar. Entonces me doy cuenta de que el cerdo debe estar ahora a cubierto y que disparar sería de idiotas. Pero curva un segundo el dedo en el gatillo, aprieta y casi dispara.

Lo que lleva es una carabina Winchester de cañón corto con la mirilla frontal cubierta para evitar los roces de los arbustos. La culata va envuelta con cinta americana negra y el cerrojo está algo oxidado. Son chavales de aspecto rudo. El grande tiene más o menos mi edad y el pequeño yo diría que es más joven.

El grandullón pelirrojo se gira hacia mí con una mirada fría. Me imagino que está cabreado porque han perdido al cerdo que iban rastreando. Pone el percutor en posición de reposo, apoya el rifle cómodamente en el hueco del brazo. La ropa que lleva está sucia y es demasiado pequeña para su tamaño.

Movamos el culo, Okie, dice el pequeño. Los dientes se le han podrido y le hacen hablar de un modo extraño, muy suave, como si le doliera la boca. Dice: Lo mismo aún podemos hacernos con ese cerdo.

Tú te callas, Darius, dice el mayor, y sigue mirándome. Me pone nervioso, así que me doy la vuelta para retomar el descenso sobre la capa de balasto. La lluvia ha reblandecido las cenizas. Se me pegan en la suela de los zapatos, hacen que me pesen los pies. Sin embargo, es difícil caminar sobre las traviesas, porque están demasiado próximas para ofrecer una zancada fácil.

Cuando miro hacia atrás, el grande, Okie, sigue mirándome fijamente por debajo de sus greñas rojas. Se relame los labios.

Espera un momento, dice.

El pequeñajo trota un par de pasos detrás de mí y me doy cuenta de que le pasa algo en las piernas, lo que le hace tan bajito es que son demasiado cortas en comparación con el resto del cuerpo. Puede que no sea tan niño como pensé en un principio, puede que sea mayor que yo e incluso que el tal Okie. Las traviesas son perfectas para su estatura y se mueve de una a otra sin ningún problema. Okie se queda donde está.

Se nos ha escapado el lechón, dice Darius, y da la impresión de que está a punto de ponerse a llorar. Tú lo has visto, dice.

Darius ya me ha alcanzado, me llega su olor y me detengo.

A ver, a mí dejadme en paz, digo. No os estoy molestando.

¿Quién dices que eres?, exclama Okie.

Ahora el rifle apunta hacia el cielo gris, lo sostiene con ambas manos. Escupe sobre las cenizas, tiene tabaco de mascar en el lado derecho de la boca. Se acerca por la vía, sonriente, y veo que también tiene los dientes

podridos. El tabaco de mascar acaba haciéndote eso con el tiempo.

¿Qué llevas ahí?, dice Darius, y lo pillo mirando mi mochila. Tiene las manos extendidas, como si fuera un niño pidiéndome un caramelo. Dejo caer la mochila, la empujo hacia atrás. Darius salta de una traviesa a otra. Sus viejos pantalones de pana están embarrados hasta las rodillas, pero aun así es como si no quisiera meter los pies en el balasto.

No quiere que metas las narices en sus cosas, le dice Okie a Darius. Es como un hombre dirigiéndose a un niño.

Me mira. Vas al pueblo, dice. ¿Vives en la montaña? Señala con la carabina el camino por el que he venido.

Sí, digo.

Mira a Darius y suelta un bufido, vuelve a escupir. Un puto gañán de la montaña[5], dice. Baja de la cumbre y no tiene ni puta idea de nada. Darius se ríe.

¿Para qué quieres ir tú al pueblo, garrulo?, dice Okie. De repente, me clava el cañón del rifle en el pecho. Me golpea las costillas y duele que te cagas. Oigo a Darius hurgando en mi mochila, pero no miro.

A ti no se te ha perdido nada en el pueblo, dice Okie. Lo mejor es que te vuelvas por donde has venido y te quedes con los demás garrulos.

Pilla la puta mochila entera y deja ya de hurgar, Darius, dice. Darius sigue a lo suyo. Okie se vuelve hacia mí.

Vacíate los bolsillos, dice, y me da otro toque con el rifle. Podemos acabar contigo, dice. Matarte es tan fácil como matar al lechón ese y la gente no encontraría ninguna diferencia. ¿Porque a quién va a importarle lo que le pase a un gañán de la montaña como tú?

Lo sé, digo. Estamos como a medio kilómetro del valle y me imagino que tiene razón.

Si te vacías los bolsillos y mantienes la boca cerrada todo irá bien, dice Okie. Darius sigue hurgando en mis cosas y escucho que el Colt tintinea contra algo. Me repatea pensar que estos dos van a quedárselo, pero no puedo hacer nada. Ojalá lo hubiese dejado con Hunter.

Mi padre ha muerto, digo. No sé por qué lo digo.

Mira lo que tenemos aquí, dice Darius, y muestra la navaja Barlow. La sostiene abierta en la mano y la hoja se ve resplandeciente incluso bajo el cielo nublado. La prueba en su peludo antebrazo. Está afilada, dice. Okie me apunta con el rifle, pero ahora está mirando hacia otro lado, al lugar por donde se escabulló el cerdo. Rebusco el dinero que llevo en los bolsillos.

Se le cayó un árbol encima, digo. Cuando lo estaba talando.

Okie me quita los seis dólares, se los guarda en los pantalones. Pienso en lo que podría hacerte un 30-30 a esa distancia. Una vez vi cómo le arrancaba los cuartos traseros a una marmota a doscientos metros, se los reventó y la marmota salió volando unos tres metros. Le enseño la punta de flecha, saco

el forro de los bolsillos para que vea que no hay nada más. Él coge la punta de flecha, la mira a distancia entrecerrando los ojos. Sabe que no le voy a causar ningún problema.

Déjame algo para comprarme unos pitillos, digo. Y una botella para mi tío.

Oops, dice Okie. Lanza la punta de flecha por encima de su hombro. Golpea el riel de acero liso y emite un sonido muy bonito, como una nota de la vieja arpa de boca de mi padre. El pedernal se rompe en cerca de veinte pedazos.

Era una punta de flecha muy antigua, digo. No tengo ni idea de los años que tendría, pero no puedo quedarme callado.

Dame sus zapatos, dice Darius.

Está ahí plantado mirándome los pies. Sus zapatos parecen bolsas amarradas con cordel o algo parecido. Los míos no es que sean gran cosa, pero son mejores que eso un rato largo, unas deportivas viejas de papá.

No son de tu talla, patizambo, dice Okie. Darius sigue dando botes sobre la misma traviesa. Tiene mi mochila en la mano. Mira a Okie y hace un mohín con los labios. Me doy cuenta de que es un poco retrasado.

Quítate los zapatos, dice Okie. Parece que ya se ha hartado de todo esto. Vamos, va, quítatelos, dice. Ahora ni siquiera me apunta con el rifle.

Me quito los zapatos y se los doy a Darius. Ni siquiera hace amago de ponérselos. Los mete en la mochila y se ríe, parece un perro ladrando. El balasto está frío por la lluvia y las cenizas se me pegan a las plantas de los pies, me las deja negras.

Darius se dirige al borde de la vía, examina la maleza. Okie, a ver si ahora podemos atrapar a ese cerdo, dice. Se interna en la maleza y se lleva mi mochila. A los pocos segundos dejo de verlo, solo se le oye abriéndose paso por ahí dentro.

Okie me mira de arriba abajo y sus ojos no han perdido dureza. El olor que desprende a tan poca distancia es grasiento, como algo graso cocinado en una fogata.

Vuélvete a la cumbre, dice. Ahí es donde mejor estáis los gañanes como tú, en las crestas.

Voy al pueblo, digo.

Parece estar cabreado conmigo y pienso por un momento que podría dispararme, pero ni siquiera dirige el cañón hacia mí. Se me queda mirando un rato, luego se adentra en la espesura tras los pasos de Darius.

Espero un momento para ver si vuelven, pero los dos se han esfumado. No tiene sentido intentar seguirlos por la maleza descalzo. Retomo la ruta hacia el valle por las vías. La marcha es más llevadera sin la mochila. Se ha puesto a llover de nuevo, esta vez menos fuerte. Tiene toda la pinta de que no tardará en escampar.

Los pies me duelen y se me ponen negros de caminar sobre las cenizas. Sigo así un rato, luego empiezo a ir de traviesa en traviesa. Es raro tener que dar pasos tan cortos, pero resulta más cómodo que tener que estirar las piernas a cada paso para salvar las traviesas. Acabo acostumbrándome.

Cuando encontramos a papá ya lleva bastante tiempo muerto. El árbol le ha atravesado el pecho con una rama de un grosor considerable. Debía de estar disponiéndose a esquivar el tronco cuando lo alcanzó de lleno. Su cara parece sorprendida; su cuerpo no se parece a nada que yo haya visto antes, todo tiene una forma distinta, costillas aplastadas y tela desgarrada, un horror. Hunter lo cubre con una lona gruesa justo después de quitarle el árbol de encima y después ya no tengo ocasión de volver a mirarlo. Lo enterramos con la lona.

La motosierra está en el suelo a su lado. No quedó atrapada bajo el árbol, luce igual que cuando salió de casa con ella. Le queda gasolina, así que debió calarse después del impacto. Hunter y yo lo hablamos, pero nos fue imposible entender qué demonios haría caer a ese viejo roble en sentido contrario o por qué papá no supo hacia dónde iba a derrumbarse. De alguna manera tuvo que hacer mal el corte y no se dio cuenta de su error hasta que fue demasiado tarde.

Mucha gente lo ha perdido todo, dice el dueño de la tienda. Es un hombre robusto que lleva puesto un delantal blanco anudado a la espalda. Casas, ganado, graneros, todo se lo ha llevado el río hasta el condado de Monroe. Está hablando con un hombre enjuto que viste un mono de trabajo y asiente.

Ya lo creo, dice el tendero. Tenemos una suerte del carajo por vivir tan arriba. Está barriendo un charco de agua junto a la puerta de la tienda, echando el agua a la calle. Lleva gafas y los cristales destellan cuando mueve la cabeza al barrer. La escoba ha absorbido buena parte del agua sucia y da la impresión de que le pesa.

El pueblo está silencioso, como si fuera domingo, y las calles están mojadas por la lluvia. Cuando entro en la tienda los hombres me miran. Ven que no llevo zapatos.

Se ha ventilado los pilotes del puente, dice el tendero. La cosa más loca que he visto en mi vida. ¿En qué puedo ayudarte?, me dice. No tengo dinero, así que me quedo callado.

El concesionario de Dodge que está junto al río, dice el hombrecillo. Ya sabes, el de Sim. Se ve que los coches flotaron hasta llegar casi al techo. El agua entró tan rápido que a nadie le dio tiempo de mover nada. El dique de arena de un par de kilómetros más arriba se venció y ya no hubo vuelta atrás.

A mí me lo vas a decir, dice el tendero. Pasa la escoba por delante de mis pies y vuelve a mirarme. ¿Necesitas algo?, dice.

Quería tabaco, digo. Cigarrillos.

De eso estamos bien surtidos, dice el tendero. Los que quieras. ¿Qué buscabas?

Camel, digo.

Es una buena tirada desde la montaña y me noto cansado, descompuesto. Quiero sentarme y fumarme un pitillo. Ojalá tuviera dinero. Me duelen los pies.

Eh, Carl, dice el tendero. Hazme el favor, tráeme un paquete de Camel de detrás del mostrador.

Voy, dice el hombrecillo. Coge el paquete y me lo lanza. Al atraparlo contra mi pecho, lo aplasto un poco.

No tengo dinero, digo.

El tendero deja de barrer. Parte del agua que acaba de sacar por la puerta vuelve a colarse. Es agua sucia de río, marrón sobre el piso de baldosas blancas.

En un día como hoy supongo que podemos hacer la vista gorda, dice. Me sonríe y tomo conciencia de lo sucio que estoy. Sé la pinta que tengo. Se imagina que me ha arrastrado el diluvio.

Mi padre ha muerto, digo.

El dueño de la tienda menea la cabeza.

Vaya día, dice Carl detrás del mostrador. Él también menea la cabeza, se hace con un paquete de tabaco. Vaya día. No les digo que papá murió antes de que empezara a llover.

Eso es duro, hijo, dice el tendero. Duro de cojones, joder.

Hace que te preguntes qué demonios pretende el Señor, dice el hombrecillo. Dejar a un niño sin padre.

Creo que es lo más bonito que he oído en mi vida. Lo único que quiero hacer en este momento es sentarme y llorar. Le quito el envoltorio al paquete de cigarrillos y el tendero me alcanza su mechero, un Cricket de plástico. En un lado pone Coleman's desde 1942, el nombre de la tienda. Giro la rueda con el pulgar y el mechero prende, una buena llama a la primera.

Aspiro el humo y el tercer cigarrillo me sabe tan bien como el primero. No hay nada como un pitillo que alguien ha liado en una máquina para tu disfrute y que no te deja pedacitos de tabaco en la lengua.

Me siento cerca del extremo del puente que debía conectar las dos secciones del pueblo por encima del río. Era un viejo puente de acero que se asentaba sobre pilotes de piedra, y el tendero tenía razón: los soportes ya no existen y la arcada está hundida por la mitad en el turbulento caudal oscuro. Cerca de donde me siento hay un cartel que dice Peso Máximo 2 Toneladas.

Apuro el cigarrillo hasta que casi me quema los dedos. He visto a

hombres que de tanto fumar les acababa saliendo un callo amarillo en el pulgar y en el índice, y ni siquiera notaban las quemaduras. Yo no soy capaz y, además, me queda el paquete entero. No tengo por qué hacerme el duro. Lanzo la colilla al río turbulento y desaparece casi antes de que la vea tocar el agua.

He oído que en las inundaciones a veces se ven animales y árboles arrastrados por la corriente. Hasta ahora no he visto nada de eso, así que me imagino que debió suceder al principio, cuando las aguas alcanzaron su máximo nivel. Seguro que no volverá a verse nada parecido hasta la próxima crecida.

Está empezando a llover fuerte otra vez, ya nada de chirimiri, y tengo que cubrir con la mano el cuarto cigarrillo para conseguir encenderlo. El mechero prende al primer intento. Supongo que el cigarrillo arderá sin problemas bajo la lluvia una vez que me las apañe para que tire. Vuelvo a estar empapado, pero esta vez no es tan agradable como esta mañana. Esta vez siento frío y es desagradable. No sé bien qué voy a hacer. Lo que tengo claro es que no voy a volver a la montaña.

Lo mismo en un rato remonto el río para echar un vistazo al dique de arena que se venció y que causó todo este follón. Tiene que ser impresionante, reventado por la mitad y con el agua rezumando por el borde de la brecha, marrón y espesa por el lodo del fondo. Nada que ver con los arroyos de la montaña, sino un señor río que se abre paso a su antojo sin que nada lo detenga. Ya te digo, eso sí que tiene que ser algo digno de verse.

5 *Ridgerunner* es el apodo con que se conoce a los habitantes de las partes altas de las zonas montañosas del sureste de Estados Unidos, especialmente de los Apalaches. En el Sendero de los Apalaches se denomina así, de manera oficial y bajo la gestión del Servicio de Parques Nacionales, a las personas que trabajan como guías de esa célebre ruta que se extiende, a lo largo de tres mil quinientos kilómetros, desde la montaña Springer, en Georgia, hasta el monte Katahdin, en Maine. En el este de Oklahoma, Arkansas, Tennessee, Virginia Occidental y el oeste de Virginia, el término se refería originalmente a los contrabandistas de alcohol ilegal *(moonshine)*. Se decía que «recorrían las crestas» *(run the ridges)* con su carga ilícita para evitar las carreteras de los valles donde los agentes de la ley podían localizarlos fácilmente. De esta última denominación derivó su sentido peyorativo de paletos montañosos. *(N. del T.)*

DIRTY WORKS

—Est. 2014—

dirtyworkseditorial.com